

Stefan Zweig

CASTALION CONTRA CALVINO

en torno a la hoguera de Miguel Servet



STEFAN ZWEIG

CASTALION CONTRA CALVINO

(EN TORNO A LA HOGUERA DE SERVET)

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR
RAMÓN MARÍA TENREIRO



EDITORIAL JUVENTUD S. A.
PROVENZA 101
BARCELONA

EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA
MORENO 774
BUENOS AIRES

RESERVADOS TODOS LOS
DERECHOS Copyright by Editorial
Juventud Argentina

Primera edición, julio 1940

Impreso en la República Argentina Printed in Argentine

Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires

(La edición original alemana lleva por título: Castellio gegen Calvin oder Ein Gewissen gegen die Gewaltt". *Herbert Reichner Verlag. Wien-Leipzig-Zürich, 1936. Para esta versión, además de tal texto, se han seguido las enmiendas y adiciones que nos han sido comunicadas directamente por el autor, como correspondientes a la aún no impresa edición definitiva de este libro, agosto 1936).*

"La posteridad no podrá comprender que de nuevo tuviéramos que vivir en medio de tan densas tinieblas, después de que ya una vez habla sido hecha la ley".

CASTELION. "ÜE ARTE DUBITANDI".
1562.

INTRODUCCIÓN

"Celui qui tombe obstiné en son courage, qui, pour quelque danger de la mort voisine, ne relâche aucun point de son assurance, qui regarde encore, en rendant l'âme, son ennemi d'une vue ferme et dédaigneuse, Il est battu, non pas de nous, mais de la fortune; Il est tué, non pas vaincu: les plus vaillants sont parfois les plus infortunés. Aussi y a-t-il des pertes triomphantes à l'envi des victoires...".

MONTAIGNE.

EL mosquito contra el elefante". Al principio produce un extraño efecto esta frase puesta por la propia mano de Sebastián Castalión en el ejemplar de Basilea de su escrito polémico contra Calvino y casi estaríamos a punto de sospechar que hay en ella una de las usuales exageraciones humanísticas. Pero las palabras de Castalión no fueron pensadas de un modo hiperbólico ni irónico. Con tan tajante comparación, este valiente quería sólo mostrar con toda claridad a su amigo Amerbach, hasta qué punto y de qué modo trágico era patente para él a qué gigantesco adversario desafiaba, al acusar públicamente a Calvino de haber asesinado a un hombre, por pedantesco fanatismo, matando así la libertad de conciencia dentro de la Reforma. Desde el momento en que Castalión alza, como una lanza, su pluma para esta peligrosa contienda, sabe con precisión la flaqueza de todo ataque puramente espiritual contra la prepotencia de una dictadura, armada de arneses y corazas, y, con ello, la falta de perspectivas victoriosas de su empresa. Pues ¿cómo podría un hombre aislado, inerme, combatir y vencer a Calvino, detrás del cual se alzan millares y decenas de millares de hombres, y además, por encima de eso, toda la máquina militar del poder del citado? Gracias a una magnífica técnica organizadora, logró Calvino convertir toda una ciudad, todo un Estado, con miles de ciudadanos, hasta entonces libres, en un rígido mecanismo de obediencia; extirpar toda autonomía individual, secuestrar toda libertad de pensamiento, en favor de su exclusiva doctrina. Todo lo que posee algún poder en la ciudad y en el Estado se somete a su omnipotencia; la totalidad de las autoridades y potestades, la municipalidad y el consistorio, la Universidad y el tribunal, las finanzas y la moral, los clérigos, las escuelas, los alguaciles, las prisiones, la palabra escrita, la hablada y hasta la murmurada *en* secreto. Su doctrina se ha convertido en ley, y a quien se atreva a alzar la más suave objeción, en su contra, pronto le enseñan la prisión, el destierro o la hoguera, este sencillo razonamiento que concluye cualquier discusión en toda tiranía espiritual, y es el de que, en Ginebra, sólo se consiente una única verdad y que Calvino es un profeta. Pero aun mucho más afuera de las murallas de la ciudad se extiende el siniestro poder de este hombre siniestro; las ciudades confederadas de Suiza ven en él almas importante coaligado político; el protestantismo universal elige al *violentissimus Christianus* por su caudillo espiritual, príncipes y reyes esfuérzanse por lograr el favor del adalid eclesiástico que, frente a la católico-romana, ha edificado en Europa la más poderosa organización de la cristiandad. No hay acontecimiento temporal político que se realice ya sin que él lo sepa, apenas ninguno contra su voluntad. Ya llegó a ser tan peligroso enemistarse con el predicador de Saint Fierre, como con el emperador o con el papa.

Y su adversario Sebastián Castalión, el cual, como idealista solitario, en nombre de la humana libertad de pensamiento, proclama su hostilidad contra ésta y cualquier otra tiranía espiritual, ¿quién es? Verdaderamente, — comparado con la fantástica plenitud de poderes de Calvino, — el mosquito contra el elefante. Un *nemo,* un nadie, un nada, en el sentido de pública influencia, y, además un indigente, un miserable hombre de letras, que, con traducciones y lecciones domésticas, sostiene trabajosamente mujer e hijos; un fugitivo en país extranjero, sin derechos de residencia ni de ciudadanía, doblemente emigrante: como siempre, en tiempos de fanatismo universal, el hombre de sentido humano se alza impotente y completamente solo en medio de los fanáticos combatientes. Durante largos años, este grande y modesto humanista arrastra la más mísera existencia, en las tinieblas de la persecución, en las de la pobreza, siempre en estrechez, pero también siempre libre, porque no está ligado a ningún partido ni se ha consagrado a ningún fanatismo. Sólo siente poderosas llamadas en su conciencia cuando el asesinato de Servet y se alza por encima de sus pacíficas obras literarias para acusar a Calvino en nombre de los violados derechos humanos; sólo entonces crece su soledad hasta lo heroico. Pues, no como a su adversario Calvino, habituado a la guerra cubre y rodea a Castalión una escolta organizada de un modo brutalmente cerrado y según un plan dispuesto; ningún partido, ni el católico ni el protestante, le ofrecen su apoyo; ningún gran señor, ningún emperador ni rey, tienen tendida sobre él su mano protectora, como en otro tiempo sobre Lutero y Erasmo, y hasta los escasos amigos que lo admiran, hasta ellos mismos, sólo en secreto se atreven a infundirle bríos. Pues ¡qué peligroso, qué mortalmente peligroso, es colocarse en público de parte de un hombre que, con impávido corazón, mientras que, en todos los países, los herejes, conforme a las opiniones de la época, son acosados y torturados como bestias de carga, alza su voz en favor de estos seres, esclavos y privados de derechos, y, pasando por encima del caso particular, les niega a todos los poderosos de la Tierra, de una vez para siempre, el derecho a perseguir a cualquier ser humano de esta misma Tierra a causa de sus opiniones! Un hombre que en uno de esos espantosos momentos de tinieblas espirituales, que, de cuando en cuando, caen sobre los pueblos, se atreve a conservar clara y humana su mirada y a llamar por su verdadero nombre a toda piadosa carnicería, aunque en apariencia sea ejecutada para gloria de Dios: ¡crímenes, crímenes y siempre crímenes! ¡Un hombre que provoca al combate, con el más profundo sentimiento humanitario, el único que no puede soportar el silencio y clama al cielo su desesperación por las inhumanidades que se cometen, luchando solo en favor de todos y solo contra todos! Pues nunca debe esperar muchos secuaces, en la eterna cobardía de nuestra terrena estirpe, aquel que alza su voz contra los déspotas y contra los que confieren el poder de la hora. De este modo, tampoco Sebastián Castalión, en las horas decisivas, tuvo detrás de sí a nadie más que a su sombra, y ningún medio de fortuna sino la única e inalienable propiedad del artista luchador: una conciencia inflexible en un alma impávida.

Mas justamente el que Sebastián Castalión conjeturara, desde el principio, la falta de perspectivas favorables de su lucha, y, a pesar de ello, obedeciendo a su conciencia, la

emprendiera; este santo "no obstante" y "aunque así sea", glorifica como héroe, para todos los tiempos, a este "soldado desconocido" de la gran guerra de la liberación de la humanidad; ya el valor de haber alzado, aislada y solitariamente, una ardiente protesta contra un terrorismo universal, debe hacer memorable la hostilidad de Castalión a Calvino a los ojos de todo hombre espiritual. Pero también en el planteamiento interno del problema, sobrepasa en mucho esta discusión histórica a su motivo ocasional. Pues aquí no se trata de nada estrictamente teológico, no se trata del ser humano Servet, ni siquiera de la decisiva crisis entre el protestantismo liberal y el ortodoxo: en esta franca exposición de cuestiones es enunciado un problema mucho más dilatado y que se tiende por encima de los tiempos: *riostra res agitur*; inaugúrase una lucha, que, bajo otros nombres y en otras formas, tiene que volver a ser reñida siempre de nuevo. La teología no significa aquí nada más que una máscara accidental de la época, y hasta Castalión y Calvino sólo aparecen como exponentes sensibles de una invisible, pero irreductible, oposición. Es indiferente el nombre que se quiera dar a los polos de esta tensión permanente: ya tolerancia contra intolerancia, libertad contra tutela, humanidad contra fanatismo, individualidad contra mecanización, conciencia contra violencia; todos estos nombres expresan, en el fondo, una última, íntima y personalísima determinación: la de cuál elemento sea lo más importante para cada sujeto, lo humano o lo político, el *ethos* o el *logos*, la individualidad o la comunidad.

Esta implantación de límites entre la libertad y la autoridad, que siempre vuelve a presentarse como cosa precisa, no le es evitada a ningún pueblo, a ninguna época, ni a ningún hombre pensante: pues la libertad no es posible sin la autoridad (pues se convertiría en un caos) ni la autoridad sin la libertad (pues llegaría a ser tiranía). Es indudable que, en el fondo de la naturaleza humana, incide un misterioso afán de autodisolverse en la comunidad; permanece inextinguible nuestro primitivo impulso de encontrar determinado sistema religioso, nacional o social, que aporte para el total de la humanidad, con toda justicia, una paz y un orden definitivos. El Gran Inquisidor de Dostoiewski muestra, con dialéctica cruel, cómo la mayor parte de los hombres temen realmente a su propia libertad, y, en forma positiva, por fatiga frente a la agotadora pluralidad del problema, frente a la complicación y responsabilidad de la vida, la gran masa anhela una mecanización del mundo por medio de un orden definitivo, aplicable a todos, absoluto, que les quite de encima el trabajo de pensar. Esta mesiánica nostalgia de la supresión de los problemas de la existencia constituye el auténtico fermento que allana los caminos de todos los profetas sociales y religiosos: cuando los ideales de una generación han perdido su fuego y sus colores, necesitase sólo que se alce un hombre sugestivo y que sea declarado perentoriamente que él, y sólo él, ha encontrado o inventado las fórmulas nuevas; así, la confianza de millares de hombres se precipita hacia el presunto redentor de un pueblo o del mundo: una nueva ideología crea siempre al principio (y éste es su auténtico sentido metafísico) un nuevo idealismo sobre la tierra. Pues aquel que regala a los hombres con una nueva creencia en la unidad y en la pureza suscita primeramente en ellos las más santas fuerzas: su voluntad de sacrificio, su entusiasmó. Millones de seres humanos, como por efecto de

un hechizo, están dispuestos a dejar que se apodere de ellos aquel hombre, a que su espíritu sea fecundado por él, hasta a ser esclavizados; y cuanto más exige de ellos tal proclamador y prometedor, más rendidos se le muestran. Aquello que aun ayer constituía su placer más alto, la libertad, arrójanlo de sí gustosos, por amor a él, para dejarse guiar aun más sin resistencia, y la antigua frase de Tácito *"ruere in servitium"* vuelve a cumplirse una y otra vez, en forma que, con una ardiente embriaguez de solidaridad, los pueblos se arrojan voluntariamente en la servidumbre y todavía glorifican al látigo con que se les golpea.

Ahora, para todo hombre espiritual, habría algo sublime en el pensamiento de que siempre es una idea, la fuerza más inmaterial de la Tierra, lo que realiza semejante inverosímil milagro de sugestión en nuestro mundo viejo, prosaico y dominado por la técnica, y con facilidad se caería en la tentación de admirar y celebrar a estos fascinadores del mundo por haber logrado con el espíritu transformar a la obtusa materia. Pero, de un modo fatal, estos idealistas y utópicos, inmediatamente después de su victoria, sé revelan como los peores traidores del espíritu. Pues el poder impulsa a la omnipotencia, la victoria al abuso de la victoria, y, en lugar de contentarse con haber entusiasmado a tantos hombres con su fe en su persona, hasta el punto de que están alegremente dispuestos a vivir y aun a morir por él, todos estos conquistadores caen en la tentación de transformar la mayoría en unanimidad y de querer imponer también su dogma a los que no pertenecen a ningún partido; no les basta con sus gentes acomodaticias, sus alabarderos, sus almas esclavas, los eternos concurrentes a todo movimiento, no, también quieren poseer como lisonjeadores y siervos suyos a los seres libres, a los pocos independientes, y, para erigir su dogma en exclusivo, estigmatizan como criminal, con el poder del Estado, toda opinión adversa. Eternamente, en todas las ideologías religiosas y políticas, se renueva esta maldición de que degeneren en tiranía tan pronto como se convierten en dictaduras. Más desde el momento en que un ser espiritual no confía ya en la fuerza inmanente de su verdad, sino que acude al poder seleccionador, le ha declarado ya la guerra a la libertad humana. No importa cuál sea la idea de que se trate: todas y cada una de ellas, desde el momento en que acuden al terror para uniformar y reglamentar ajenas convicciones, no son ya idealismo sino brutalidad. Hasta la verdad más pura, si es impuesta a otros hombres con violencia, se convierte en pecado contra el espíritu.

Mas el espíritu es un elemento misterioso. Inaprensible e invisible como el aire, parece acomodarse indulgente a todas las formas y fórmulas. Y esto lleva siempre engañados a los caracteres despóticos a la creencia de que se le puede exprimir por completo, encerrarlo, encorcharlo y servirlo mansamente en botellas. Pero con toda opresión se desarrolla su fuerza dinámica de reacción y justamente cuando está apretado y comprimido se convierte en fulminante y explosivo; toda opresión conduce, más pronto o más tarde, a una rebelión. Pues a la larga — ¡eterno consuelo! — es indestructible la independencia moral de la humanidad. Jamás triunfó, hasta ahora, el imponer dictatorialmente a toda la Tierra una única religión, una única filosofía, una única forma de opiniones, y jamás habrá de triunfarse en tal empresa, pues el espíritu siempre sabrá resistirse a todo sometimiento a servidumbre, siempre sabrá negarse a pensar según formas prescritas, a achatarse y a

languidecer, a dejarse regir con cicatería y uniformidad. ¡Qué vulgar y vano es, por ello, todo esfuerzo que pretenda reducir a un común denominador la divina pluralidad de la existencia, dividir toda la humanidad en negra o blanca, en buenos y malos, en temerosos de Dios y herejes, en obedientes al Estado y en enemigos suyos, por razón de principios sólo establecidos en virtud del derecho de la fuerza! En todos los tiempos han de encontrarse espíritus independientes para sublevarse contra tal opresión de la libertad humana, *"conscientious objectors"*, hombres decididos que se nieguen a servir a pesar de toda coacción de las conciencias y jamás podría darse una época tan bárbara, jamás una tiranía tan sistemática, sin que algunos individuos aislados hayan sabido zafarse a la opresión general de las masas y defiendan su derecho a una convicción personal contra los violentos monomaniacos que tratan de imponer su verdad, única y exclusiva. También el siglo XVI, aunque muy semejante al nuestro en la sobreexcitación de sus desaforadas ideologías, conoció algunas de esas almas, libres *e* insobornables. Si se leen las cartas de los humanistas de aquellos días, siéntese fraternalmente su profundo duelo por las perturbaciones causadas en el mundo por la violencia; con emoción, se sufre con ellos la repugnancia de su alma ante la estúpida gritería de mercado con que requieren al público los dogmáticos, cada uno de los cuales pregona: "Lo que enseñamos es verdadero y falso lo que no es enseñado por nosotros". ¡Ah! ¡Qué espanto estremece a estos conscientes ciudadanos de la Tierra ante estos inhumanos mejoradores de la humanidad, que han hecho irrupción en su mundo que cree en la belleza, y, con espumarajos en la boca, proclaman *su* brutal ortodoxia! ¡Oh! ¡Qué repugnancia experimentan en lo más profundo de sí mismos ante ese Savonarola, ese Calvino, ese John Knox, que quieren extirpar la belleza de sobre la Tierra y convertir el mundo en un seminario de moral! Con trágica perspicacia, reconocen todos aquellos hombres, sabios y humanos, el daño que estos frenéticos pedantes del fanatismo tienen que traer a Europa; ya escuchan el retiñir de las armas detrás de sus palabras exaltadas, y adivinan, en este odio, la inminente y espantosa guerra. Pero, aun sabiendo la verdad, estos humanistas no osan, sin embargo, combatir por ella. Casi siempre en la vida están repartidos los destinos: los que conocen no son los que hacen y los que hacen no son los que conocen. Todos estos trágicos y afligidos humanistas se escriben, unos a otros, conmovedoras y artísticas epístolas; se quejan, detrás de las cerradas puertas de sus cuartos de trabajo, pero ninguno se presenta en público y se opone al Anticristo. De cuando en cuando, desde la sombra, atrévese Erasmo a lanzar algunas flechas; Rabelais arranca con el látigo descomunales carcajadas bajo su traje de bufón; Montaigne, ese noble y prudente filósofo, pone en sus *Ensayos* las más elocuentes palabras, pero ninguno de ellos intenta intervenir seriamente e impedir ni una sola de aquellas infames persecuciones y ejecuciones. Con locos furiosos, según reconocen todos estos conocedores del mundo y que se han hecho prudentes por ello, no debe combatir el sabio; lo mejor, en tales tiempos, es refugiarse a la sombra, para no ser cogido y sacrificado.

Pero Castalión, — y ésta es su inmarcesible gloria — es el único de todos estos humanistas que avanza resueltamente al encuentro de su destino. De modo heroico, se

atreve a alzar la voz en favor de los compañeros perseguidos y con ello se juega su propia existencia. Totalmente libre de fanatismo, aunque amenazado a cada instante por los fanáticos; en absoluto libre de pasión, pero con una firmeza tolstoyana, alza, como una bandera, por encima de aquellos furibundos tiempos, su declaración de que ningún hombre debe ser forzado jamás en sus opiniones y que sobre la conciencia de un ser humano no le es lícito nunca ejercer violencia a ninguna potestad de la Tierra; y como esta declaración no la formula en nombre de ningún partido sino en el del imperecedero espíritu de la humanidad, sus pensamientos, lo mismo que algunas de sus palabras, han quedado por encima del curso de los tiempos. Siempre, cuando están formulados por un verdadero artista, conservan su sello los pensamientos de un universal valor humano, que trascienden por encima de todos los tiempos; siempre son de mayor duración las declaraciones que enlazan al mundo entero que las particulares, doctrinarias y agresivas. Como modelo, sin embargo, para todas las generaciones posteriores debería ser conservado el valor, no por nadie imitado y digno de serlo, de este hombre olvidado. Pues cuando Castalión, a despecho de todos los teólogos del mundo, llama a Servet, víctima de Calvino, un asesinado inocente; cuando contra todos los sofismas de Calvino arroja estas inmortales palabras: "Matar a un hombre no es nunca defender una doctrina sino matar a un hombre"; cuando proclama, en su Manifiesto de la Tolerancia, de una vez para siempre, (mucho antes de que lo hagan Locke, Hume, Voltaire y de modo mucho más magnífico que ellos) el derecho a la libertad de pensamiento, entonces este hombre, como prenda de sus convicciones, se juega su vida. No, no se intente comparar la protesta de Castalión por el asesinato legal de Miguel Servet con las cien veces más célebres protestas de Voltaire en el caso de Calas y de Zola en el *affaire* Dreyfus: esas comparaciones[1] no llegan, ni de lejos, a la altura moral de su acción. Pues Voltaire, cuando emprende la lucha en favor de Caías, vive ya en un siglo más humano; fuera de ello, detrás del poeta universalmente famoso, se alza la protección de reyes y de príncipes e igualmente se agolpa como un invencible ejército, detrás de Emilio Zola, la admiración de toda Europa, el mundo entero. Uno y otro arriesgan, con su acto de socorro, mucho de su reputación y de sus comodidades en favor de un destino ajeno, pero no su propia vida, como Sebastián Castalión, — y esta diferencia es decisiva —, el cual, en su combate en favor de la humanidad, sufrió, en todo su asesino furor, la inhumanidad de su siglo.

Del método y hasta el último fondo de sus fuerzas, pagó Sebastián Castalión el precio de su heroísmo moral. Conmueve el ver considerar cómo este proclamador de la benignidad, que no quiere servirse de ninguna otra arma sino de las puramente espirituales, es asfixiado por la fuerza bruta: ¡ay! siempre y en cada caso vuelve a advertirse lo falto de perspectivas de triunfo que se encuentra el hombre aislado, constantemente, sin otro poder detrás de sí que el moral del derecho, cuando se pone a luchar contra una cerrada organización. (Una vez que una doctrina ha conseguido adueñarse de los organismos del Estado y de todos sus instrumentos de presión, acude, sin pensarlo más, al terror; a quien discute su plena potencia se le corta la voz en la garganta, y, en general, también la propia garganta. Calvino no respondió jamás seriamente a Castalión; sólo se propuso hacerlo enmudecer. Sus libros fueron

destrozados, prohibidos, quemados, secuestrados; se arrancó violentamente en el cantón vecino, mediante presión política, la prohibición de que pudiera escribir, y no bien le es imposible ya responder, apenas le es dado ya justificarse, cuando caen calumniadoramente sobre él los alabarderos de Calvino: muy pronto no se trata ya de un combate, sino de una lamentable opresión ejercida sobre quien no puede defenderse. Pues Castalión no puede hablar, no puede escribir; sus obras yacen silenciosas en la anaquelería, mientras que Calvino tiene las imprentas y el pulpito, la cátedra y el sínodo, toda la maquinaria de la fuerza del Estado y la hace funcionar sin compasión alguna; cada paso de Castalión es vigilado, acechada cada una de sus palabras, detenida cada una de sus cartas: no es milagro que tal organización de mil cabezas haya triunfado de un hombre aislado; sólo una muerte prematura salvó literalmente a Castalión de la proscripción o de la hoguera. Pero tampoco ante su cadáver se detiene el odio frenético de los triunfadores dogmáticos. Hasta en la fosa, son arrojadas sobre él, como destructora cal, sospechas y calumnias y se derrama ceniza sobre su nombre; la memoria de este hombre único, que no sólo combatió contra la dictadura de Calvino, sino, en general, contra el principio de toda dictadura espiritual, debe quedar olvidada y perdida para todos los tiempos. La fuerza está a punto de lograr este último extremo contra el inerme; no sólo la acción de este gran humanista sobre aquel tiempo quedó estrangulada por aquella opresión metódica, sino que también, durante muchos años, estuvo ahogada su fama póstuma; aun hoy, un hombre culto no tiene que avergonzarse en modo alguno por no haber leído jamás el nombre de Sebastián Castalión, ni haberlo oído citar siquiera. Pues ¡cómo conocerlo cuando lo más esencial de su obra quedó injustamente apartado de la imprenta por la censura, durante decenios y centenios! Ningún impresor, en la proximidad de Calvino, osaba publicar sus escritos, y mucho tiempo después de su muerte, cuando aparecieron, era ya demasiado tarde para la debida fama. Mientras tanto, otros adoptaron las ideas de Castalión; bajo otros nombres es proseguido el combate en el cual él, el primer adalid, había caído demasiado pronto y casi sin ser notado. Muchos hombres están destinados a vivir en la sombra y morir en la oscuridad: los sucesores han recolectado la gloria de Sebastián Castalión, y aun hoy, en todos los libros escolares, puede leerse la errónea noticia de que Hume y Locke fueron los primeros que difundieron por Europa la idea de la tolerancia, como si la obra de Castalión sobre los heréticos no hubiese sido nunca escrita ni impresa nunca. Está olvidada su gran acción moral, la lucha a causa de Servet; olvidada la guerra contra Calvino, la del "mosquito contra el elefante"; olvidada su obra: una insuficiente imagen de ella dada por la edición conjunta holandesa de sus escritos, algunos manuscritos en Suiza y en las bibliotecas holandesas, algunas frases de gratitud de sus discípulos, eso es todo lo que queda de un hombre, a quien, con unanimidad, sus contemporáneos celebraron no sólo como a uno de los hombres más sabios, sino también como a uno de los más nobles de su siglo. ¡Qué deuda de gratitud hay que pagar aún hoy a este olvidado! ¡La monstruosa injusticia queda todavía por reparar!

Pues la Historia no tiene tiempo para ser justa. Como frío cronista, no toma en cuenta más que los resultados; rara vez echa de menos una medida moral. Sólo contempla al vencedor y

deja en la sombra a los vencidos; sin reflexionar, estos "soldados desconocidos" son arrojados a la fosa de los grandes olvidados; *nulla crux, milla corona,* ninguna cruz ni corona celebra sus actos de sacrificio, desconocidos por haber sido vanos. Mas, en realidad, no se puede calificar de vano ningún esfuerzo emprendido por una pura convicción, ninguna muestra moral de fuerza queda jamás totalmente perdida en el Universo. También, como vencidos, han realizado su sentido los que sucumbieron, los que llegaron demasiado pronto con un ideal que trascendía más allá de su tiempo; pues sólo creando testigos y convencidos que por ella vivan y mueran está viva una idea sobre la Tierra. Ante el espíritu, las palabras "victoria" y "derrota" cobran otra significación diversa, y por ello, será necesario siempre y siempre, en un mundo que sólo contempla los monumentos de los triunfadores, advertir que los verdaderos héroes de la humanidad no son aquellos que, por encima de millones de tumbas y de existencias destrozadas, erigieron su imperio transitorio, sino precisamente aquellos otros que sucumbieron inermes bajo la violencia, como Castalión bajo Calvino, en su lucha por la libertad del espíritu y el ilimitado avance de la humanidad sobre la Tierra.

CALVINO SE APODERA DEL PODER

EL domingo, 21 de mayo de 1536, solemnemente convocados por toques de clarín, se reúnen los ciudadanos de Ginebra en la plaza pública y declaran unívocamente, alzando las manos, que desde entonces sólo quieren vivir *selon l'évangile et la parole de Dieu,* "según el Evangelio y la palabra de Dios". Por el procedimiento del *referendum,* esta institución archidemocrática todavía hoy usual en Suiza, es introducida, en la antigua residencia episcopal, la religión reformada como creencia de la ciudad y del Estado, como la única confesión válida y permitida. Pocos años habían sido menester para que la vieja fe católica, no sólo fuera rechazada, sino destruida y extirpada en la ciudad del Ródano. Amenazados por el populacho, huyeron de los conventos los últimos sacerdotes, canónigos, frailes y monjas; sin excepción, todas las iglesias quedan limpias de imágenes y otros testimonios de la "superstición". Este solemne día de mayo, sella ahora el triunfo definitivo: desde este momento, el protestantismo tiene legalmente en Ginebra no sólo la supremacía y la prepotencia, sino que es también el poder único. Esta implantación radical y sin reservas, de la religión reformada en Ginebra es, en lo esencial, obra de un único hombre exaltado y terrorista, del pastor Farel. Naturaleza fanática, frente estrecha pero férrea, temperamento poderoso y al propio tiempo sin escrúpulos, — "nunca en mi vida se me presentó hombre alguno tan arrogante y descarado" dice de él el suave Erasmo, — este "Lutero romano" ejerce un poder que sojuzga y constriñe a las masas. Pequeño, feo, con roja barba y erizados

cabellos, inflama al pueblo desde el pulpito, con su voz atronadora y el ilimitado furor de su violenta naturaleza, en una febril rebelión, de sentimientos; lo mismo que Dantón en cuanto político, este revolucionario religioso sabe excitar los dispersos y recónditos instintos de la calle e inflamarlos para un decisivo golpe y ataque. Antes de la victoria, cien veces arriesgó Farel su vida, amenazado con pedradas en pleno campo; preso y desterrado por todas las autoridades; pero, con la primitiva fuerza acometedora y la intransigencia de un hombre dominado por una idea única, desbarata poderosamente toda resistencia. De un modo bárbaro, irrumpe en la iglesia católica con sus fuerzas asaltantes, mientras el sacerdote ofrece en el altar el sacrificio de la misa, y asciende arbitrariamente al pulpito para predicar en medio de los bramidos de sus partidarios contra la abominación del Anticristo. Formó, con chicos de la calle, una masa juvenil popular; pagó bandas de pilludos, que, durante el servicio divino, penetrasen en la catedral, y, con sus gritos, gruñidos y carcajadas, perturbaran el recogimiento; por último, cobrando valor de la afluencia cada vez más fuerte de partidarios, movilizó toda su guardia para un último ataque y los hizo penetrar violentamente en los conventos, arrancar las sagradas imágenes de las paredes y quemarlas. Este método de cruda violencia dio la razón debida a su buen éxito: como siempre, una pequeña pero activa minoría, en cuanto muestra valentía y no repara en usar del terror, amedrenta a una mayoría, grande pero indolente. Cierto que los católicos se quejaron del quebrantamiento del derecho y acudieron a la municipalidad, pero, al mismo tiempo, permanecieron resignados en sus casas, y, sin defensa alguna, acabó por fin el obispo por escaparse y abandonar la ciudad de su residencia a la victoriosa Reforma.

Pero ahora, en el triunfo, se manifiesta que Farel sólo corresponde al tipo del revolucionario improductivo, cierto que capaz, con su arrebato y fanatismo, de abatir un orden antiguo, pero que no está llamado a erigir uno nuevo. Farel es un injuriador pero no un formador, un rebelde pero no un constructor; era capaz, con su furia, de suscitar tormentas contra la Iglesia romana, de excitar el odio de las oscuras masas contra frailes y monjas, podía, con su iracundo puño, romper las pétreas tablas de la antigua ley. Pero, delante de las ruinas, se queda perplejo y sin objeto. Ahora, que en el lugar de la expulsada religión católica habría que implantar en Ginebra una confesión nueva, desfallece Farel por completo; como espíritu puramente destructor, sólo sabía crear un espacio vacío para lo nuevo, pero jamás puede un revolucionario de las calles aparecer como espíritu constructivo. Con el derribo, queda terminada su acción; para reedificar tiene que surgir otro hombre.

No sólo Farel es el que pasa entonces por este crítico momento de incertidumbre, después de una victoria demasiado rápida; también en Alemania y en el resto de Suiza, vacilan los jefes de la Reforma, discordes e inciertos acerca del tema histórico que les fue adjudicado. Lo que Lulero, lo que Zwinglio habían querido ejecutar originariamente, no había sido otra cosa que una purificación de la Iglesia existente, un retorno de la fe desde la autoridad del papa y de los concilios a la olvidada doctrina evangélica. Reforma, en un principio, no significaba en realidad otra cosa para ellos sino lo que expresa el sentido literal de la palabra: sólo reformar, mejorar, purificar, reencarnar lo antiguo. Pero como la Iglesia Católica persistiera rígidamente en su,

punto de vista y no se encontrara dispuesta a ninguna concesión, acrecentóseles insospechadamente la tarea hasta tener que realizar la religión exigida por ellos fuera de la Iglesia Católica, en lugar de hacerlo dentro de ella; y al instante, al pasar de la destrucción a la producción divórcianse sus espíritus. Naturalmente que nada habría sido tan lógico, como el que los revolucionarios religiosos, Lutero, Zwinglio y los otros teólogos de la Reforma, se hubieran unido fraternalmente para una unitaria forma de fe y práctica de la nueva Iglesia ; pero ¿se consigue alguna vez establecer lo lógico y lo natural en el terreno de la Historia? En lugar de una Iglesia universal protestante, surgen por todas partes iglesias independientes; Wittenberg no quiere aceptar la doctrina divina de Zurich, y Ginebra, a su vez, tampoco adopta los usos de Berna, sino que cada ciudad quiere tener su Reforma, de un tipo diferente en Zurich, Berna o Ginebra; ya en esta crisis, se revela proféticamente la soberbia nacionalista de los Estados europeos en el espejo de disminución del espíritu cantonal. En pequeñas querellas, en teológicas nimiedades y convenios, dilapidan ahora sus mejores fuerzas, Lutero, Zwinglio, Melanchton y Karlstadt, todos los que habían minado reunidos el edificio gigantesco de la *Ecclesia Universalis*. Del todo impotente, sin embargo, encuéntrase Farel en Ginebra ante las ruinas del antiguo orden: eterna tragedia del ser humano que realizó por completo la misión histórica que le fue atribuida pero que no se siente con altura bastante para sus consecuencias y exigencias.

Por ello, fue una hora venturosa para el trágico triunfador aquella en que, por casualidad, se enteró de que Calvino, el célebre Jehan Calvin, se detenía un día en Ginebra en su viaje a Savoya. Al punto lo visitó en su posada, para pedirle consejo y suplicarle su auxilio para la obra de reconstrucción. Pues aunque fuera casi veinte años más joven que Farel, este hombre de veintiséis años pasaba ya por una autoridad indiscutible. Hijo de un arzobispal perceptor de derechos aduaneros y notario, nacido en Noyon, en Francia, educado en la severa disciplina del Colegio de Montaigu (lo mismo que Erasmo y que Ignacio de Loyola), destinado primero a la clerecía y después a ser jurista, Jehan Calvin (o Chauvin), a causa de haber tomado partido en favor de la doctrina luterana, había tenido que huir, a los veinticuatro años, de Francia a Basilea. Pero para él, en oposición a lo que les ocurre a la mayor parte de las gentes, las cuales, con la patria pierden también su fuerza interna, la emigración fue de provecho. Justamente en Basilea, esa encrucijada de Europa, donde las diferentes formas del protestantismo se encontraban y hostilizaban mutuamente, comprende Calvino, con la genial mirada del espíritu lógico que ve las cosas muy de lejos, cuál es la necesidad del momento. Ya las doctrinas evangélicas, hasta en su propio núcleo, están hechas astillas por tesis cada vez más radicales; ya panteístas y ateos, fanáticos y visionarios comienzan a descristianizar el protestantismo y a ultracristianizarlo; ya ha terminado en Munster, con sangre y horror, la espeluznante tragicomedia de los anabaptistas; ya la Reforma amenaza con despedazarse en sectas aisladas y convertirse en nacional, en vez de alzarse hasta llegar a ser un poder universal, al igual de su antagonista la Iglesia romana. Contra semejante diseminación, según columbra con la más perspicaz seguridad el hombre de veinticuatro años, tiene que ser encontrada una síntesis a su debido tiempo, una cristalización espiritual de la nueva doctrina en un libro, en un

esquema, en un programa; tiene que ser por fin trazado un bosquejo creador del dogma evangélico. De este modo, este desconocido y joven jurista y teólogo, con la magnífica osadía de la juventud, se propone desde el primer momento, mientras los auténticos directores andan todavía gruñendo por cosas de detalle, atacar resueltamente el problema total, y, en un año de labor, crea, con sus *Institiítio religionis Christianae* (1535) el primer esbozo de la doctrina evangélica, el libro de enseñanza y guía, la obra canónica del protestantismo.

Esta *Institutio* es uno de los quince o veinte libros del mundo de los cuales es lícito decir, sin exageración, que han determinado el curso de la Historia y modificado la fisonomía de Europa; obra la más importante de la Reforma, después de la traducción de la *Biblia* de Lulero, este libro ejerció desde el primer momento influencia decisiva sobre los contemporáneos, por su lógica inflexibilidad, su constructiva energía. Un movimiento espiritual necesita siempre un hombre de genio que lo comience y un hombre de genio que lo termine. Lutero, el inspirador, puso en marcha a la Reforma; Calvino, el organizador, la detuvo antes de que se quebrara en mil sectas. En cierto sentido, la *Institutio* vino a terminar del todo la revolución religiosa, lo mismo que el *Código de Napoleón* la francesa; ambas, al trazar la raya final, realizan su suma; ambas le quitan a un movimiento torrencial, y más que torrencial, el ardiente fluir de su principio para imprimirle la forma de la ley y de la estabilidad. Con ello, de la arbitrariedad ha brotado el dogma; de la libertad la dictadura; de la agitación anímica una severa norma espiritual. A la verdad, como toda revolución que se detiene, también esta revolución religiosa pierde en su grado postrero, algo de su dinámica originaria; pero, como potencia terrena espiritualmente unida, álzase desde ahora, frente a la Iglesia católica, una Iglesia protestante.

Es propio de la fuerza de Calvino el que jamás haya suavizado o modificado la rigidez de sus fórmulas primeras; todas las sucesivas ediciones de su obra, significan en adelante una ampliación, pero en modo alguno una corrección de sus decisivas declaraciones primeras. A los veintiséis años de edad, antes de toda experiencia de la vida, de modo análogo a un Marx o a un Schopenhauer, ha meditado ya lógicamente y hasta sus últimas consecuencias su concepto del Universo, y todos los años sucesivos sólo han de servir para trasplantar al ámbito de la realidad sus ideas organizadoras. Ninguna palabra esencial será modificada ya en su obra, y en primer lugar, nada será modificado ya en su persona; no retrocederá ni un solo paso, ni dará uno único al encuentro de nadie. Con tal hombre, sólo cabe despedazarlo o ser despedazado por él. Es vano todo sentimiento intermedio en su favor o en su contra. No hay elección posible: o negarlo, o someterse a él por completo.

Ya en un primer encuentro, ya en una primera conversación, advirtió al punto Farel todo esto — y en ello hay grandeza humana. Y aunque fuera veinte años mayor, ya desde aquella hora sometióse por completo a Calvino. Reconociólo como su guía y su maestro, convirtióse desde este instante en su fámulo espiritual, en su subdito, en su esclavo. Jamás, en los treinta años siguientes, osará, pronunciará

Farel ni una sola palabra de contradicción. En toda lucha, en toda cuestión, tomará el partido de Calvino; se precipitará presuroso ante cualquier llamamiento suyo de donde quiera que llegue, para combatir a su favor y bajo sus órdenes. Como primero, presenta Farel el modelo de aquella obediencia que no pregunta nada, anticrítica, de entrega de sí mismo, que Calvino, el fanático de la subordinación, exige de cada ser humano como su deber supremo.

Una única pretensión alzó hacia él Farel en toda su vida, y ya desde esta misma hora: la de que Calvino, como el único digno de ello, tome a su cargo la dirección espiritual de Ginebra, y que, con su energía reflexiva, acometa la obra de reforma para dar cima a la cual el mismo Farel es demasiado débil.

Calvino dio noticia más tarde de durante cuánto tiempo y con qué violencia se negó entonces a prestar obediencia a esta sorprendente llamada. Siempre para el hombre espiritual es una resolución llena de responsabilidad la de abandonar la pura esfera del pensamiento para ingresar en la turbia política de la realidad. Este miedo secreto apoderóse también de Calvino. Vacila, titubea, alude a su juventud, a su inexperiencia; le suplica a Farel que prefiera dejarlo en su mundo creador de los libros y de los problemas. Por último, Farel se impacienta ante la obstinación de Calvino al sustraerse a su invocación, y con bíblica fuerza profética retumba su voz sobre el hombre indeciso. "Te escudas en tus estudios. Pero, en el nombre de Dios Todopoderoso, te anuncio que caerá sobre ti la maldición de Dios si le niegas tu ayuda a la obra del Señor y te buscas a ti mismo más que a Cristo".

Sólo esta apelación determina a Calvino y decide de su vida. Se declara dispuesto a establecer el orden nuevo en Ginebra: lo que hasta entonces mostró como palabra e idea debe en adelante llegar a ser acción y obra. En lugar de componer un libro, intentará ahora imprimir la forma de su voluntad en una ciudad y en un Estado.

Los contemporáneos son siempre los que menos saben de su tiempo. Los momentos más importantes pasan sin ser notados por delante de su atención y casi nunca la hora realmente decisiva encuentra en sus crónicas la correspondiente consideración. Esto mismo se advierte en el protocolo del consejo de Ginebra del 5 de setiembre de 1 536 que consigna la proposición de Farel para emplear de un modo permanente a Calvino como *"lecteur de la Sainte Escripture" y* ni una sola vez se siente en la obligación de consignar allí el nombre de aquella persona que debía dar a Ginebra gloria ilimitada ante el mundo entero. De un modo seco, el secretario del Consejo anota simplemente el hecho de que Farel propuso que *iste Gallus* "este francés", continúe en sus funciones de pastor. Eso es todo. *¿Para* qué molestarse en deletrear primero el nombre y estamparlo después en el acta? Parece ser sólo una decisión que a nada obliga el conceder un pequeño estipendio a este pastor extranjero que no tiene pan. Pues el consejo municipal de la ciudad de Ginebra es todavía de opinión de que nada han hecho más que nombrar un empleado de ínfima categoría, que, en adelante, desempeñe su cargo con la misma humildad y obediencia que cualquier maestro de escuela recién colocado o un cajero, o un verdugo.

En todo caso, los honrados consejeros no son gente de letras; no leen en sus horas de ocio, ninguna obra teológica y de fijo que ninguno de ellos ha hojeado siquiera antes de entonces la *Institutio religionis Christianoe* de Calvino. Pues sino, se habrán espantado

mucho, porque allí, en claras palabras, está soberanamente establecido qué plenitud de poder pretende *iste gallus* para el pastor dentro de la comunidad: "Claramente debe ser aquí enunciado el poder de que deben estar investidos los pastores de la Iglesia. Como han sido nombrados como administradores y proclamadores de la palabra divina, tienen que atreverse a todo para forzar a los grandes y poderosos de este mundo a que se inclinen ante la Majestad de Dios y le sirvan. Tienen que mandarlo todo, desde lo más alto a lo más bajo; tienen que erigir los dogmas de Dios y quebrantar el imperio de Satán; proteger a las ovejas y extirpar a los lobos; tienen que amonestar e instruir a los dóciles y acusar y aniquilar a los que oponen resistencia. Pueden atar y pueden desatar; pueden fulminar excomuniones, pero todo ello conforme a la palabra de Dios".

Esta frase de Calvino "los pastores tienen que mandarlo todo desde lo más alto hasta lo más bajo", es indudable que pasó inadvertida para los consejeros de Ginebra, sino jamás habrían tendido tan rápidamente las manos hacia este hombre lleno de exigencias. Sin sospecha de que este emigrante francés que llamaban ellos a su iglesia estaba decidido, desde el principio, a ser señor de la ciudad y del Estado, invistiéronle en el cargo y la dignidad. Pero, a partir de este día, queda terminado su propio poder, pues, con la fuerza de su implacable energía, Calvino va a arrebatarlo todo para sí; sin escrúpulo alguno va a llevar a efecto sus exigencias totalitarias, y, con ello, a transformar una república democrática en una dictadura teocrática.

Ya las primeras medidas testimonian la lógica de largo alcance del pensamiento de Calvino y la resolución de su ánimo, consciente de sus metas. "Cuando llegué por primera vez a esta iglesia, — escribe más tarde acerca de esta época de Ginebra, — cuanto había aquí era lo mismo que nada. Se hacían sermones y pare usted de contar. Se recogían las imágenes de los santos y se les prendía fuego. Pero, sin embargo, no había aún ninguna Reforma y todo se encontraba en desorden". Pero Calvino es un ordenador nato: todo lo no sometido a reglas y ajeno a sistema repugna a su naturaleza de exactitud matemática. Si se quiere educar a los hombres en una nueva religión, se tiene primeramente que hacerles saber lo que deben creer y confesar. Tienen que poder distinguir claramente lo que es permitido y lo que es prohibido; todo imperio espiritual, lo mismo que todo imperio terreno, necesita sus visibles fronteras y sus leyes. Por ello, ya al cabo de tres meses, presenta Calvino un catecismo al consejo, el cual, en veintiún artículos, formula, con clara nimiedad, los fundamentos de la nueva doctrina evangélica, y este catecismo — hasta cierto punto el decálogo de la nueva iglesia, — es aceptado por el consejo con una adhesión fundamental.

Pero Calvino no se da por contento con una simple adhesión, exige una obediencia al pie de la letra y sin reserva alguna. No es en modo alguno suficiente para él el que esté formulada la doctrina, pues, con ello, siempre le queda el individuo algo de libertad, hasta el punto y con la extensión que quiera ligarse a ella. Calvino, sin embargo, no soporta jamás ni en ningún sentido la libertad en las cosas de la doctrina y de la vida. Ni un palmo de terreno quiere dejar a la convicción individual, en las cuestiones eclesiásticas y espirituales; la Iglesia, según su concepto, tiene, no sólo el derecho, sino también el deber de obligar fuertemente a todos los hombres a una incondicional obediencia a su autoridad, y ya la mera tibieza debe

ser castigada de modo implacable. "Piensen otros lo que quieran, no soy yo de opinión de que nuestro cargo esté reducido a tan estrechos límites que, una vez pronunciado nuestro sermón, tengamos ya con ello terminado nuestro cometido, y nos sea lícito dejar ociosas las manos sobre nuestras rodillas". Su catecismo no debe constituir meramente una línea directora de la fe sino una ley del Estado; por ello, exige del Consejo que los ciudadanos de la ciudad de Ginebra sean obligados por la autoridad a que, individualmente, hombre tras hombre, confiesen y juren públicamente tal catecismo. De diez en diez, los ciudadanos, como niños de la escuela, conducidos por los" *"anciens"*, deben dirigirse a la catedral y allí, alzando sus diestras, prestar el juramento cuyo texto sería leído en alta voz por el secretario de Estado. Pero quien se niegue a prestar este juramento, tiene al punto que ser obligado a abandonar la ciudad. Esto, con toda claridad y de una vez para siempre, quiere decir que de entonces en adelante, a ningún ciudadano le será lícito vivir dentro de las murallas de Ginebra si, en las cuestiones eclesiásticas, disiente, aunque sólo sea en el grueso de un cabello, de las exigencias y concepciones de Juan Calvino. Se acabó en Ginebra la "libertad del hombre de Cristo", exigida por Lutero, el concepto de la religión como un asunto individual de conciencia: el *Logas* triunfó sobre el *Ethos*, la letra sobre el espíritu de la Reforma. Se terminó en Ginebra toda especie de libertad desde que Calvino penetró en la ciudad; una única voluntad impera ahora sobre todo.

Una dictadura no puede ser pensada ni sostenida sin violencia. Quien quiere conservar el poder, necesita tener medios coactivos entre sus manos; quien quiere mandar, tiene que poseer también el derecho de castigar. Ahora, Calvino, conforme al decreto de su nombramiento, no tendría ni el más mínimo derecho para decretar purificaciones por delitos eclesiásticos. Los consejeros designaron un *"lecteur de la Sainte Escripture"* para que explique a los creyentes libros santos; un pastor para que predique y amoneste a la comunidad a fin de que siga en la recta creencia en Dios. Pero la facultad de castigar por su conducta legal y moral, a los ciudadanos, pensaba naturalmente el consejo reservarla para su propia jurisdicción. Ni Lutero ni Zwinglio ni ningún otro de los reformadores habían hasta entonces tratado de disputar este derecho y esta facultad a los magistrados civiles; mas Calvino, como naturaleza autoritaria, emplea al instante su gigantesca voluntad en rebajar al consejo municipal hasta que sea un órgano puramente ejecutivo de sus órdenes y disposiciones. Y como *a* él, legalmente, no le es atribuida ninguna jurisdicción, proporciónasela por su propio derecho, mediante el establecimiento de la excomunión: con una mutación genial, transforma el religioso misterio de la comunión en un instrumento de poder y de presión de carácter personal. Pues el pastor calvinista sólo admitirá a la cena del Señor "a aquellos cuya conducta moral le parezca personalmente irreprochable. Pero aquel a quien el pastor niegue la comunión, — y aquí se manifiesta toda la gravedad de esta arma de dominio, — está civilmente muerto. A nadie le es lícito hablar con él, nadie debe venderle cosa alguna o comprarla de él; con ello, la medida decretada por la autoridad eclesiástica, y en apariencia puramente religiosa, se convierte al instante en un *boicot* social y mercantil; entonces, en el caso de que el excluido continúe aún sin capitular, y se niegue a hacer la penitencia pública prescrita por el pastor, ordena Calvino su destierro. Un enemigo de Calvino, aunque, por otra parte sea el ciudadano más

digno de consideración, no puede, según ello, continuar viviendo en Ginebra, por mucho tiempo; todo hombre malquisto con los eclesiásticos está, desde entonces, amenazado en su existencia civil.

Con este rayo entre las manos, Calvino puede destruir a todos los que le opongan resistencia; con un único y osado zarpazo, ha empuñado en sus manos una incendiaria tea y una piedra de rayo tal como anteriormente ni siquiera el obispo de la ciudad era capaz de fulminarlas. Pues, dentro del catolicismo, se requería siempre una ilimitada serie de instancias, cada vez más altas, antes de que la Iglesia se resolviera a expulsar de sí públicamente a uno de los que le pertenecían; la excomunión era un acto que excedía de lo personal y plenamente sustraído a la arbitrariedad individual; Calvino, no obstante, aspirando a sus fines y despiadado en su voluntad de poder, sitúa este derecho de anatema, que puede aplicarse a diario y de modo cada vez menos sometido a reglas, en manos del pastor y del consistorio; hace de esta espantosa amenaza un castigo casi constante, y, como psicólogo que comprende bien los efectos del terrorismo, con la amenaza de tal castigo, convierte casi en ilimitado su poder personal. Cierto que, trabajosamente, logra aún establecer la municipalidad que la administración de la comunión sólo tenga lugar cada trimestre, y no todos los meses, como exigía Calvino. Pero sólo esta vez se dejará arrebatar Calvino su arma más poderosa, pues, únicamente con ella, puede, en realidad, dar comienzo a su auténtico combate: la lucha por la totalidad del poder.

En general, pasa siempre algún tiempo antes de que un pueblo advierta que paga las transitorias ventajas de una dictadura, su austera disciplina y su robusta fuerza colectiva de acometimiento, con los derechos personales del individuo, y que, innegablemente, cada nueva ley se paga al precio de una antigua libertad. También, en Ginebra, esta conciencia no fue suscitándose, sino sucesivamente. Con honrado pecho, los ciudadanos dieron su asentimiento a la Reforma; por su libre voluntad se reunieron en el público mercado para confesar la nueva fe, levantando la mano como hombres ya no independientes. Pero, por el contrario, se subleva su orgullo republicano con el hecho de ser llevados de diez en diez, bajo la vigilancia de un alguacil, como galeotes, a través de la ciudad, para prometer obediencia en la iglesia, con solemne juramento, a cada párrafo del señor Calvino. No protegieron una reforma de las costumbres más severa para ser ahora amenazados a diario con poco reparo, por ese nuevo pastor, con proscripciones y destierros, simplemente porque alguna vez hayan cantado regocijadamente ante un vaso de vino, o llevado vestiduras que al señor Calvino o a Farel les parezcan demasiado abigarradas o sensuales. Y ¿quiénes son propiamente esas gentes que se conducen con tanto imperio?, comienza a preguntarse el pueblo. ¿Son ciudadanos de Ginebra? ¿Son gentes de antiguo allí establecidas que han colaborado a la grandeza y riqueza de la ciudad, bien probados patriotas, ligados y hermanados secularmente a las mejores familias? No; son recién llegados, que, como fugitivos, vinieron de otro país, de Francia. Se les recibió con hospitalidad, se les dio pan y sustento y una colocación bien retribuida y ahora se atreve, aquel hijo de preceptor de aduanas del país vecino, que al instante trajo a su caliente nido a su hermano y a su cuñado, a injuriar y a reprender a los ciudadanos afincados en la ciudad! ¡ Un refugiado, que vive de un empleo dado por ellos, se abroga el papel de determinar a quién le es lícito, y a quién no,

permanecer en Ginebra!
Siempre, al principio de una dictadura, mientras las almas libres no están todavía envueltas en niebla y los independientes no han sido expulsados, la resistencia encuentra cierta densidad: en público, declaran en Ginebra las gentes de opiniones republicanas que en todo pensaban menos en dejarse reprender desde el pulpito "como si fueran ladrones de caminos". Calles enteras, ante todo la *rué des Allemands,* se niegan a prestar el exigido juramento, se quejan en alta voz y con rebeldía de que ni prestarán el juramento ni mucho menos abandonarán su ciudad natal, por mandato de aquel vagabundo hampón francés. Cierto que consigue Calvino comprometer al "consejillo", que le es fiel, para que en realidad penda la pena del destierro sobre los que se nieguen a jurar; pero, en realidad, no se atreven ya a ejecutar la impopular medida y el resultado de una nueva elección ciudadana muestra claramente que la mayoría de la ciudad ha comenzado a levantarse contra las arbitrariedades de Calvino. Las gentes que le son incondicionalmente fieles pierden la supremacía en el nuevo consejo de febrero de 1838; una vez más, supo la democracia de Ginebra defender su voluntad contra las pretensiones autoritarias de Calvino.

Calvino había avanzado en forma harto impetuosa. Los ideólogos políticos tasan siempre como demasiado baja la resistencia fundada en la pereza de la materia humana; siempre piensan que las renovaciones decisivas podrán realizarse de modo tan rápido en el terreno de lo real como en lo interno de sus espirituales construcciones. La prudencia tenía ahora que regir a Calvino mientras no lograra volver a conquistar a las autoridades civiles, hacerle proceder de modo más suave, pues todavía se halla su asunto en una situación favorable; tampoco el consejo recién elegido le opone otra cosa sino prudencia, en modo alguno hostilidad. Hasta sus más francos adversarios han tenido que reconocer, en este breve plazo, que una incondicional voluntad de moralización reside en el fondo del fanatismo de Calvino; que este hombre impetuoso no procede movido por un estrecho orgullo sino por una gran idea. A su vez, su hermano de armas; Farel, continúa siendo siempre el ídolo de la juventud y de la gente de la calle; de este modo, fácilmente podría ser dulcificada la tensión, si Calvino empleara un poco de prudencia diplomática y acomodara sus pretensiones ofensivamente radicales, a las más circunspectas concepciones de la burguesía.

Pero, en este punto, chócase con el granítico fondo del carácter de Calvino, con su rigidez de hierro.
Nada fue más ajeno a este gran fanático durante toda su vida que la conciliación. Calvino no conoce ningún término medio; un solo camino, el suyo. Para él, sólo existe todo o nada; la autoridad plena o el total aniquilamiento. Jamás concertará un compromiso, pues tener derecho y ejercitarlo es para él una propiedad hasta tal punto funcional que en modo alguno puede comprender ni concebir que ningún otro pueda igualmente tener también derecho, considerando las cosas desde su propio campo. Para Calvino, es axiomático que sólo él es el llamado a enseñar y los otros lo están a aprender de él; literalmente, con la más sincera y honrada convicción dice, "recibo de Dios lo que enseño y eso fortalece en mí la conciencia". Con una espantosa y siniestra seguridad en sí mismo, coloca sus afirmaciones al nivel de la verdad absoluta, —

"Dieu m'a fait la gráce de déclarer ce qu'est bon et mauvais", — y siempre, este poseído de sí mismo vuelve a sentirse exasperado y agitado cuando cualquier otro se arriesga a manifestar una opinión contraria a la suya. Ya la contradicción provoca en Calvino una especie de ataque de nervios; hasta lo más profundo de lo corporal alcanza la sensibilidad de su espíritu; el estómago se le revuelve y vomita bilis, y aunque el adversario proceda del modo más objetivo y sabio posible al exponer sus objeciones, ya el solo hecho de que se haya atrevido a pensar de otro modo que él, conviértelo personalmente para Calvino en mortal enemigo y más allá de lo que a él le afecta, en enemigo del mundo, en enemigo de Dios. Serpientes que silban contra él, perros que le ladran, bestias, bribones, siervos de Satán, de este modo designa en su vida particular este hombre exagerado y desmedido a los primeros humanistas y teólogos de su tiempo; "la honra de Dios" está ofendida en su "siervo", no bien alguien contradice a Calvino, aunque sólo sea de un modo totalmente académico; la "Iglesia de Cristo está amenazada", no bien alguien osa llamar, *ad personam,* ansioso de dominio el pastor de San Pedro. Sostener conversaciones ambiguas con algún otro no significa más para Calvino sino que aquel otro tiene que convertirse a su opinión y confesarla: a lo largo de toda una vida, este espíritu, en general tan perspicaz, no dudó ni un solo momento de su título exclusivo para exponer la palabra de Dios y para ser el único que la conociera. Pero precisamente por esta rígida fe en sí mismo, por esta profética posesión de sí mismo, por esta magnífica monomanía, se mantuvo firme en el terreno de lo real; sólo su inconmovilidad de piedra, su rigidez férrea e inhumana, explica el secreto de su triunfo político. Pues sólo esta posesión de sí mismo, sólo este magnífico y limitado convencimiento, convierte, en la Historia Universal, a un hombre en conductor de hombres. Jamás la humanidad, que siempre se entrega al sugestionador, se sometió a los pacientes y justos, sino sólo a los grandes monomaniacos que encuentran en sí el valor de enunciar su verdad como la única posible, su voluntad como la fórmula fundamental de la ley del universo. No produce, por lo tanto, el más mínimo efecto sobre Calvino el que la mayoría del nuevo consejo de la ciudad se alce en contra suya y le recomiende del modo más cortés, que, a causa de la paz, prescinda de esas rudas amenazas y excomuniones y se ajuste a la concepción más indulgente del sínodo de Berna: un obstinado como Calvino no acepta ninguna paz razonable, si tiene que ceder aunque no sea más que una tilde. Todo compromiso es completamente imposible para su naturaleza autoritaria y en el momento en que la municipalidad le contradice, aquel hombre, que exige de los otros la más incondicional subordinación ante todo superior, se convierte plenamente, sin reflexionarlo, en un revolucionario contra las autoridades legales. Abiertamente, injuria el "consejillo" desde el pulpito y proclama "que prefiere morir antes que arrojar a los perros el santo cuerpo del Señor". Otro pastor llama, en la iglesia, el consejo de la ciudad, una "colección de borrachones"; lo mismo que un bloque de roca, rígido e inconmovible, los partidarios de Calvino se oponen a la pública autoridad.

Este provocativo apoyo del cuerpo de pastores en contra de su jurisdicción, no puede soportarlo el consejo municipal.

Al principio, envía un mandamiento declarando, de modo que no puede dejar lugar a torcidas interpretaciones que no puede seguir abusándose del pulpito para fines políticos, sino que allí

únicamente debe ser expuesta la palabra de Dios. Pero como Calvino y los suyos pasan tranquilamente por encima de esta disposición oficial, no resta sino prohibir a los pastores que asciendan al pulpito; el más desafiador de entre ellos, Courtauld, hasta llega a ser encarcelado a causa de publica excitación al motín. Con ello, está declarada la guerra franca entre la fuerza eclesiástica y civil. Pero Calvino la acepta resueltamente. Acompañado por sus partidarios, penetra violentamente en la catedral de San Pedro, asciende tercamente al pulpito vedado para él y como partidarios y adversarios de uno y otro bando invadan la iglesia con espadas, los unos para proteger el prohibido sermón, los otros para impedirlo; origínase un espantoso tumulto y están a punto de llegar a unas Pascuas de sangre. Está terminada ahora la paciencia de la municipalidad. Convoca al gran consejo de los doscientos, la instancia suprema, y le plantea la cuestión de si se debe despedir a Calvino y los demás, que han desdeñado obstinadamente las órdenes de municipio. Una abrumadora mayoría responde que sí. Los eclesiásticos rebeldes son depuestos de sus cargos y se les indica enérgicamente que, en el plazo de tres veces veinticuatro horas, tienen que abandonar la ciudad. El castigo de destierro con el que Calvino, en los últimos diez y ocho meses, amenazaba *a* tantos ciudadanos de Ginebra, le ha alcanzado ahora a él mismo.

El primer asalto de Calvino a Ginebra está fracasado. Pero tal revés, en la vida de un dictador, no significa nada peligroso. Por el contrario, casi corresponde forzosamente a la definitiva ascensión a una ilimitada posesión de poder, el que el principio se sufra esta dramática derrota. Destierro, prisión, confinamiento, jamás se muestran como obstáculos para el gran revolucionario universal sino sólo como exigencias de su popularidad; para ser divinizado por las masas, hay que haber sido mártir, y precisamente el ser perseguido por un sistema odiado le proporciona al principio a un conductor de pueblos la preparación anímica necesaria para sus posteriores y decisivos triunfos sobre las masas, porque, por medio de aquella simbólica prueba, se eleva hasta lo místico, ante el pueblo, el nimbo del jefe futuro. Nada es más necesario para un gran político como el desaparecer por el foro de cuando en cuando, pues justamente por *su* invisibilidad, se convierte en legendario; corno una nube, la fama glorificadora envuelve su nombre, y, a su regreso, avanza a su encuentro una espectación cien veces acrecida, que, sin su intervención, se ha formado, por decirlo así, de la atmósfera. Casi todos los héroes populares de la Historia, han adquirido la máxima fuerza sentimental sobre su nación por medio de un destierro: César en las Galias, Napoleón en Egipto, Garibaldi en América del Sur, Lenin en los montes Urales, se hicieron más fuertes por medio de su ausencia de lo que lo hubieran sido con su presencia, y ése es también el caso de Calvino.

A la verdad, en aquella hora de la expulsión, Calvino parece, según todas las previsiones, un hombre acabado. Su organización está destrozada, su obra plenamente fracasada y nada parece quedar de su actividad sino el recuerdo de una fanática voluntad de orden y algunas docenas de abandonados amigos. Pero vienen en su auxilio, como en el de todas las naturalezas políticas, que, en lugar de pactar en los

momentos peligrosos se retiran resueltamente, las faltas de sus sucesores y adversarios. Trabajosamente, encontró la municipalidad, en lugar de las imponentes personalidades de Calvino y Farel, algunos dóciles pastores que, por miedo de llegar a hacerse odiosos al pueblo con medidas agudas, prefieren dejar que las riendas arrastren negligentemente por el suelo, en lugar de empuñarlas tirantes en sus manos. Bajo su gobierno, la obra de la Reforma en Ginebra, tan enérgicamente comenzada por Calvino, y hasta con exceso de energía, queda detenida muy pronto, y tal inseguridad en las cosas de la le se apodera de los ciudadanos que la oprimida Iglesia católica va, poco a poco, cobrando nuevos ánimos, e intenta, por medio de prudentes mediadores, volver a conquistar a Ginebra para la fe romana. La situación va siendo crítica, cada vez más crítica; poco a poco, los mismos reformados, para quienes Calvino había sido demasiado duro y severo, comienzan a intranquilizarse y a preguntar si, en resumidas cuentas, tal azote dé bronce no habría sido más de desear que el caos que les amenaza. Cada vez con mayor insistencia los ciudadanos, hasta algunos de los anteriores adversarios, invitan a que vuelva a ser llamado el desterrado; por último, el consejo municipal no ve ningún otro refugio sino acceder al general deseo popular. Las primeras embajadas y cortes a Calvino son aún preguntas suaves y prudentes; pero bien pronto se convierten en más francas e insistentes. De modo que no puede desconocerse, la invitación se transforma en ruego: bien pronto el consejo no le escribe ya *a Monsieur* Calvino que puede regresar para servir a la ciudad, sino que se dirige al *Maítre* Calvino; por último literalmente de hinojos, los desaconsejados señores del consejo suplican al "buen hermano y único amigo" que vuelva a tomar a su cargo el puesto de pastor, y va ya añadida la promesa de "portarse de tal modo con él, que tenga motivos para estar contento."

Si Calvino hubiera poseído un carácter humilde y pudiera contentarse con un triunfo razonable, se daría por pagado con la satisfacción de ser vuelto a llamar de modo tan suplicante por la ciudad que dos años antes lo había expulsado despreciativamente. Pero quien aspira *a* todo no se dejará satisfacer jamás con términos medios, y, Calvino, en ésta su cuestión más sagrada, no se mueve por vanidad personal sino por la victoria de la autoridad. No quiere, por segunda vez, ser paralizado en su obra por cualquier funcionario; si regresa, no será permitido que haya en Ginebra más que una sola válida voluntad: la suya. Antes de que la ciudad no se le rinda con las manos atadas, y de que se declare de modo definitivo sometida a él, niégase Calvino a toda promesa, y, con un horror tácticamente exagerado, rechaza durante largo tiempo las ofertas insistentes. "Prefiero la muerte mil veces a comenzar otra vez aquellos anteriores y atormentadores combates", escríbele a Farel. No da ni un solo paso hacia su anterior adversario. Por último, cuando la municipalidad suplica ya de rodillas a Calvino para que regrese, hasta su más íntimo amigo Farel se impacienta y le escribe: "¿Esperas acaso a que te llamen hasta las piedras". No obstante, Calvino permanece firme hasta que Ginebra se le rinde a discreción. Sólo cuando han prestado el juramento de cumplir el catecismo y la exigida *"discipline"* según la voluntad del reformador; sólo cuando los consejeros dirigen humildes cartas a la ciudad de Estrasburgo rogando fraternalmente a los ciudadanos de allí que les cedan a aquel hombre imprescindible; sólo cuando Ginebra

se ha rebajado, no ya ante él sino ante el mundo, cede Calvino y se declara finalmente conforme con ejercer su antiguo cargo, pero con renovada plenitud de poderes. Como una ciudad vencida a su conquistador, así se prepara Ginebra para la recepción de Calvino. Hácese todo lo imaginable para apaciguar su enojo. Los antiguos y severos edictos son vueltos a poner en vigor a toda prisa, sólo para que Calvino encuentre ya anticipadamente ejecutadas sus disposiciones eclesiásticas; personalmente, toma a su cargo 1 consejillo el elegir una conveniente residencia, con jardín, para el deseado eclesiástico y adoptar las necesarias disposiciones para su amueblamiento. Del modo más propio, es construido de nuevo al viejo pulpito de Saint Fierre, a fin de que sea más cómodo para sus conferencias y la figura de Calvino sea en todo momento visible para todos los presentes. Un honor sigue a otro honor: antes aun de que pueda haber partido de Estrasburgo, es enviado a su encuentro un heraldo, a fin de que, por el camino, le salude en nombre de la ciudad; a expensas de la burguesía, es traída solemnemente su familia. Por fin, el 13 de setiembre el coche de viaje se aproxima a la puerta de Cornavin, y al punto se reúne gran muchedumbre de gentes para acompañar, con gran júbilo, al que regresa, hasta dentro de los muros de la ciudad. Blanda y manejable como cera tiene ahora Calvino a la ciudad entre sus manos y no cesará hasta que haya creado de ella la obra de arte de su plástico pensamiento. Desde esta hora, ya no es posible separar uno de otro a Calvino y Ginebra, al espíritu y lo formado; al creador y la criatura.

LA "DISCIPLINA"

EN la hora en que este hombre flaco y duro, vestido de negro con una flotante sotana eclesiástica, penetró por la Puerta de Cornavin, comienza uno de los experimentos más memorables de todos los tiempos: un Estado, con innumerables células vivientes y palpitantes, debe transformarse en un mecanismo rígido; un pueblo, con todos sus sentimientos y pensamientos, ser convertido a un sistema único; es el primer ensayo de completo gobierno igualitario de todo un pueblo, que aquí, dentro de Europa, es emprendido en nombre de una idea. Con una gravedad demoníaca, una magnífica y sistemática reflexión, prosigue Calvino su plan audaz de hacer de Ginebra el primer Estado de Dios sobre la Tierra: una *res publica* sin la terrena grosería, sin corrupción, desorden, vicio y ni pecados: la verdadera, la nueva Jerusalén, de la cual debe proceder la salvación de todo el orbe terráqueo. Esta idea única llena desde entonces su vida, y su vida, a su vez, es vivida únicamente en servicio de esta única idea. Tremendamente serio, santamente sincero es este ideólogo de bronce en su sublime utopía, y nunca, en el cuarto de siglo de su dictadura espiritual, dudó ni porun momento de que no hacía más que mejorar a los hombres el privarlos, sin

consideración alguna, de toda libertad individual. Pues, con todas sus exigencias, con su insoportable exceso de exigencias, este piadoso déspota pensaba que no pretendía otra cosa de los hombres sino que vivieran rectamente, esto es, conforme a la voluntad y las prescripciones de Dios.

Esto, a primera vista, parece en realidad sencillo e incontrovertiblemente claro. Pero ¿cómo puede reconocerse esta voluntad de Dios? ¿Dónde hallar sus instrucciones? En el Evangelio, responde Calvino, y sólo en el Evangelio. Allí, en ese escrito eternamente vivo, respira y palpita la voluntad y la palabra de Dios. No por casualidad nos fueron conservados los libros sagrados. Expresamente tomó Dios la palabra en su trasmisión, a fin de que sus mandamientos sean fácilmente reconocibles y tenidos en cuenta por los hombres. Este Evangelio existía antes de la Iglesia y se alza por encima dé la Iglesia, y no hay ninguna otra verdad fuera y más allá *("en dehors et au déla")* del Escrito Santo. Por ello, en un Estado verdaderamente cristiano, la palabra bíblica, *"la parole de Dieu"* tiene que ser la única máxima de las costumbres, del pensamiento, de la fe, del derecho y de la vida, pues es el libro de toda sabiduría, de toda justicia y de toda verdad. Al principio y al fin, álzase para Calvino la Biblia; toda resolución en todos los asuntos se fundamenta en su palabra escrita.

Con esta introducción de la sagrada palabra como suprema instancia de toda conducta terrestre, en realidad Calvino no parece hacer más que reproducir literalmente la tan conocida exigencia primitiva de la Reforma. Pero, en verdad, da un paso inmenso más allá de la Reforma y se aleja por completo de su círculo originario de ideas. Pues la Reforma había comenzado como un movimiento de libertad espiritual y religioso, quería poner libremente el Evangelio en las manos de todo hombre; en lugar del papa de Roma y del concilio, debía ser la convicción individual lo que diera forma al cristianismo. Esta "libertad del Cristiano" introducida por Lutero, arrebátasela Calvino a la persona humana sin escrúpulo alguno como toda otra forma de libertad espiritual; la palabra del Señor es del todo clara para su propia inteligencia individual, por lo tanto, exige dictatorialmente que se ponga término a toda futura interpretación y sutilización de la doctrina divina; él sólo es el llamado a explicarla; inconmovible como las agujas de piedra que ostentan las catedrales, la palabra de la Biblia debe "permanecer fuera de todo alcance", a fin de que la Iglesia no caiga en vacilaciones. Nada más que el *logos spermatikos,* la eterna verdad que continúa creándose y transformándose, debe abrirse paso y actuar en adelante, pero, de una vez para siempre, sólo será válida en la interpretación determinada por Ginebra.

Con esta exigencia de Calvino, queda *de facio* establecida una nueva ortodoxia, una ortodoxia protestante en lugar de la pontificia, y, con razón, ha sido llamada esta nueva forma de dictadura dogmática, una “bibliocracia”. Pues un único libro es ahora señor y juez en Ginebra, Dios el legislador y su ministro Calvino el único intérprete titular de esta ley. El es el “juez” en el sentido de la Biblia mosaica, y su fuerza se alza incontrovertible por encima de los reyes y de los pueblos. La interpretación bíblica del consistorio determina exclusivamente ahora, en lugar del municipio y del derecho civil, lo que está permitido y lo que es prohibido y ¡ay de aquel que ose oponerse a esta coacción en cualquier particularidad! Pues será juzgado como rebelde

contra Dios todo aquel que se subleve contra la dictadura de los pastores y será escrito con su sangre en breve plazo el comentario a los Escritos Santos. Siempre, un despotismo dogmático que trae su origen de un movimiento de libertad es más duro y severo contra la idea de libertad que todo poder hereditario. Siempre, aquellos que tienen que agradecer su dominio a una revolución, son más tarde los menos considerados y los más intolerantes contra toda novedad.

Todas las dictaduras comienzan por una idea. Pero toda idea sólo adquiere forma y color gracias a los hombres que la realizan. Indefectiblemente, la doctrina de Calvino, como creación espiritual, tiene que asemejarse a su creador y sólo se necesita contemplar su semblante para saber con anticipación que aquélla tiene que ser más dura, morosa y lúgubre que ninguna anterior exégesis del cristianismo. El rostro de Calvino es como un yermo, como uno de aquellos paisajes de rocas, solitarios y apartados de todo, en cuya muda taciturnidad sólo Dios está presente, pero nada humano. Todo lo que hace que la vida, habitualmente, sea fecunda, plena, alegre, floreciente, cálida y sensual, falta en este desolado semblante de asceta, sin bondad y sin edad. Todo es duro y feo, esquinado o inarmónico en este lúgubre y largo óvalo de rostro: la frente estrecha y severa, bajo la cual llamean, como carbones encendidos, los dos ojos, profundos e insomnes; la nariz, aguda y ganchuda avanza dominadora entre las mejillas sumidas; la boca delgada, como cortada con un cuchillo, a la que rara vez vio sonreír nadie. Ningún cálido tono de carmín refulge en la piel seca y hundida, de color de ceniza y requemada ; es como si una fiebre interna le hubiera chupado, como vampiro, la sangre de las mejillas: tan grises son sus arrugas, tan enfermizas y lívidas, salvo en los pocos segundos en que la cólera las inflama con manchas héticas. En vano trata la bíblica barba de profeta, larga y ondulada en su descenso, (cosa que todos sus discípulos y alumnos copian obedientes) de dar una apariencia *dé* fuerza viril a este bilioso y amarillo rostro. Pero tampoco esta barba tiene jugosidad alguna ni ninguna plenitud; no baja en crujiente arroyo poderoso, a modo de la de Dios padre, sino que cae retorcida en una rala trenza, triste matorral brotado en un suelo de rocas.

Un ardoroso estático, requemado y consumido por su propio espíritu, ése es el efecto que produce Calvino en las tablas en que está retratado, y se estaría a punto de sentir compasión hacia este hombre excesivamente fatigado, rendido y agotado por su propio incendio; pero, al bajar la vista, producen súbito espanto sus manos, siniestras como las de un avaro; estas manos enflaquecidas, descarnadas, incoloras, frías y huesudas como garras, capaces de arrapiñarlo todo y que sabían retenerlo furiosas con sus tercas y ávidas articulaciones. No puede pensarse que jamás estos dedos, solo de hueso, hayan jugado tiernamente con una flor ni acariciado el cálido cuerpo de una mujer, o que se hayan tendido hacia un amigo, cordial y alegremente; son las manos de un ser despiadado y sólo gracias a ellas se adivina la grande y cruel energía de dominio y posesión que durante toda su vida brotó de Calvino.

¡Qué cara sin luz, sin alegría, qué solitario y repulsivo semblante el de Calvino! Es comprensible que nadie desee tener colgado en la pared de su cuarto el retrato de este

despiadado exigente y reclamador: el aliento le saldría a uno fríamente de la boca si sintiera sin cesar sobre su actividad diaria, la mirada vigilante y acechadora del más entristecedor de todos los hombres. Mejor que por nadie, podemos imaginarnos a Calvino pintado por Zurbarán, según su fanática manera española, tal como representó *a* ascetas y anacoretas; oscuridad sobre oscuridad, apartamiento del mundo, residencia en cuevas, el libro ante los ojos, siempre el libro, y en todo caso una calavera o la cruz como único símbolo de una vida eclesiástico-espiritual, y, toda en torno, una fría, negra e inaccesible soledad. Pues este ámbito de respeto entre su persona y la humana accesibilidad, congeló a Calvino a lo largo de toda su vida. Desde su más temprana juventud, vistióse de idéntico despiadado color negro. Negro el birrete sobre la reducida frente, mitad capilla de monje, mitad capacete de soldado; negras las amplias vestiduras con pliegues que caen hasta los zapatos, vestimenta de juez para castigar incesantemente a los hombres, vestimenta de médico que tiene que curar eternamente sus pecados y llagas. Negro, siempre negro, siempre el color de la gravedad, de la muerte y de la inflexibilidad. Apenas Calvino apareció alguna vez vestido de otro modo sino con el símbolo de su cargo, pues sólo como siervo de Dios, sólo con los hábitos del deber quería dejarse ver y temer de los otros, no hacerse amar como ser humano y como hermano. Pero si es duro contra el mundo, también lo es contra sí mismo. Durante toda una vida, mantuvo bajo su disciplina a su propio cuerpo, no concediéndole a lo corporal más que la más mínima ración de alimento y reposo, por razón de lo espiritual. Tres horas, cuatro horas cuando más de sueño por la noche, una única y frugal comida en todo el día y ésta tomada rápidamente al lado del abierto 'libro. Pero jamás un paseo, jamás un juego, una alegría, un descanso, y ante todo jamás una verdadera diversión: en resumidas cuentas, Calvino, en su fanático sometimiento a lo espiritual, estuvo siempre actuando, pensando, escribiendo, trabajando, pero jamás vivió ni una sola hora para sí mismo.

Esta absoluta carencia de sensualidad, junto con su eterna falta de juventud, es el rasgo más característico de la persona de Calvino; no es milagro que también haya sido el más peligroso para su doctrina. Pues mientras los otros reformadores creen servir a Dios del modo más fiel si toman agradecidos de sus manos todos los dones de la vida; mientras los otros, como seres humanos fundamentalmente sanos y normales, disfrutan de su salud y de los goces qué ella da, mientras Zwinglio, ya en su primer cargo parroquial, deja tras sí un hijo ilegítimo, y Lutero, cierta vez, riéndose, estampa esta frase: "Si la señora no quiere, lo hace la criada"; mientras los otros beben y banquetean y bromean, en Calvino todo lo sensual está plenamente reprimido, o sólo existen de ello huellas sombrías. Como fanático intelectualista, vive por completo de la palabra y del espíritu; sólo la claridad lógica es para él la verdad, sólo comprende y soporta lo ordenado, jamás lo extraordinario. De nada embriagador: ni del vino, ni de la mujer, ni del arte, de ninguno de los dones de Dios a la tierra, ha exigido o recibido jamás placer alguno este abstinente fanático. La única vez que, para prestar obediencia al mandato de la Biblia, se acerca al matrimonio, no lo hace por amor ni por pasión, sino, como lo dice él mismo, para poder pertenecer más al trabajo. En lugar de buscarla por sí mismo, comisiona Calvino a sus amigos para que le elijan una esposa

conveniente, y, a poco más, el gruñón enemigo de los sentidos habría caído, de este modo, en poder de una moza licenciosa. Por último, aquel desilusionado se casa con la viuda de un anabaptista convertido por él, pero le está negado por el Destino el ser feliz o hacer feliz a alguien. El único hijo que su mujer le trae al mundo es incapaz de vivir. Fallece al cabo de pocos días, y cuando, poco después, su mujer lo deja viudo, con ello ha terminado el hombre de treinta y seis años, no sólo con lo matrimonial sino también con todo lo femenino. Hasta su muerte, por lo tanto todavía a lo largo de veinte años de la mejor edad viril, este asceta voluntario, consagrado exclusivamente a lo espiritual, a lo eclesiástico, a la "doctrina", no vuelve jamás a tocar a ninguna otra mujer.

Pero el cuerpo de un ser humano, lo mismo que el espíritu, tiene sus exigencias de desenvolvimiento y quien le hace violencia pecha cruelmente con ello. Cada órgano de un ser terrenal anhela instintivamente realizar por completo el sentido que quiso imponerle la Naturaleza. La sangre quiere a veces circular salvajemente; el corazón martillar con ardor; los pulmones lanzar gritos de alegría, los músculos agitarse, la simiente ser prodigada, y en quien, con su intelecto, de modo permanente retiene esta voluntad vital y se le opone, los órganos de su cuerpo acaban por encabritarse contra él. Espantosa es la venganza que el cuerpo de Calvino tomó de su domador: para mostrar su existencia al asceta que los trataba como si no existieran, sus nervios inventaron infatigables tormentos contra su déspota y acaso pocos hombres espirituales hayan sufrido jamás tanto como Calvino, durante toda su vida, bajo la sedición de su constitución orgánica. Un achaque sucede al otro en serie ininterrumpida; casi cada carta de Calvino, anuncia un nuevo y pérfido ataque de una nueva sorprendente enfermedad. Ya son jaquecas, y lo obligan a permanecer en el lecho durante días enteros; ya otra vez dolores de estómago, dolores de cabeza, hemorroides, cólicos, enfriamientos, ataques de nervios y hemorragias, litiasis biliar y carbunco; ya fiebres intermitentes, ya escalofríos, reumatismo y dolores a la vejiga. Constantemente, tienen los médicos que vigilar su persona, pues no hay órgano alguno, en este cuerpo delicado y quebradizo, que no le envíe maliciosamente sufrimiento y desorden. Y, balbuceando, escribe cierta vez Calvino: "Mi salud es análoga a una muerte constante".

Pero este hombre eligió como lema la frase: *per mediam desperationem prorrumpere convenit,* "irrumpir, con acrecida fuerza, de lo profundo de la desesperación"; la demoníaca energía espiritual de este hombre no se deja arrebatar ni una única hora de trabajo. Permanentemente perturbado por su cuerpo, siempre vuelve a oponerle Calvino la sobrevoluntad del espíritu; si durante la fiebre, no es capaz de arrastrarse hasta el pulpito, se hace llevar a la iglesia en una 'litera para predicar en ella. Si tiene que dejar de asistir a las sesiones del consejo, las personas del municipio se reúnen en su casa para deliberar. Si yace en el lecho temblando de fiebre, cargado con cuatro o cinco mantas de abrigo el helado cuerpo sacudido de escalofríos, se sientan junto a él dos o tres *famuli,* a quienes dicta alternativamente. Si se traslada a pasar el día a la inmediata casa de campo de un amigo, para respirar allí el aire libre, le acompañan los secretarios en el coche, y, apenas allí llegado, los mensajeros van y vienen a galope a la ciudad. Y otra vez empuña la pluma, otra vez comienza el trabajo.

Imposible es imaginarse a Calvino sino en actividad ; este demonio de la diligencia trabajó realmente sin descanso alguno, durante todo el tiempo de su vida. Todavía duermen las casas, todavía no ha despertado 'la mañana, y ya está encendida, en ¡a *rué des Chanoines,* la lámpara colgante sobre su mesa de trabajo, y otra vez, hasta media noche, cuando hace ya mucho tiempo que todo el mundo se ha ido a reposar, vuelve siempre a brillar la misma eterna luz en su ventana. Es incomprensible la labor que rendía su asiduidad ; podría creerse que trabajaba al mismo tiempo con cuatro o cinco cerebros. Pues, en realidad, este enfermo permanente realizó al mismo tiempo, los trabajos diversos de cuatro o cinco profesiones. El cargo que, en realidad, le había sido asignado de pastor de la iglesia de San Pedro sólo es un empleo entre los muchos empleos que sucesivamente va asumiendo su histérico afán de poder, y aunque los sermones que pronunció en esa iglesia llenan *ya,* ellos solos, todo un armario de volúmenes impresos, y había un copista que ganaba su vida únicamente con copiarlos, esta predicación no constituye más que una pequeña parte de su obra total. Como presidente del consistorio, que, sin él, no adoptaba resolución alguna; como autor de innumerables libros teológicos y polémicos, como traductor de la Biblia, como creador de la Universidad e iniciador del seminario de teología, como permanente consejero del consejo de la ciudad, como general político de la guerra de la fe, como supremo diplomático y organizador del protestantismo, este "Ministro de la Santa Palabra" gobierna y dirige, en propia persona, todos los ministerios de su Estado teocrático. Vigila los informes de los pastores de Francia, Escocia, Inglaterra y Holanda; dirige la propaganda extranjera; crea, por medio de impresores y buhoneros, un servicio secreto, que se extiende sobre todos los países. Discute con los otros jefes protestantes; negocia con los príncipes y diplomáticos. Diariamente, casi a cada hora, le llegan visitas del extranjero; ningún estudiante, ningún teólogo joven, pasa de viaje por Ginebra sin pedirle consejo o rendirle su reverencia. Su vivienda es como una casa de postas y un permanente centro de información de todos los asuntos de Estado y particulares; suspirando, escribe una vez que no puede acordarse de haber dispuesto, durante dos horas seguidas, del tiempo que necesita para su cargo, sin haber sido perturbado. De los países más remotos, de Hungría y de Polonia, le llegan a diario cartas de sus gentes de confianza; pero, al mismo tiempo, lo solicita también la cura de almas, el aconsejar personalmente a las innumerables personas que se dirigen a él, buscando auxilio. Ya es un emigrante que quiere establecerse allí *y* traer a su familia: Calvino junta dinero, le busca alojamiento y medios de vivir. Aquí se trata de uno que quiere casarse, allí de otro que quiere disolver su matrimonio: ambos caminos llevan hacia Calvino pues ningún acto eclesiástico se realiza en Ginebra sin su aprobación y su consejo. Pero ¡si este goce autocrático se limitara sólo a su propio imperio, a los asuntos eclesiásticos! Mas para un Calvino no hay ningún límite a su poder, pues, como teócrata, quiere saber que todo lo terreno está sometido a lo divino y espiritual. Pesadamente asienta su dura mano sobre todos los asuntos de la ciudad: apenas hay día en el que, en los protocolos del consejo, no se encuentre esta observación: "acerca de esto, hay que preguntar a *Maitre Calvin".* De nada prescinde, nada deja de vigilar esta mirada permanentemente despierta y habría que admirar como un milagro este cerebro sin cesar activo si tal ascetismo del espíritu no significara al mismo tiempo un peligro inmenso. Pues quien

de modo tan completo aniquila en su persona todo goce de la vida, — cosa que en él se realiza por libre voluntad, — quiere hacer de este aniquilamiento la luz y norma para el vivir de los otros e intenta *forzar* de modo contranatural a su prójimo a lo que en él mismo es cosa natural. Siempre, — por ejemplo, Robespierre, — el asceta es el tipo más peligroso de déspota. Quien no vive por sí mismo plena y alegremente en lo humano, quien no tiene nada que perdonarse a sí propio, no será nunca indulgente con los demás hombres.

Pero la disciplina y una despiadada severidad son los auténticos fundamentos del edificio doctrinal calvinista. Según la concepción de Calvino, en modo alguno tiene derecho el hombre a ir por nuestro mundo con mirada sinceramente elevada y con clara conciencia, sino que tiene que perseverar permanentemente en el "temor del Señor", aplastado en un humillante sentimiento de agobio por su irremediable insuficiencia. Desde su comienzo, la puritana moral de Calvino establece el concepto de que el alegre e ingenuo goce es igual al "pecado" y todo lo que presta una forma ornada y ardiente a nuestra existencia terrena, todo lo que quiere poner en tensión, elevar, redimir y levantar dichosamente nuestra alma, — en primer término, por lo tanto, la sensualidad, — es prohibido como algo vano y enojosamente superfino. Hasta en el imperio religioso, que desde toda la eternidad vino siempre unido a lo místico y a las artes culturales, imprime Calvino su propia objetividad ideológica; sin excepción, deja a un lado en la iglesia y los ritos todo lo que entretenga a los sentidos, lo que puede ablandar la sensibilidad y acallar vagamente la conciencia, pues, no con un alma excitada por el arte debe acercarse a lo divino el verdadero creyente, no envuelto en dulces vapores de incienso, no fascinado por la música ni seducido por la belleza de pinturas y esculturas, en apariencia devotas, pero en realidad pecaminosas. Sólo en la claridad está la verdad; la certidumbre, sólo en la inteligible palabra de Dios. Fuera, pues, de la iglesia todas las "idolatrías" de cuadros y de estatuas; fuera los polícromos ornamentos, fuera los libros de misa y los tabernáculos de la mesa del Señor: Dios no necesita ningún esplendor. Fuera todas las disolutas embriagueces del alma: fuera la música, fuera los sones' del órgano durante él oficio divino. Hasta las campanas de las iglesias tienen, desde entonces, en Ginebra que guardar silencio : al auténtico creyente no debe serle recordado su deber por un muerto bronce. La piedad no se conserva con exterioridades, ni con sacrificios y gastos, sólo con obediencia interna. Fuera, pues, las altas dignidades y todas las ceremonias de la iglesia, fuera todos los símbolos y ritos, que desaparezcan de una vez todas las solemnidades y fiestas. De una sola plumada, borra Calvino los días de fiesta del calendario. Exceptuando las fiestas de Pascua y Navidades, celebradas ya en las catacumbas romanas, son suprimidos todos los días de los santos, prohibidos los usos de antiguo familiares : el Dios de Calvino no quiere ser celebrado y ni siquiera ser amado, sino sólo ser siempre temido. Es engreimiento el que el ser humano intente abrirse paso hasta El con éxtasis y exaltación, en lugar de servirle desde lejos con un decoroso temor. Pues éste es el más profundo sentido del cambio de valores calvinista: para levantar lo más alto posible lo divino sobre el mundo, rebaja Calvino lo terreno hasta un punto inconmensurablemente profundo; para proporcionar a la idea de Dios la más perfecta dignidad, descalifica y degrada la idea del hombre. Jamás, este reformador

misantrópico fue capaz de ver en la humanidad algo más que un atajo de pecadores sin salvación ni disciplina, y con una crueldad y espanto monacales, sintió enojo, durante toda su vida, contra las mil deliciosas e inagotables fuentes de donde se derrama el placer en nuestro mundo. ¡ Qué incomprensible decreto de Dios, — vuelve siempre a balbucear Calvino, — el haber creado a sus criaturas con tantas imperfecciones e inmoralidad, inclinadas al vicio de modo permanente, incapaces de reconocer lo divino, impacientes de perderse en el pecado! Apodérase de él un escalofrío cada vez que contempla a su prójimo, y acaso jamás un gran fundador religioso haya rebajado en su dignidad a los hombres de modo tan profundo y despiadado; llámalos *"béte indomptable et feroce"*, y *"une ordure"*, aun más enojado, y literalmente escribe en su *Institution Chrétienne:* "Si se considera al hombre únicamente según sus dones naturales, no se encuentra en él, desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, ni la menor huella de bondad. Todo lo que hay en él que aun pueda ser un poco digno de alabanza procede de la bondad de Dios. . . Toda nuestra justicia es injusticia, nuestros méritos basura, nuestra fama vergüenza. Y las mejores cosas que se originan de nosotros, están siempre inficionadas y llenas de vicios por la impureza de la carne y mezcladas con suciedad".

Quien, en sentido filosófico, considera al hombre como tal fracasada y malograda hechura de Dios, es natural que, como teólogo y político, no conceda jamás que Dios haya otorgado a tal monstruo ni la más mínima especie de libertad o de independencia. Despiadadamente, por lo tanto, tiene que ser gobernada y administrada una criatura tan corrompida y dañada por su concupiscencia vital, pues "si se abandona al hombre a sí mismo, su alma sólo es capaz de lo malo". De una vez para siempre, tiene que serle roto el espinazo a la pretensión del hijo de Adán de poseer alguna especie de derecho a establecer sus relaciones con Dios y con el mundo terreno conforme a su personalidad, y cuanto más duramente se le quebrante su propia voluntad, cuanto más se subordine y castigue al hombre, tanto mejor para él. ¡En ningún caso libertad alguna, pues el hombre siempre ha de emplearla para el mal! ¡Sólo rebajarlo con violencia ante la magnitud de Dios! ¡Sólo desengañarlo de su engreimiento e intimidarlo, hasta que, sin contradicción, venga a incluirse en el rebaño, piadoso y obediente, hasta que todo lo extraordinario se haya disuelto sin dejar huella en el orden general, el individuo en la masa!

Para esta draconiana desposesión de la personalidad, para este vandálico saqueo del individuo en favor de la comunidad, establece Calvino un método especial, la célebre "disciplina", la "disciplina eclesiástica". Y apenas nunca, hasta nuestros días, fue impuesta a la humanidad una rienda más dura para su refrenamiento. Desde el primer instante, este organizador genial encierra a su "rebaño", a su "comunidad", dentro de un redil de alambres de espino, — las llamadas *Ordenanzas,* — y establece al mismo tiempo un cargo especial para vigilar la ejecución de su terrorismo de las costumbres, el "consistorio", cuya función primera es definida de modo altamente ambiguo diciendo que tiene que "vigilar a la comunidad a fin de que Dios sea venerado con pureza".

Pero sólo en apariencia se limita la esfera de la influencia de esta inspección a la vida

religiosa. Pues, mediante el perfecto encadenamiento de lo mundano con lo trascendental en la concepción totalitaria del Estado de Calvino, desde entonces, hasta lo más privado de las manifestaciones de la vida caen bajo la inspección de la autoridad; expresamente figura entre las atribuciones del consistorio prescribir a los *anciens* que "presten atención a la vida de cada cual". Nada debe escapar *a* su observación, y no sólo "vigilar las palabras que se dicen, sino también las opiniones e ideas . Naturalmente, que desde el día en que es impuesto en Ginebra este control universal no existe ya vida privada. De un solo salto, Calvino fue más allá que la inquisición católica, la cual sólo procedía siempre en virtud de avisos y denuncias de sus espías y vigilantes. En Ginebra, sin embargo, conforme con el sistema de concepción universal de Calvino de que cada hombre está inclinado siempre al mal, cada cual es considerado previamente como sospechoso de pecado y tiene que someterse a vigilancia. Desde el regreso de Calvino, todas las casas tienen de pronto abiertas sus puertas y todas las paredes se han hecho súbitamente de cristal. A cada momento, de día y de noche, puede llamar rudamente al aldabón de la puerta y presentarse para una *"visitation"* un miembro de la policía eclesiástica, sin que al ciudadano le quepa en modo alguno defenderse de ello. El más rico como el más pobre, el mayor como el menor, tienen que someterse, siquiera una vez al mes, a que le pidan amplias cuentas estos profesionales husmeadores de las costumbres. Durante horas enteras, — pues se dispone en las Ordenanzas: "Hay que tomarse bastante tiempo para realizar con calma esta investigación", — varones de canos cabellos, respetables, llenos de experiencia, tienen que dejarse examinar como niños de la escuela para ver si saben bien de memoria las plegarias y por qué dejaron, quizás, de asistir a una predicación de Calvino. Pero con esta catequización y moralización no está de ningún modo terminada la visita. Pues en todo se inmiscuye esta *checa* moral. Manosea los vestidos de las mujeres para ver si son demasiado largos o demasiado cortos, si tienen excesivos adornos o un corte peligroso; reconoce los cabellos, por si el peinado no se alza de un modo demasiado artificioso, y cuenta los anillos en los dedos y los zapatos en el armario. Del tocador pasan a la mesa de la cocina, por si, con alguna sopilla o un trozo de fiambre, se ha transgredido el único manjar permitido, o si, en cualquier parte, están ocultas golosinas o mermeladas. Y la piadosa policía continúa su peregrinación por la casa. Registra la alacena de los libros por ver si encuentra allí cualquier volumen sin el ilustre sello de censura del consistorio; revuelve los anaqueles, por si se oculta allí alguna sagrada imagen o un rosario. Los sirvientes son interrogados acerca de sus amos y los hijos de sus padres. Al mismo tiempo, la policía escucha por las calles, no vaya a ser que alguien cante en algún sitio una canción profana o ejecute música o acaso llegue hasta a abandonarse al demonio del vicio de la jovialidad. Pues, desde entonces, se mantiene en Ginebra una permanente batida contra toda forma de diversión, contra toda *"paillardise", y* ¡ay del ciudadano que se deje atrapar cuando, después del trabajo, quiera ir a la taberna en demanda de un sorbo de vino o encuentre satisfacción jugando a los dados o a las cartas! Día tras día, se desarrollan los episodios de esta caza del hombre, y hasta los

domingos no se dan reposo alguno los espías de las costumbres. Entonces, son recorridas de nuevo todas las calles y se llama de puerta en puerta para comprobar si no hay algún perezoso o indolente que haya preferido quedarse en la cama en vez de ir a edificarse con la predicación del señor Calvino. En la iglesia, mientras tanto, están ya a su vez preparados otros acechadores para denunciar a todo aquel que entra demasiado tarde en la casa de Dios o quiera abandonarla antes de tiempo. Omnipresentes e infatigables, trabajan estos protectores oficiales de las buenas costumbres; por la noche, recorren las oscuras arboledas de la ribera del Ródano por si hay alguna pareja pecadora que quiera entregarse allí a minúsculas ternuras; en las posadas registran los lechos y baúles de los forasteros. Abren todas las cartas que llegan a Ginebra o que parten de la ciudad, y la bien organizada vigilancia del consistorio alcanza a mucho más allá de las murallas urbanas. En las diligencias, en los botes, en los navíos, en los mercados extranjeros y en las posadas de los territorios vecinos, en todas partes se encuentran sus espías a sueldo; cada palabra que cualquier descontento haya (dicho en Lyon o París, es infaliblemente comunicada. Pero lo que hace aun más insoportable esta vigilancia, ya en sí insoportable, es que, a aquellos acechadores oficiales y pagados, se les unen bien pronto otros innumerables, que no han sido llamados a realizar tal función. Pues, en todas partes donde un Estado mantiene en el terror a sus ciudadanos, florece la repugnante planta de la delación voluntaria. Donde se permita, en principio, y hasta se desee que sean hechas denuncias, siempre habrá hombres, por lo demás honrados, que, por obra del miedo, se conviertan en denunciantes: sólo para apartar de sí la sospecha de "haber delinquido contra el honor de Dios", vitupera y acecha cada ciudadano a sus conciudadanos. El *"zelo della paura"*, el celo del miedo, corre aún con mayor impaciencia que todo denunciador oficial. Y al cabo de algunos años, habría podido en realidad el consistorio interrumpir toda vigilancia, pues todos los ciudadanos se han convertido en soplones voluntarios. Día y noche, fluye la turbia marea de las denuncias y mantiene en rodar permanente el molino de la inquisición eclesiástica.

Pero ¿cómo sentirse seguro bajo este constante terrorismo de las costumbres, de no ser culpable de ninguna transgresión a los mandamientos de Dios, ya que, en realidad, está prohibido por Calvino todo lo que hace la vida alegre y merecedora de ser vivida? Prohibido está el teatro, los recreos, las fiestas del pueblo, el baile y el juego en todas sus formas ; hasta un deporte tan inocente como el patinar provoca el bilioso disfavor de Calvino. Prohibido está todo traje que no sea el más austero y casi monacal; prohibido, por lo tanto, a los sastres, ejecutar ningún cambio en la hechura de la ropa sin permiso de la autoridad; prohibido a las muchachas llevar vestidos de seda antes de la edad de quince años, y, después de esa edad, llevar trajes de terciopelo; prohibida la ropa con bordados de oro y plata, las trencillas de oro, los botones y broches, como en general todo empleo de oro y uso de joyas. Prohibido a los hombres llevar largos los cabellos, separados por una raya en lo alto de la cabeza, y a las mujeres todo peinado alto y todo rizado; prohibidos los encajes, guantes, escarolados y zapatos acuchillados. Prohibido utilizar las sillas de manos y las *voitures roulantes.* Prohibidas las fiestas de familia de más de veinte personas; prohibido, en los bautizos y desposorios, servir más de un número determinado de platos y ninguna golosina,

como, por ejemplo, frutas confitadas. Prohibido beber otro vino que no sea el tinto del país, prohibido el brindar, prohibido el comer caza, volatería y pasteles. Prohibido a los casados, con ocasión de su matrimonio, o seis meses después, hacerse ningún presente. Prohibido, naturalmente, todo comercio extramatrimonial; hasta para los desposados no hay indulgencia alguna. Prohibido al natural del país el entrar en ninguna posada; prohibido al posadero suministrar manjares y bebida a un forastero antes de que haya hecho su oración, y, fuera de esto, imponerle severamente el deber de ser espía de sus huéspedes, prestando atención "*diligemment" a* toda palabra o conducta sospechosa. Prohibido mandar imprimir un libro sin permiso, prohibido escribir para el extranjero; el arte, en todas sus formas, es vigilado del modo más severo; prohibidas las imágenes de santos y esculturas. Hasta al cantar piadosamente los salmos, disponen las ordenanzas "que se preste cuidadosa atención" a que el interés no se dirija a la melodía sino al espíritu y sentido de las palabras, pues "sólo con palabras vivientes debe Dios ser alabado". Ni siquiera la libre elección del nombre que ha de ser impuesto en el bautizo a sus hijos le es ya permitido a los ciudadanos, libres en otro tiempo. Son prohibidos nombres desde hace siglos familiares, como Claudio o Amadeo, porque no están en la Biblia, y, por el contrario, se obliga a imponer nombres bíblicos como Isaac y Adán. Prohibido el rezar el Padrenuestro en latín; prohibido el dejar de trabajar en los días de fiesta de Pascua y Navidades; prohibido todo lo que interrumpe festivamente la gris sobriedad de la existencia; prohibida, naturalmente, toda sombra y apariencia de libertad espiritual en la palabra impresa o hablada. Y prohibida — como crimen capital de todos los crímenes —, toda crítica de la dictadura de Calvino: expresamente, entre toques de trompetas, se advierte que "no se hable de los asuntos públicos más que en presencia del Consejo".

Prohibido, prohibido, prohibido, con un ritmo espantoso. Y, lleno de asombro, pregunta uno: *¿qué* es lo que les está todavía permitido a los ciudadanos de Ginebra, al cabo de tantas prohibiciones? No mucho. Les está permitido vivir y morirse, trabajar y obedecer e ir a la iglesia. O mejor dicho, esto último no sólo les es permitido sino que les es ordenado bajo severas penas. Pues ¡ay del ciudadano que no cuide de oír las predicaciones de su parroquia, dos sermones los domingos, tres entre semana, y la clase de edificación para los niños! Ni siquiera en el día de fiesta se afloja el yugo de la coacción; despiadadamente gira el círculo del deber, del deber, siempre del deber. Después del más duro servicio para ganar el pan cotidiano, el servicio divino; la semana para el trabajo, y el domingo para la iglesia; así, y sólo así, puede ser muerto Satán en cada hombre, y, a la verdad, también toda libertad y alegría del vivir quedan muertas con ello.

Pero ¿cómo es posible preguntarse con asombro, que una ciudad republicana, que había vivido a lo largo de decenios en la libertad helvética, soportara tal dictadura a lo Savonarola, cómo que un pueblo alegre hasta entonces, con carácter meridional, permitiera semejante agarrotamiento de su dicha de vivir? ¿Cómo fue capaz un único asceta intelectual de marchitar de modo tan completo el goce de existir de miles y miles de seres humanos? El secreto de Calvino no es cosa nueva sino sólo ¡el eterno y antiguo procedimiento de todas las dictaduras: el terror. Que no se deje engañar nadie: una fuerza a la que no hay nada que la haga retroceder con espanto y que se

mofa de todo sentimiento humanitario, como de una debilidad, es una fuerza monstruosa. Un terrorismo de Estado, ideado sistemática y despóticamente practicado, paraliza la voluntad del individuo y desata y socava toda comunidad. Lo mismo que un mal conmutivo, va devorando las almas, y, — este es su último secreto —, bien pronto la cobardía general se trueca en auxiliar y encubridora suya, pues como cada cual se siente acechado, acecha a su vez a los otros, y, los más acobardados pronto van más allá, por miedo hasta de las mismas órdenes y prohibiciones de su tirano.

Un régimen de terror bien organizado es capaz siempre de realizar milagros, y, cuando se trata de su autoridad, jamás vacila Calvino en volver a hacer que sea verdadero este prodigio; en rigor implacable, apenas excedió ningún otro tirano espiritual, y no disculpa su dureza el que, — como todas las otras cualidades de Calvino —, fuera ésta, en realidad, producto de su ideología. Cierto que, personalmente, este hombre espiritual, este hombre nervioso, este intelectual, tuvo el más extremado horror ante la sangre, y fue incapaz, — según él mismo confiesa —, de soportar la crueldad y jamás estuvo en situación de asistir ni a uno solo de los actos de martirio y a quemas en la hoguera que se realizaban en Ginebra. Pero, de una vez para siempre, hay que decir que ésta es la culpa peor del teórico, el cual no posee la resistencia de nervios necesaria para presenciar una sola ejecución, ni mucho menos para ejecutarla por sí mismo, — de nuevo, el tipo de Robespierre —, y sin embargo, ordena sin reflexionar centenares de tales condenas, tan pronto como se siente cubierto por su "idea", su teoría o su sistema. Ser duro y despiadado contra todo "pecador", considerábalo Calvino como el mandamiento capital de su sistema, y el llevar esto a la práctica sin omitir detalle, también a consecuencia de su concepción trascendental del universo, es para él como un servicio que le ha sido impuesto por Dios; de este modo, tiene por deber suyo conducirse despiadadamente con su propia naturaleza, endurecerce para la crueldad con sistemática disciplina; se "ejercita" en ser riguroso como en un arte elevado: "Me ejercito en mi severidad para combatir el vicio general". A la verdad, esta humana voluntad de bronce tuvo un éxito espantosamente completo en su auto-disciplinación para la falta de bondad. Confiesa abiertamente que preferiría ver que sufriera castigo un inocente que no el que un solo culpable quedara sustraído a la justicia divina; y una vez, como una de las muchas ejecuciones, por torpeza del verdugo, se prolongara hasta convertirse en una involuntaria tortura, escribióle a Farel, Calvino, disculpándolo. "Cierto que no ha sucedido sin especial voluntad de Dios el que el condenado tuviera que sufrir tal prolongación de su tormento". Mejor es ser demasiado duro que demasiado blando cuando se trata de la "honra de Dios", era el argumento favorito de Calvino. Sólo por medio de un permanente castigo, puede llegar a originarse una humanidad moral.

No es difícil imaginarse lo criminal que tiene que resultar esta tesis al ser puesta por obra en un mundo aún medieval. Ya en los primeros cinco años de la soberanía de Calvino, fueron ahorcadas trece personas en aquella ciudad relativamente pequeña, diez decapitadas, treinta y cinco quemadas, aparte de setenta y seis seres humanos expulsados de su casa y residencia y de los muchos, no contados, que a tiempo bastante huyeron ante el terror. Bien pronto están tan repletas todas las cárceles en la "nueva Jerusalén" que el carcelero tiene que comunicar a la municipalidad que en adelante no puede seguir haciéndose cargo de más prisioneros. Tan

espantosos martirios son empleados, no sólo después de una sentencia, sino también a causa de simples sospechas, que los acusados prefieren darse muerte a ser arrastrados a la cámara del tormento ; por último, el consejo tiene que disponer que los prisioneros estén día y noche presos con esposas "para impedir acaecimientos de esta especie". Pero nunca se oye ni una sola palabra de Calvino para suprimir semejantes crueldades. Es espantoso el precio que paga la ciudad por el "orden" y la "disciplina", pues jamás conoció Ginebra tantas sentencias de muerte, tantos castigos, tormentos y destierros como desde que, en el nombre de Dios, domina Calvino. Con razón dice Balzac que el terror religioso de Calvino es aún más estremecedor que la orgía de sangre de la Revolución francesa. "La furiosa intolerancia religiosa de Calvino era moralmente más cerrada y menos piadosa que la intolerancia política de Robespierre, y, si le hubiera sido dado un círculo de acción más dilatado que Ginebra, Calvino habría derramado todavía más sangre que el espantoso apóstol de la igualdad política".

No obstante, no sólo son estas bárbaras sentencias de muerte el instrumento con el que Calvino quebrantó el sentimiento de libertad de los ginebrinos: la verdadera labor de reblandecimiento colectivo la realizaban las sistemáticas vejaciones y las intimidaciones diarias. A primera vista, parece quizás ridículo en qué menudencias fue a meterse la "disciplina" de Calvino. Pero no debe despreciarse la psicología de este método. Intencionalmente, teje Calvino de modo tan estrecho y menudo las mallas de la red de prohibiciones, que, en realidad, es imposible desligarse a su través y quedar en libertad: de intento acumula las prohibiciones sobre pequeneces y menudencias a fin de que cada cual se sienta ininterrumpidamente culpable y se origine una permanente situación de miedo ante la autoridad todopoderosa y sabedora de todo. Pues cuantos más cepos, a derecha e izquierda, se le pongan al hombre en su diario camino, tanto más difícil será para él recorrerlo libre y erguido y pronto es imposible, en Ginebra, sentirse seguro de que el consistorio no declare como pecaminoso cada despreocupada espiración de aire. Basta hojear la lista de los protocolos del consejo para comprender el refinamiento de este método de intimidación. Un ciudadano sonrió durante un bautizo: tres días de prisión. Otro, fatigado por el calor estival, se durmió durante el sermón: cárcel. Unos trabajadores comieron pasteles al almuerzo: tres días a pan y agua. Dos ciudadanos jugaron a los bolos: cárcel. Otros dos jugaron a los dados un cuartillo de vino: cárcel. Un hombre se atrevió a imponer a su hijo en el bautizo el nombre de Abraham: cárcel. Un violinista ciego tocó para que se bailara: destierro de la ciudad. Un hombre alabó la traducción de la Biblia de Castalión: destierro. Una muchacha fue sorprendida patinando, una mujer se arrojó sobre la tumba de su esposo, un ciudadano ofreció a su vecino durante el oficio divino una pulgarada de tabaco: citación ante el consistorio, amonestación y penitencia. Y así siempre y siempre, sin término y sin pausa. Gentes de buen humor, el día de Reyes, introdujeron un haba en la torta: veinticuatro horas a pan y agua. Un ciudadano dijo *Monsieur* Calvino en vez de *Maítre* Calvino; algunos aldeanos, según antiquísima costumbre, hablaron de sus asuntos al salir de la iglesia: cárcel, cárcel, cárcel. Un hombre jugó a las cartas: es expuesto en la picota, con los naipes en torno al cuello. Otro cantó petulantemente por la calle: se le indica que "cante fuera", es

decir, se le destierra de la ciudad. Dos barqueros tuvieron una pendencia sin que nadie fuera muerto en ella: condenados a la última pena. Tres muchachos menores que cometieron indecencias entre ellos son sentenciados primero al fuego; después, indultados, tienen que estar en público ante la ardiente hoguera. Del modo más furioso, naturalmente, es castigado todo ataque contra la infalibilidad política y eclesiástica de Calvino. Un hombre que habló en público contra la doctrina de la predestinación de Calvino, es agotado en todos los cruces de calles de la ciudad hasta que mane sangre, y después desterrado. A un impresor de libros que estando ebrio, insultó a Calvino, le es atravesada la lengua con un hierro candente antes de que se le expulse de la ciudad; Jacques Gruet, sólo porque calificó de hipócrita a Calvino, es atormentado y ajusticiado. Cada delito, hasta los más nimios, son además, cuidadosamente anotados en las actas de la ciudad, de modo que la vida privada de cada uno de los ciudadanos es mantenida en perpetua evidencia; la policía de costumbres de Calvino, al igual de lo que hace él mismo, no conoce ni el perdón ni el olvido.

Es inevitable que tal terrorismo eternamente despierto tenga que acabar por quebrantar la dignidad interna y la energía, tanto de los individuos como de las masas. Si en la vida de un Estado, cada ciudadano tiene que estar incesantemente dispuesto a ser interrogado, sometido a indagaciones y sentenciado; cuando sabe que, de modo permanente, hay unos invisibles ojos y oídos de espías para cada una de sus acciones y de sus palabras; cuando, inesperadamente, de día y de noche, la puerta de su casa puede ser abierta para una súbita "visitación", se van aflojando poco a poco sus nervios, origínase un miedo colectivo que sucesivamente rinde, por contagio, hasta a los más valientes. Toda voluntad de afirmarse a sí mismo tiene por último que quedar paralizada en tan vano combatir, y, gracias a su sistema penal, gracias a su "disciplina", en poco tiempo la ciudad de Ginebra se convirtió realmente en tal como la quería su dictador: temerosa de Dios, tímida, sobria y voluntariamente sometida, sin resistencia de ninguna clase, a una voluntad única: la de Calvino.

Bastan algunos años bajo esta disciplina y Ginebra comienza a transformarse. Algo como un velo gris está extendido sobre la ciudad, en otro tiempo libre y alegre. Han desaparecido los trajes abigarrados, se han apagado los colores, no suena ya ninguna campana en las torres, ni ninguna animadora canción en las calles; cada casa llega a ser fría y sin adornos como una iglesia calvinista. Las posadas están desiertas desde que el violín no es tocado ya para la danza, desde que los bolos no ruedan ya gozosamente por el cobertizo, desde que los dados de hueso no caen ya ligeros del cubilete a la mesa. Los lugares de baile permanecen vacíos; las sombrías alamedas, donde se encontraban las parejas de enamorados, están abandonadas; sólo el desnudo recinto de la iglesia junta los domingos a los seres humanos en una reunión grave y silenciosa, la ciudad tiene ahora otro semblante, severo y moroso, el semblante de Calvino, y, poco a poco, todos sus habitantes, por miedo o inconsciente acomodación, adoptan su rígido continente, su inexorable seriedad. Ya no caminan fácil y sueltamente de un lado a otro; sus miradas no se atreven ya a mostrar su fuego, por temor a que la cordialidad pueda ser tenida por sensualidad. Se olvidan de vivir con alegre confianza, por timidez ante el hombre severo que jamás muestra en público jovialidad alguna. Hasta en el círculo más íntimo, se han acostumbrado a murmurar en vez de hablar, pues detrás de cada puerta pueden acechar sirvientes y criadas; por todas partes descubre

el miedo, que ya se ha hecho crónico, invisibles delatores y espías, a sus espaldas. ¡Lo que más importa es que nadie se fije en uno! ¡No llamar la atención, ni por la ropa, ni por una frase ligera, ni por un semblante animado! ¡No hacerse sospechoso! ¡Conseguir que le olviden a uno! Lo que prefieren los ginebrinos es permanecer en sus casas: los cerrojos y las paredes todavía protegen, hasta cierto punto, de las miradas y de las sospechas. Pero al instante se retiran espantados de la ventana, si, por casualidad, ven a alguien del consistorio que avanza a lo largo de la calle; ¿quién sabe lo que el vecino puede haber denunciado o dicho acerca de él? Después, si tienen que salir a la calle se deslizan con los ojos bajos, silenciosos y taciturnos, envueltos en sus oscuros mantos, como si fueran al sermón o a un entierro. Hasta los niños que se crían bajo esta nueva severa disciplina y son fuertemente atemorizados en las "lecciones de edificación" no juegan ya petulante y ruidosamente como los otros chicos; también ellos agachan la cabeza, como bajo el temor de un golpe invisible; se desarrollan tímidos y sin frescura, como flores que han florecido, no bajo el sol, sino en una sombra fría.

Con toda regularidad, como una maquinaria de relojería, jamás interrumpida por días de fiesta ni días de descanso, sigue con su triste y helado tic-tac el ritmo de esta ciudad, uniforme, ordenado y seguro. Quien, como nuevo y extraño, llega a sus calles, tendría que creer que la ciudad está de luto, tan fosca y fríamente le miran los hombres, tan silenciosas y sin alegría están las callejas, tan fosca y abrumadora es la atmósfera espiritual. A la verdad, la disciplina es admirable cosa, pero esta severa moderación y templanza que Calvino impuso forzadamente a la ciudad es pagada con una incomensurable pérdida de todas las fuerzas sagradas que nunca se originan sino de las superfluidades y sobreabundancias. Y aunque esta ciudad pueda llamar suyos a gran número de ciudadanos piadosos y temerosos de Dios, de diligentes teólogos y de graves letrados, aun dos siglos después de Calvino Ginebra no ha producido ningún pintor, ningún músico, ningún artista de fama universal. Lo extraordinario quedó sacrificado a lo ordenado ; la libertad creadora al servilismo que no opone contradicción. Y cuando, por fin, pasando el tiempo, vuelve en esta ciudad a nacer un artista, éste no será, durante toda su vida, sino una perenne rebelión contra lo que oprime la personalidad; sólo en la figura de su más independiente ciudadano, sólo en Juan Jacobo Rousseau, creará Ginebra al opuesto polo espiritual de Calvino.

APARECE CASTALIÓN

TEMER a un dictador no es en modo alguno lo mismo que amarle y quien se somete exteriormente a un sistema de terror está muy lejos de reconocer su justificación con ello. A la verdad, en los primeros meses después de su regreso,

todavía es unánime, en ciudadanos y funcionarios, la admiración hacia Calvino. Todos los partidos parecen estar en su favor desde que ya no hay más que un solo partido, y la mayor parte de las gentes ceden con entusiasmo a la embriaguez de la unificación. Pero pronto comienza la desilusión. Pues, naturalmente, todos los que habían llamado a Calvino para que pusiera orden habían esperado en secreto que este furioso dictador, tan pronto como estuviera asegurada la "disciplina", cedería en el rigor de su draconiana moral. En vez de ello, ven, de día en día, que los azotes se alzan más tensos; no escuchan nunca ni una sola frase de gracias por el inmenso sacrificio de libertad personal y alegría que han hecho; con enojo, tienen que escuchar desde el pulpito palabras como éstas: que sería necesaria una horca para colgar a unos setecientos u ochocientos muchachos ginebrinos, a fin de introducir realmente las buenas costumbres y la disciplina en esta ciudad podrida. Sólo ahora advierten que, en lugar del médico para las almas que pedían, han llamado dentro de los muros de la ciudad a un carcelero de su libertad y que, con medidas de coacción cada vez más duras, acabará por fin por causar el enojo de sus más fieles partidarios.

Por lo tanto, basta que trascurran muy pocos meses y ya existe de nuevo en Ginebra el descontento contra Calvino: desde la lejanía, como imagen del deseo, su "disciplina" actuaba de un modo mucho más seductor que con su dominadora presencia. Ahora, palidecen los colores románticos, y los que aun ayer lanzaban clamores de júbilo comienzan en voz baja a lanzar quejidos. Mas, en todo caso, es preciso una ocasión bien patente y para todos comprensible, que conmueva el nimbo personal de un dictador, y esta ocasión ofrécese pronto. Por primera vez, comienzan los ginebrinos a dudar de la humana infalibilidad del consistorio durante una espantosa epidemia de peste que, durante tres años (desde 1542 hasta 1545), asoló la ciudad. Pues los mismos pastores que en general, con amenaza de los más severos castigos, exigían que todo enfermo, dentro del plazo de tres días, llamara al eclesiástico a la cabecera de su lecho, desde que uno de ellos falleció del contagio, dejan que los enfermos del hospital de apestados, padezcan y mueran sin el consuelo de la iglesia. Imploradora suplica la municipalidad, que, por lo menos uno de los miembros del consistorio, se encuentre dispuesto para "edificar y consolar a los pobres enfermos del hospital de apestados". Pero ni uno solo solicita ese puesto, fuera del rector de la escuela, Castalión, al cual, no obstante, no le es confiada esa misión por no ser miembro del consistorio. El mismo Calvino consiente que sus colegas lo declaren "indispensable" y confiesa abiertamente "que no convendría abandonar a toda la iglesia para socorrer a una de sus partes". Pero también los otros pastores, que no tenían que defender una misión tan decisiva, se ocultan porfiadamente lo más lejos posible del peligro. Siguen siendo vanas todas las conjuraciones del Consejo a los temerosos pastores de almas: algunos de ellos, hasta llegan a declarar, franca y libremente, que "preferirían ir a la horca que al hospital de apestados", y, el 5 de enero de 1543, presencia Ginebra la sorprendente escena de que la totalidad de los pastores reformados de la ciudad, con Calvino a su cabeza, se presenten en la asamblea del consejo para hacer allí pública su declaración, valiente a su manera de que ninguno de ellos tiene el valor suficiente para entrar en el hospital de apestados, aunque saben que sería su misión

servir a Dios y a su santa Iglesia en los buenos como en los malos días.
Ahora bien, nada actúa de un modo tan convincente sobre un pueblo como el valor personal de sus directores. En Marsella, en Viena y en otras muchas ciudades, se celebra todavía, al cabo de varios siglos, la memoria de aquellos heroicos sacerdotes que, durante la gran epidemia, llevaron consuelos a las casas de los afectados. Tal heroísmo en sus cabezas no lo olvida jamás un pueblo; pero menos aún su personal cobardía en horas decisivas. Con furiosa befa, observaban y satirizaban ahora los ginebrinos el que los mismos clérigos que, desde lo alto del pulpito, exigían los mayores sacrificios, no estaban ellos mismos dispuestos ni a realizar el más pequeño, y fue en vano que, para desviar la desazón general, fuera inventada una comedia infame. Por orden del consejo, fueron atrapados algunos hampones y atormentados de la manera más espantosa hasta que confesaron, que, untando los llamadores de las puertas con un ungüento formado con excrementos del diablo, habían traído la peste a la ciudad. En vez de que Calvino, como humanista, se opusiera despreciativamente a tal chismorreo de viejas, este espíritu, siempre vuelto hacia el pasado, confiesa ser un convencido defensor de aquel medieval delirio. Pero aun más que su convencimiento, públicamente enunciado, de que los *"semeurs de peste"* habían llevado su merecido, le perjudica su afirmación, hecha desde lo alto del pulpito, de que un hombre, a causa de su ateísmo, había sido arrancado de su cama, en claro día, por el demonio, y arrojado a las aguas del Ródano; por primera vez, tiene que presenciar Calvino el que varios de sus oyentes apenas se molesten para ocultar su burla ante tal superstición.
En todo caso, una buena parte de aquella fe en su infalibilidad que significa para cada dictador un imprescindible elemento de poder psicológico, queda perturbada durante la epidemia de peste. Establécese una innegable desilusión: de modo más vivo y por círculos cada vez más dilatados, se extiende la resistencia. Pero, por dicha para Calvino, si se extiende no se reconcentra. Pues, en todos los tiempos, la ventaja momentánea de una dictadura, que le garantiza aún la soberanía cuando hace ya mucho tiempo que se ha pasado mucha gente a la oposición, consiste en que su militarizada voluntad se presenta unitariamente cerrada y organizada, mientras que la voluntad contraria, llegando de diversas partes y actuando por diversos motivos, nunca, o sólo tarde, se junta en una auténtica fuerza de choque. No sirve de nada el que mucha y mucha gente de un pueblo esté internamente en contra de una dictadura, mientras estos muchos no se reúnan para actuar según un plan unitario y una estructura cerrada. Por ello, en general, desde las primeras sacudidas dadas a la autoridad de un dictador hasta su ruina definitiva hay todavía un largo y dificultoso trecho. Calvino, su consistorio, sus pastores y los emigrantes partidarios suyos representan un único bloque de voluntades, una apretada fuerza, segura de su propósito; sus adversarios, por el contrario, se reclutan, sin relación unos con otros, en todas las posibles esferas y clases sociales. Allí están, de una parte, los antiguos católicos, que, en lo secreto, pertenecen aún a su antigua fe, pero, junto a ellos, están también los bebedores de vino a quien les han cerrado las tabernas y las mujeres a quienes no se le permite adornarse. Después, de otra parte, los, antiguos patricios de

Ginebra, enojados contra la pelonería de nueva cochura, contra los forasteros, que, apenas llegados en su emigración se posesionan cómodamente de todos los destinos públicos: esta oposición, relativamente numerosa y fuerte, se integra, de una parte, los elementos más nobles, y de otra, de los más lamentables; pero mientras los desazonados no se liguen entre sí con una idea general, sigue siendo impotente su descontento; sólo es una fuerza latente, en vez de ser una eficaz. Jamás puede prosperar una improvisada banda contra un militarizado ejército; jamás un desorganizado descontento contra un terror organizado. Por ello, en los primeros años es fácil para Calvino refrenar estos desparramados grupos, porque nunca se le oponen como totalidad, y de este modo, puede irse librando ya del uno ya del otro, con una dentellada dada de costado.

Realmente peligroso para el portador de una idea sólo lo es el hombre que le opone otro pensamiento, y eso lo reconoció al punto Calvino, con su clara y desconfiada mirada. Pues desde la primera hora hasta la última, entre todos sus adversarios, a ninguno temió más que al único que, espiritual y moralmente, era de condición igual a la suya, y que, con toda la pasión de una conciencia libre se sublevaba contra su tiranía espiritual: Sebastián Castalión.

Sólo nos ha sido conservado un único retrato de Castalión, y, por desgracia, no es más que mediano. Muestra un semblante totalmente grave y espiritual, con unos ojos francos, y casi podría decirse que veraces, bajo una frente alta y libre: fisonómicamente no nos dice nada más. No es ningún retrato que permita lanzar una ojeada a lo profundo de un carácter, pero de todos modos, informa de modo inequívoco sobre los rasgos más esenciales de este hombre: su íntima seguridad en sí mismo y su equilibrio. Si se ponen una al lado de la otra, las imágenes de ambos adversarios, Calvino y Castalión, será ya clara, plásticamente, la oposición que tenía que manifestarse más tarde en lo espiritual, de modo tan resuelto: el rostro de Calvino es todo tensión, una energía reconcentrada de modo convulsivo y enfermizo, que quiere ser descargada en impaciencia y rudeza; el semblante de Castalión se muestra indulgente y lleno de especiante serenidad. Toda fuego la mirada del uno, toda oscura serenidad la del otro: la impaciencia contra paciencia; celo explosivo contra resolución perseverante; fanatismo contra humanidad.

Casi tan escasas como las que poseemos de su aspecto exterior son las noticias de la juventud de Castalión. En 1515, seis años después que Calvino, nació en la frontera entre Suiza, Francia y Saboya. Su familia tuvo por nombre Chatillon o Chataillon, y acaso también, bajo el señorío saboyano, fue llamada Castellione o Castiglione, pero su lengua materna no debe haber sido la italiana sino la francesa. Bien pronto, a la verdad, su idioma propio llega a ser el latín, pues, a los veinte años, surge Castalión como estudiante en la Universidad de Lyon y allí adquiere además del conocimiento de las lenguas francesa e italiana, la absoluta maestría en el latín, el griego y el hebreo. Más tarde aprende alemán también, y de este modo, en todos los otros territorios del saber, su celo y sus conocimientos se muestran como tan sobresalientes que los humanistas y los teólogos, por unanimidad, lo contaron entre los hombres más

sabios de aquel tiempo. Al principio, son las bellas artes y las musas lo que seduce al joven estudiante, el cual, valiente y miserablemente, gana su pan dando lecciones; produce una serie de poesías y de escritos literarios latinos. Pero pronto se apodera de él una pasión más fuerte que la de las ya muertas cosas pretéritas: siéntese poderosamente poseído por los nuevos problemas del tiempo. El humanismo clásico, si se le considera históricamente, sólo tuvo en realidad una muy breve y gloriosa floración, que ocupa pocos decenios entre las dos grandes épocas de valor universal del Renacimiento y de la Reforma. Sólo durante un momento, esperó la juventud la redención del mundo de una renovación de los estudios clásicos, de una educación sistemática; no obstante, bien pronto les parece a los más apasionados a los mejores de esta generación, que no es nada más que una labor de viejos, un bajo servicio de carromateros, el reproducir una y otra vez, copiando antiguos pergaminos, a Cicerón y a Tucídides, mientras que, partiendo de Alemania como un incendio por un bosque, una revolución religiosa se va apoderando ya de millones de almas. Pronto, en todas las Universidades, se disputa más sobre la antigua Iglesia y la nueva que sobre Platón y Aristóteles; en lugar de las Pandectas, profesores y estudiantes hacen investigaciones sobre la Biblia; lo mismo que, en tiempos posteriores las oleadas de lo político, de lo nacional o de lo social, en el siglo XVI la irresistible pasión de contribuir a pensar, a discutir, a elaborar las ideas religiosas del tiempo, se apodera de toda la juventud europea. También Castalión es arrebatado por tal marea y un acaecimiento personal fue decisivo para su naturaleza humanitaria. Cuando, en Lyon, asiste por vez primera a la quema en la hoguera de un hereje, conmuévele hasta las últimas profundidades de su alma, de una parte, la crueldad de la Inquisición, y de otra, el animoso porte de la víctima. Desde este día, está resuelto a vivir y a luchar por la nueva doctrina, en la que ve libertad y liberación.

Naturalmente, que desde el momento en que el mancebo de veinticinco años se ha decidido por la Reforma, corre peligro su vida en Francia. Siempre, donde quiera que un Estado o un sistema oprime fuertemente la libertad de creencias, sólo quedan tres caminos para aquellos que no quieran someterse a que sea violentada su conciencia: pueden combatir abiertamente al terrorismo estatal y convertirse en mártires; esta vía de la franca resistencia, la más osada de todas, la eligieron Berquin y Etienne Dolet, y pagaron su rebelión en la hoguera. O, para preservar la interna libertad, y, al mismo tiempo, conservar también la vida pueden someterse en apariencia y encubrir su auténtica opinión: ésta es la técnica de Erasmo y de Rabelais, los cuales, exteriormente, mantienen paz con la Iglesia y el Estado, para, envueltos en el manto de la sabiduría o cubiertos con la caperuza de cascabeles del bufón, disparar desde retaguardia sus envenenadas flechas, eludiendo con habilidad la acción de la fuerza, engañando a la brutalidad con astucias de Ulises. Como tercer refugio queda la emigración: el intento de pasar a salvo, con su persona, la interna libertad, desde el país donde es perseguida y despreñada hasta otra tierra donde le sea lícito respirar sin estorbos. Castalión, carácter recto pero al mismo tiempo suave, eligió, como Calvino, el camino más pacífico. A principios de 1 540, poco después de haber contemplado con atormentado pecho, en Lyon, el suplicio en la hoguera de los primeros mártires

evangélicos, abandonó su patria para ser desde entonces emisario y mediador de la doctrina evangélica. Castalión se dirige a Estrasburgo, y, a la verdad, como la mayor parte de estos emigrados religiosos, *propter Calvinum,* "a causa de Calvino". Pues desde que este hombre, en el prólogo de su *Institutio,* exigió del modo más audaz, de Francisco I, la tolerancia y la libertad de creencias, aunque él mismo sea todavía un mancebo, pasa, ante toda la juventud francesa, como heraldo y abanderado de la doctrina evangélica. De él esperan todos estos refugiados aprender a sufrir sus persecuciones; de él, que sabe formular exigencias y plantear problemas, recibir una tarea para su vida. Como discípulo, y como discípulo entusiasta, — pues todavía el carácter ansioso de libertad de Castalión ve en Calvino el representante de la libertad espiritual, — dirígese inmediatamente Castalión a casa de su compatriota, y, durante una semana, habita en el hospedaje estudiantil que la mujer de Calvino ha organizado para estos futuros misioneros de la nueva doctrina. No obstante, en este primer momento no puede llegar a las deseadas íntimas relaciones, pues, poco después, es llamado ya Calvino a los concilios de Worms y de Hagenau. Se perdió la ocasión de establecer un primer lazo entre ellos. Pero el que Castalión, entonces de veinticuatro años, produjo ya una profunda impresión, manifiéstase muy pronto, pues apenas está asegurada la definitiva invocación a Calvino para que regrese a Ginebra, cuando, a propuesta de Farel con aprobación de Calvino, aquel otro sabio, floreciente de juventud, es llamado también a Ginebra como profesor de su escuela. Expresamente se le atribuye el título de rector, le son asignados dos maestros auxiliares a sus órdenes, y además, se le impone la deseada obligación de predicar en la iglesia de Vandoeuvres, una parroquia del territorio ginebrino.

Castalión justifica en un todo esta confianza y su actuación docente le proporciona además ocasión de un éxito, especialmente literario. Pues, para hacer a los discípulos más estimulante el aprendizaje del latín, traduce Castalión los más plásticos episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento en forma de diálogo latino. Pronto, el librillo, que al principio había sido pensado como un puente de los asnos para los niños de Ginebra, llega a ser universalmente conocido, y, en sus efectos literarios y pedagógicos, acaso sólo puede ser comparado con los *Coloquios* de Erasmo. Y aun, al cabo de los siglos, el librillo sigue siendo impreso; nada menos que cuarenta y siete ediciones han aparecido de él, cientos de miles de alumnos han aprendido en sus páginas los fundamentos del latín clásico. Y aunque, en el sentido de sus aspiraciones humanísticas, sea sólo una obra accesoria y de puro azar, siempre es este manualito latino el primer libro con el que Castalión se presentó en el proscenio espiritual de aquel tiempo.

Pero las ambiciones de Castalión van dirigidas hacia metas más elevadas que a escribir un libro escolar, agradable y útil. No renunció al humanismo para desparramar sus fuerzas y saber en pequeños trabajos. Este ser humano, joven e idealista, lleva en sí un alto plan que, hasta cierto punto, debe repetir y sobrepasar juntamente, la poderosa acción de Erasmo y la de Lutero: no se propone nada menos

que traducir nuevamente toda la Biblia al latín y al francés. También su pueblo, el francés, debe tener a su alcance toda la verdad, lo mismo que, por la voluntad creadora de Erasmo y de Lutero, la tienen el mundo humanístico y el alemán. Y con la fe tenaz y silenciosa de su ser, Castalión se pone al trabajo en esta gigantesca empresa. Noche tras noche, el joven sabio que durante el día lucha fatigosamente en una tarea mal pagada para obtener el escaso pan de su familia, trabaja en aquel plan sacratísimo a que ha de consagrar su vida entera.

Empero, y en los primeros pasos tropieza Castalión con una resuelta resistencia. Un librero ginebrino se ha declarado dispuesto a imprimir la primera parte de su traducción latina de la Biblia. Pero en Ginebra, Calvino es ilimitado dictador en todas las cuestiones espirituales y eclesiásticas. Sin su consentimiento, sin su *imprimatur*, no es lícito que sea impreso libro alguno dentro de los muros de la ciudad; la censura nace siempre, naturalmente, como hija de toda dictadura.

De este modo, Castalión se dirige a Calvino, un hombre de letras a otro hombre de letras, un teólogo a otro teólogo, y le pide, como colega, el *imprimatur*. No obstante los caracteres autoritarios siempre ven en los pensadores independientes un adversario insoportable. La primera impresión de Calvino es de enojo y de despecho apenas disimulados. Pues él mismo escribió el prólogo para una traducción francesa de la Biblia hecha por un pariente suyo, y, con ello, hasta cierto punto, la ha reconocido como la *Vulgata*, como la Biblia oficial umversalmente válida del protestantismo. ¡Qué "osadía", por lo tanto, la de este "joven" que no quiere reconocer humildemente como única válida y auténtica la versión que ha sido testimoniada por él y en la que colaboró él mismo, sino que, en vez de ello, quiere poner al lado de la otra una versión nueva y hecha además por su saber y conocimientos! Claramente se advierte el excitado mal humor de Calvino ante esa "arrogancia" de Castalión en su carta a Viret: "Escucha, ahora, la fantasía que le ha dado a nuestro Sebastián: nos da ocasión para reír pero también para sentir enojo. Race tres días vino a mi encuentro y me pidió permiso para publicar su traducción del Nuevo Testamento". Ya por este irónico tono puede uno imaginarse lo cordialmente que habrá recibido *a* su rival. En realidad, despacha a Castalión sin miramiento alguno: está dispuesto a darle el permiso, pero sólo con la condición de que ha de leer primero la versión y le sea lícito corregir en ella lo que, por su parte, considere corno necesitado de corrección.

Ahora bien, nada hay más remoto del carácter de Castalión que la vana complacencia en sus propias obras y la seguridad de sí mismo. Jamás, como Calvino, considera sus opiniones como las únicas verdaderas, su concepto sobre cualquier cosa como algo sin mácula e inatacable, y el prólogo que escribió después para esta traducción presenta por completo un dechado de modestia científica y humana. Abiertamente, consigna allí que él mismo no ha entendido todos los pasajes de la Sagrada Escritura, y avisa de ello al lector, para que no confíe, en su traducción, sin reflexionar, pues la Biblia es un libro oscuro, lleno de contradicciones y lo que él ofrece, es sólo una interpretación y no, en modo alguno, una certidumbre.

No obstante, por muy humana y humildemente que Castalión tase su propia obra, a tanta mayor altura coloca, como hombre, la nobleza de la independencia personal. En su

conciencia de que, como hebraísta, como helenista y hombre de letras, en modo alguno se encuentra por debajo de Calvino, ve con razón una cosa depresiva en este querer censurarle de arriba abajo, en esta pretensión autoritaria cíe "mejorar" su obra. En una libre república de hombre de letras junto a hombres de letras, de teólogos junto a teólogos, no quiere colocarse, respecto a Calvino, en la situación de discípulo y maestro; no quiere dejar que sea tratada con el lápiz rojo su obra, sencillamente como el tema de un escolar. Para encontrar una humana salida, para testimoniar a Calvino su consideración personal, le ofrece que, a la hora que fuera conveniente para Calvino, iría a leerle el manuscrito, y ya se declara, con anticipación, dispuesto, a aceptar, en cuestiones de detalle, los consejos y las proposiciones del dictador. Pero Calvino es fundamentalmente opuesto a toda fórmula de conciliación. No quiere aconsejar, sólo ordenar. Rechaza esto, mezquiné y ásperamente. "Le comuniqué que, aunque me prometiera cien coronas, no me encontraría dispuesto a dejarme ligar con compromisos para un tiempo determinado, y después, quizás, discutir dos horas acerca de una palabra única. Con ello, se marchó enojado".

Por primera vez se cruzaron los aceros. Calvino experimentó que Castalión no está inclinado a someterse a él, sin voluntad alguna, en cosas eclesiásticas y espirituales; reconoció, en medio de la general adulación al eterno adversario de toda dictadura, al hombre independiente. Y desde esta hora, Calvino está decidido a apartar de su cargo, en la primera ocasión, y a ser posible de Ginebra, a este hombre que no quiere servirle a él, sino a su propia conciencia.

Quien busca un pretexto sabe siempre encontrarlo. Calvino no tuvo que esperar largo tiempo. Pues Castalión, que no puede alimentar a su numerosa familia con el sueldo tasado con mezquindad de un maestro de escuela, aspira al cargo íntimamente más adecuado para él y mejor pagado, de "Predicador de la palabra divina". Desde la hora en que dejó Lyon, el objetivo de su vida había sido el "llegar a ser servidor y mensajero de la doctrina evangélica, y ahora, hace ya meses que el excelente teólogo viene predicando en la iglesia de Vandoeuvres, sin que jamás haya sido alzada la menor objeción en aquella ciudad de costumbres tan severas; nadie, por lo tanto, en Ginebra puede solicitar con mejores títulos su admisión en el cuerpo de pastores. En efecto, la solicitud de Castalión encuentra unánime aprobación en el municipio, y, el 15 de diciembre de 1543, se decide que: "Sebastián, es un hombre muy sabio y muy indicado para servir a la iglesia, y, con ello, se ordena su colocación en el servicio eclesiástico".

Pero la municipalidad no contó con Calvino. £ Cómo? ¿sin preguntarle antes a él del modo más sumiso, ordenó el consejo municipal nombrar pastor, y, junto con ello, miembro del consistorio, a Castalión, persona que puede ser molesta para Calvino a causa de su íntima independencia? Al punto protesta contra el nombramiento de Castalión y explica su manera de proceder, poco propia de un colega, en una carta dirigida a Farel, con estos oscuros términos: "Hay importantes razones que impiden su nombramiento. . . En todo caso, ante el consejo no hice más que aludir a estos motivos y no los expresé, pero, al mismo tiempo, salí al encuentro de toda falsa

sospecha respecto a él, para dejar su nombre libre de todo ataque. Mi intención es la de guardarle miramientos".

Al leer estas palabras, oscura y misteriosamente empleadas, es sorprendido el lector por cierta sospecha, en el primer momento desagradable. ¿No parece, realmente, como si aludieran a algo afrentoso contra Castalión, que le hacía incapaz de revestir la dignidad de pastor, a cualquier mácula que Calvino cubre magnánimamente con el cristiano manto de la indulgencia al "guardarle miramientos"? ¿De qué delito, pregúntase el lector, ha podido hacerse culpable este hombre de letras tan altamente apreciado, el cual es pasado en silencio por Calvino, con tanta magnanimidad? ¿Se ha apoderado de dinero ajeno? ¿Ha delinquido con mujeres? ¿Encubre su carácter, por toda la ciudad tenido como irreprochable, cualquier error secreto? Pero, con voluntaria falta de claridad, deja Calvino que se cierna sobre Castalión la más indeterminada de las sospechas, y nada es tan fatal para el honor y la consideración pública de un hombre como una ambigüedad que "guarda miramientos".

No obstante, Sebastián Castalión no quiere que se le "guarden". Tiene su conciencia pura y clara, y apenas llega a su conocimiento que es el propio Calvino, quien, *a* escondidas, quiere arruinar su fama, se presenta y exige que Calvino declare públicamente, ante la autoridad, por qué razones debe serle rehusado el cargo de pastor. Ahora tiene Calvino que poner sus cartas sobre la mesa y exponer el misterioso delito de Castalión; por fin, se llega a conocer el crimen con tan tierna solicitud silenciado por Calvino: Castalión, — ¡espantoso descarrío! — en dos secundarias interpretaciones teológicas de la Biblia no es por completo de la opinión de Calvino. En primer término expresó el punto de vista — y a ello asienten todos los teólogos, en alta voz o en voz baja, — de que el *Cantar* de Salomón no es en modo alguno una poesía religiosa, sino profana: el himno de la Sulamita, cuyos pechos triscan como dos cervatillos en campo de azucenas, constituye una poesía erótica totalmente mundanal y está bien lejos de ser una glorificación de la Iglesia. También la segunda divergencia es baladí: Castalión le concede al descendimiento de Cristo a los infiernos una significación distinta de la de Calvino.

Muy menudos y muy sin importancia se muestran, por lo tanto, los crímenes de Castalión "magnánimamente silenciados" por Calvino y a causa de los cuales debe serle negada la dignidad de pastor. Pero — y en este punto reside la cuestión realmente decisiva, — para un Calvino, en el terreno de la doctrina, no hay ni pequeñeces ni menudencias. Para su espíritu metódico, que aspira a una altísima unidad y autoridad en la nueva Iglesia, la más mínima desviación es tan peligrosa corno la más grande. Calvino quiere que en su fábrica, poderosa y lógicamente edificada, cada piedra, y hasta cada granillo de arena, esté inconmoviblemente colocado en su puesto, y lo mismo que en la vida política, lo mismo que en las costumbres y el derecho, también, en sentido religioso, le parece fundamentalmente insoportable cualquier forma de libertad. Si su Iglesia ha de durar, tiene que mostrarse autoritaria, desde sus cimientos hasta el último y más diminuto ornamento, y para quien no reconozca este su principio director, quien intente pensar con independencia en sentido liberal, para ése no hay

espacio alguno en su Estado.

Desde el principio, pues, es trabajo perdido el que el consejo invite a Castalión y Calvino a una pública controversia, *a* fin de que concilien amigablemente sus diferencias de opinión. Pues—siempre hay que repetido—Calvino quiere ser él exclusivamente quien enseñe y no dejarse jamás instruir o convencer; no disputa nunca con nadie; sólo actúa como dictador. Ya en las primeras palabras exige de Castalión que "se convierta a nuestra opinión" y le previene del peligro de "confiar en su propio juicio", por tratarse, según el sentido de la concepción calvinista, de la necesaria unidad y autoridad en la Iglesia. Pero también Castalión permanece fiel a sí mismo. Pues la libertad de conciencia es para Castalión el supremo bien del alma y está dispuesto a pagar en el mundo cualquier precio por esta libertad. Sabe perfectamente que sólo necesitaría someterse a Calvino en estos dos minúsculos detalles y al instante le sería asegurada su lucrativa plaza en el Consistorio. Pero, insobornable en su independencia, responde Castalión que no puede prometer lo que no es capaz de cumplir sin proceder contra su conciencia. Por lo tanto, es inútil la discusión. En estos dos hombres opónense, en aquella hora, la Reforma liberal, que exige para cada persona libertad en las cuestiones religiosas, *y* la Reforma ortodoxa; y con razón escribe Calvino después de esta fracasada explicación con Castalión: "Es un hombre que, en cuanto puedo juzgar por nuestras conversaciones, tiene tales ideas acerca de mí, que es difícil admitir que pueda jamás, entre nosotros, llegar a establecerse una unidad".

Pero *¿qué* "ideas" son esas que tiene Castalión acerca de Calvino? Este último se hace traición a sí mismo al escribir que "a Sebastián se le ha puesto en la cabeza que tengo yo ansia de dominar". De modo más justo, no pueden, en realidad, ser expresados los hechos. Castalión, al cabo de poco tiempo, ha reconocido lo que los otros han de reconocer también prontamente: que Calvino, conforme a su tiránico natural, está decidido a no soportar en Ginebra más que una sola opinión, la suya, y que sólo es posible vivir en su esfera espiritual, si, como los de Beze y sus otros sucesores, se somete uno servilmente a cada letra de su doctrina. Pero Castalión no quiere respirar este aire de calabozo de un espiritual dominio coactivo. No es para someterse a una nueva vigilancia protestante de las conciencias para lo que huyó, desde Francia, ante el poder de la católica Inquisición; no renunció al antiguo dogma para ser siervo de uno nuevo. Para él, el Evangelio no es puramente un rígido y severo código de leyes, sino un modelo ético según el cual cada uno, con toda humildad, debe vivir dentro de sí y a su manera, sin que por ello ose afirmar que él y sólo él conoce la verdad. Una franca irritación asfixia el alma de este hombre libre cuando tiene que presenciar con qué soberbia y suficiencia, en Ginebra, los pastores recién nombrados exponen la palabra de Dios, como si sólo para ellos hubiera sido pronunciada claramente; apodérase de él la cólera contra estos orgullosos que, incesantemente, alaban su santa vocación y hablan de todos los demás como de repugnantes pecadores indignos. Y una vez, en una reunión pública, cuando era comentada la frase del Apóstol que dice: "Tenemos, en todas las cosas, por medio de una gran paciencia, que mostrarnos como enviados de Dios", alzóse repentinamente Castalión y dirigió a los "enviados de Dios" la invitación de que, por una vez siquiera, se examinaran a sí mismos en lugar de estar siempre, examinando, juzgando y castigando a los otros. Por

desgracia, no conocemos el texto literal de la acometida de Castalión más que a través de la versión que comunica Calvino (el cual jamás hizo demasiados melindres para mudar alguna cosa cuando se trataba de un adversario). Pero aun en su unilateral versión, puede advertirse que Castalión se incluye a sí mismo en esta confesión de las faltas generales, pues dice: "Pablo era un siervo de Dios, pero nosotros nos servimos a nosotros mismos; era paciente, nosotros somos impacientes. Sufrió injusticias de los otros, pero nosotros perseguimos inocentes".

Calvino, presente en aquella reunión, parece haber quedado plenamente sorprendido del no preparado ataque de Castalión. Un discutidor apasionado y sanguíneo, un Lutero, habría saltado al instante y habría respondido con un encendido discurso; un Erasmo, un humanista, habría probablemente disputado sabia y serenamente; pero Calvino es, en primer término, político realista, un hombre de táctica y de práctica que sabe poner un freno a su temperamento. Advierte la fuerza con que las palabras de Castalión actuaron sobre los presentes y que no sería aconsejable oponérsele en aquel momento. De este modo, permanece silencioso y aprieta sus sutiles labios hasta hacerlos aún más sutiles. "Por el momento guardé silencio — dice posteriormente, disculpando esta extraña moderación, — pero sólo para no iniciar una discusión violenta ante tantos extraños".

¿La desarrollará después en un círculo íntimo? ¿Tendrá una explicación con Castalión, hombre contra hombre y opinión contra opinión? ¿Le desafiará ante el Consistorio a que desarrolle su acusación general, citando nombres y hechos? De ningún modo. Calvino, en política, fue siempre ajeno a toda lealtad. Para él, toda tentativa de crítica no representa simplemente una discrepancia de opinión, sino un delito de Estado, un crimen. Mas los crímenes pertenecen al campo de las autoridades civiles. Allí, en lugar de llevarlo ante el Consistorio, es adonde arrastra a Castalión, transformando una discusión moral en una querella disciplinaria. Su acusación ante la municipalidad de la ciudad de Ginebra dice de este modo: "Castalión ha deprimido la autoridad de los eclesiásticos".

No con mucha satisfacción se reúne el consejo. No le gustan mucho estas regañinas eclesiásticas; hasta hay trazas de como si para las autoridades civiles no fuera muy desagradable el que, por fin, alguna vez, hubiera alguien que se atreviera a lanzar enérgicas y francas palabras contra la soberbia del Consistorio. Al principio, los consejeros van aplazando la resolución durante mucho tiempo, y su sentencia final atrae la atención por su carácter sorprendentemente ambiguo. Castalión es reprendido oralmente, pero no condenado o despedido; sólo su actividad como pastor de Vandoeuvres permanece en suspenso hasta más adelante[1]. Con esta tibia reprimenda, podía con facilidad haberse dado por contento Castalión. Pero, internamente, tiene ya tomada su' resolución. De nuevo ve confirmado el que junto a un carácter hasta tal punto tiránico como el de Calvino, no queda espacio alguno, en Ginebra, para un hombre libre. Por ello, solicita de la municipalidad la cesantía de su empleo. Pero, en esta primera prueba de fuerza, conoció ya, de modo suficiente, la táctica de su adversario para saber que los hombres de partido siempre tratan como soberanos a la

verdad, cuando debe servir a su política; muy justamente prevé que su libre y varonil renuncia al cargo y dignidad de que había disfrutado será desfigurada después con la mentira de que perdió su puesto por cualquier clase de impuras razones. De este modo, exige Castalión, antes de abandonar Ginebra, un testimonio escrito sobre lo acaecido. Y con ello, se ve obligado Calvino a suscribir de su propia mano (todavía hoy puede verse el informe en la biblioteca de Basilea) que sólo a causa de haber surgido discrepancias entre ellos, en torno de dos aisladas cuestiones teológicas, ya no será Castalión nombrado pastor. Y, literalmente, sigue diciendo el documento: "A fin de que nadie pueda imaginar otra causa a la partida de Sebastián Castalión, testimoniamos aquí, para que haga efecto en todas partes, que renunció espontáneamente *(sponte) a* su cargo de maestro, y que antes lo había desempeñado de tal modo, que lo habíamos tenido por digno de pertenecer a la categoría de pastor. Si, no obstante, no fue recibido en ella, tal cosa no ocurrió, en modo alguno, porque se encontrara ninguna mácula en su conducta, sino, exclusivamente, por el motivo arriba mencionado".

El alejamiento casi forzado de Ginebra del único letrado de categoría igual a la suya significa una victoria para el despotismo de Calvino, pero propiamente, una victoria pírrica. Pues en los círculos más amplios, la separación del hombre de letras tan altamente apreciado se consideró como una gran pérdida. Públicamente se declara que "Calvino trató injustamente al Maestro Castalión", y, en todo el ámbito cosmopolita del humanismo, queda como probado, por medio de esta ocurrencia, que Calvino, en Ginebra, no tolera más que imitadores y secuaces suyos, y aun dos siglos después, Voltaire citará la opresión de Castalión como el más resuelto testimonio de la tiránica conducta espiritual de Calvino. "Puede medírsele por las persecuciones que infligió a Castalión, que era un letrado mucho mayor que él, y a quien, por celos, desterró de Ginebra".

Calvino, para las censuras, posee una piel sensible, hipersensible. Percibe, al instante, el general malestar que produjo con el apartamiento de Castalión. Y apenas tiene alcanzado su objeto de saber arrojado de Ginebra a este único hombre independiente y de categoría, oprímele la preocupación de que el público pueda acusarle a él de que Castalión ande vagando ahora por el mundo, absolutamente sin recursos. En efecto, la resolución de Castalión había sido desesperada. Pues, como declarado adversario de la más poderosa política protestante, no puede contar, dentro de Suiza, con ningún inmediato empleo en la Iglesia reformada; su ardiente determinación le ha arrojado en la más amarga miseria. Como mendigo, como hambriento, va de puerta en puerta el antiguo rector de la Escuela Reformada de Ginebra, y Calvino posee una vista lo bastante perspicaz para reconocer que esta pública situación de indigencia de un oprimido rival suyo tiene que aportar el más grave daño a su propia persona. De este modo, ahora, ya que Castalión no le es enojoso con su presencia, procura tender al expulsado un puente de plata. Con sorprendente diligencia, escribe carta tras carta *a* sus amigos, para disculparse, explicándoles cuánto se ha esforzado para conseguir una posición conveniente para el pobre y necesitado Castalión (que sólo por culpa suya llegó a ser pobre y necesitado). "Deseaba que pudiera, sin obstáculo, encontrar acomodo

en cualquier lugar, y, por mi parte, habría dado facilidades para ello". Pero Castalión, como imaginaba Calvino, no se deja tapar la boca. Franca y abiertamente refiere por todas partes que tuvo que abandonar Ginebra a causa de] carácter despótico de Calvino, y, con ello, le hiere en su punto más sensible, pues jamás confesó públicamente éste su poder dictatorial, sino que siempre quiso ser considerado solamente como el más modesto y el más humilde esclavo de sus difíciles deberes. Al punto, cambiase ahora el tono de las cartas de Calvino; ha terminado, de repente, la piedad hacia Castalión. "¡Si supieras — dícele, quejándose, a un amigo — lo que este perro, me refiero *a* Sebastián, ladra contra mí! Refiere que sólo a causa de mi tiranía fue echado de su cargo, para que yo pudiera gobernar solo". En el transcurso de muy pocos meses, el mismo hombre acerca del cual Calvino suscribió con su propia mano que era totalmente digno de ser revestido con el sagrado cargo de siervo del Señor, se convirtió, para el mismo Calvino, en una "bestia", en un *"chien", sólo* porque prefirió hacer suya la más amarga pobreza en lugar de dejarse comprar y seducir con prebendas.

Esta heroica pobreza voluntariamente elegida por Castalión produjo, ya entonces, admiración entre sus contemporáneos. Expresamente consigna Montaigne que es lamentable que un hombre de tales merecimientos como Castalión tenga que sufrir tamaña necesidad, y ciertamente, añade, que muchas gentes habrían estado dispuestas a ayudarle, si, a tiempo bastante, hubieran tenido noticia de ello. Pero, en realidad, en modo alguno se muestran dispuestas a evitar a Castalión ni aun la necesidad más extrema. Años y años han de pasar todavía antes que el desterrado alcance un cargo que, sólo a medias, sea acomodado a su saber y superioridad moral; al principio, no lo llama ninguna Universidad, no le es ofrecido ningún cargo de pastor, pues la dependencia política de las ciudades de Suiza con relación a Calvino es ya harto grande para que nadie ose ponerse públicamente en contra del dictador de Ginebra. Con gran trabajo encuentra, por fin, el expulsado algo que sostenga su vida en un subalterno cargo de corrector en la imprenta basiliense de Oporin; no obstante, el irregular trabajo no es suficiente para alimentar a mujer e hijos, y, de este modo, Castalión tiene además que emplearse como profesor privado, a fin de atrapar los necesarios *groschen* para cubrir la mesa de seis u ocho bocas. En una miseria indecible, mezquina, lamentable, diaria, paralizadora del alma y entorpecedora de las fuerzas, tiene que vivir aún durante muchos años de oscuridad, antes que, por fin, la Universidad nombre siquiera lector de lengua griega al hombre de letras de un saber universal. Pero todavía este cargo, más honorífico que lucrativo, no proporciona en mucho tiempo a Castalión el liberarse de su eterna servidumbre; durante toda su vida, el gran literato, que hasta llega a ser llamado por algunos el sabio más sabio de su tiempo, tiene que seguir realizando bajos trabajos manuales. Por su propia mano, labra la tierra en su casita del arrabal de Basilea, y como el trabajo diario no alcanza para alimentar a la familia, Castalión se atormenta toda la noche corrigiendo textos impresos, mejorando obras ajenas y traduciendo de todos los imaginables idiomas; por miles y miles se cuentan las páginas que, por ganar su pan, tradujo, para el editor de Basilea, del griego, del hebreo, del italiano, del alemán.

Pero esta indigencia prolongada durante años y años, sólo lograba corroer su cuerpo, su cuerpo sensible y débil, pero jamás la independencia y decisión de su orgullosa alma. Pues, en medio de tal inmensidad de forzoso trabajo, en modo alguno olvida Castalión su misión verdadera. De manera inconmovible, prosigue laborando en la obra de su vida, en la traducción de la Biblia al latín y al francés, y, en los intermedios, brotan de su pluma escritos de ocasión y de polémica, comentarios y diálogos; no hay día ninguno, ninguna noche, en que Castalión no haya laborado; este eterno carromatero de las letras no conoció jamás el placer de un viaje, la merced del reposo, nunca tampoco la sensual recompensa de la gloria o de la riqueza. Pero este espíritu libre prefiere hacerse siervo de la eterna pobreza, prefiere sacrificar el sueño de sus noches antes que ¡a independencia de su conciencia: magnífico ejemplo para aquellos secretos héroes del espíritu que, inadvertidos por el mundo, prosiguen, también en la oscuridad del olvido, la lucha por las cosas más santas para ellos: la intangibilidad de la palabra, el inconmovible derecho de la opinión personal.

Todavía no ha comenzado, en realidad, el duelo entre Castalión y Calvino. Pero dos hombres, dos ideales, se han mirado a los ojos y se han reconocido, uno a otro, como rivales irreconciliables. Imposible habría llegado a ser para ambos el vivir en la misma ciudad, en el mismo ámbito espiritual, aunque no fuera más que por una hora de tiempo; pero si bien ahora están definitivamente separados, el uno en Basilea, el otro en Ginebra, se observan no obstante uno a otro con vigilantes ojos. Castalión no olvida a Calvino ni Calvino a Castalión, y su silencio es sólo una espera de Ja palabra decisiva. Pues divergencias de aquella íntima naturaleza, que ya no son simplemente diversidad de opiniones, sino contiendas primitivas entre opuestas concepciones del universo, no pueden mantener una paz duradera; jamás la libertad espiritual puede sentirse completa a la sombra de una dictadura*;}* jamás puede vivir descuidada una dictadura mientras permanezca en pie un solo hombre independiente dentro de sus fronteras. Pero siempre se necesita una ocasión para que se exteriorice una latente hostilidad. Sólo cuando Calvino enciende la hoguera de Servet, brota acusadora de labios de Castalión la inflamada palabra. Sólo cundo Calvino declara la guerra a toda conciencia libre, proclama también Castalión, en nombre de esa propia conciencia, su lucha a vida o muerte.

EL CASO SERVET

A veces la Historia, en el rodar de los tiempos, entre las millones de individuos de la masa de la humanidad elige una figura aislada para desplegar plásticamente con ella, hasta sus últimas consecuencias, una concepción del universo. Tal hombre no es

preciso, en modo alguno, que sea siempre un genio del más alto grado. Con frecuencia conténtase simplemente el destino con destacar un nombre, por completo al azar, entre otros muchos, para escribirlo, de modo imborrable, en la memoria de la posteridad. De tal manera tampoco Miguel Servet llegó a poseer una personalidad memorable por la fuerza de su genio, en un todo singular, sino sólo merced a su final espantoso. Con dotes muy variadas, pero no dichosamente dispuestas, en este hombre notable se dan las aptitudes en una extraña mezcla: intelecto fuerte, despierto, curioso, obstinado, que va mariposeando de uno en otro problema; voluntad pura de lograr la verdad, pero incapaz de claridad creadora. A ninguna ciencia se adapta en forma fundamental este espíritu fáustico, aunque a todas las ataque; guerrillero, a la vez, de la filosofía, la medicina, la teología, deslumbrante a veces por sus audaces observaciones, nuevamente afeado después con frívola charlatanería. En todo caso, en el libro de sus proféticas predicciones alza una vez sus claras llamas una observación verdaderamente capital y de las que muestran caminos nuevos a los hombres, el descubrimiento médico de la llamada pequeña circulación de la sangre; pero Servet no piensa en hacer valer su hallazgo de modo sistemático y en profundizarlo científicamente; como una exhalación aislada y prematura, extínguese este fulgor genial en la oscura superficie de su siglo. Hay mucha fuerza espiritual en este solitario, pero sólo la íntima aspiración a un fin transforma su fuerte espíritu en una figura creadora.

Ha solido ser repetido hasta dar tedio que en cada español se esconde un vastago de Don Quijote; no obstante, la observación es asombrosa y totalmente por justa aplicada a Miguel Servet. No sólo en cuanto a su estampa tiene gran semejanza este aragonés extenuado, amarillo, de barba puntiaguda, como el macilento y enflaquecido héroe manchego; también en lo interno está abrasado por idéntica pasión, magnífica y grotesca, de combatir en favor de lo absurdo y de precipitarse, con un idealismo ciego de furia, contra todas las resistencias de la realidad. Privado en absoluto de autocrítica, atrafagado siempre en descubrir o afirmar alguna cosa, este caballero andante de la Teología cabalga contra todas las ventas y molinos de viento de su época. Sólo le excita la aventura, lo absurdo, lo extraviado y peligroso, y, con un agudo placer de luchar, choca, exacerbado, contra todos les otros ergotistas, sin ligarse a ningún partido, sin pertenecer a ningún clan, siempre solitario, a un tiempo lleno de fantasía y fantástico, y, con ello, una figura excéntrica, en todo y por completo.

Quien, con tan hirsuto aprecio excesivo de sí mismo, se alza, de modo constante, solo contra todos, tiene, directa y fatalmente, que ponerse a mal con todos. Poco más o menos de la misma edad de Calvino, siendo todavía un semi-muchacho, tuvo ya Servet su primer choque con el mundo; ya a los quince años, a causa de la Inquisición, se vio obligado a huir desde su patria aragonesa a Toulouse, para proseguir allí sus estudios. Desde la Universidad, llevólo a Italia, como secretario, el confesor de Carlos V, y después también lo acompañó a la Dieta de Ausburgo; allí se apoderó del joven humanista, como de todos sus contemporáneos, el apasionamiento político por las grandes contiendas de la Iglesia. Su inquieto espíritu entró en fermentación al presenciar la polémica, de alcance universal, entre la nueva doctrina y la vieja. Donde todo luchaba, quiso luchar también él; donde todo procuraba reformar la Iglesia,

quiso también él colaborar a la reforma, y, con el radicalismo de la juventud, aquel exaltado despreció todas las anteriores soluciones y resoluciones a los problemas de la antigua Iglesia, por demasiado vacilantes, tibias e indecisas. Hasta Lutero, Zwingli y Calvino no le parecían, ni con mucho, bastante revolucionarios a este osado renovador para la purificación del Evangelio, ya que todavía admitían en sus nuevas doctrinas el dogma de la Trinidad. Mas Servet, con la intransigencia de sus veinte años, decíala simplemente nulo el Concilio de Nicea y el dogma de las tres eternas hipótesis como inconciliable con la unidad del Ser divino.

Esta radical concepción no sería en sí misma de ningún modo sorprendente en tiempos de tal sobreexcitación religiosa. Siempre, cuando todos los valores y leyes han empezado a bambolearse, busca cada cual su derecho de pensar con independencia y sin tradición. Pero, de un modo fatal, copia Servet de todos aquellos gruñidores teólogos, no sólo el goce en la discusión, sino también su peor cualidad: la pedantería intolerante y fanática. Pues, al punto, el mancebo de veinte años pretende demostrar a los directores de la Reforma que han reformado la Iglesia de modo por completo insuficiente, y que sólo él, Miguel Servet, sabe la verdad. Con impaciencia, visita a los mayores sabios de su tiempo; en Estraburgo, a Martín Bucer y a Capito, y en Basilea, a Decolampadius, para invitarlos precipitadamente a suprimir de la Iglesia evangélica el "errado" dogma de la Trinidad. Con facilidad puede pensarse el espanto de los dignos y maduros predicadores y profesores, cuando, de súbito, un imberbe estudiante español surge impensadamente en su casa, y, con los rudos modales de un temperamento violento e histérico, exige que echen a rodar al punto todas sus concepciones, y se liguen obedientes a su? radicales tesis. Como si el demonio en persona les hubiera enviado a su cuarto de estudio uno de sus hermanos infernales, hácense así cruces ante este no domado hereje. Decolampadius lo arroja de su casa como a un perro, y le llama "judío, turco, blasfemo y poseído del demonio"; Bucer lo saca a la vergüenza desde el pulpito como * ' un siervo del diablo, y Zwinglio previene públicamente en contra del "criminal español, cuya falsa y maligna doctrina quiere acabar con toda nuestra religión cristiana".

Pero lo mismo que el hidalgo manchego no se deja apartar de su errada vía con 'injurias y palos, tampoco este teológico paisano suyo quiere dejarse inmutar, en su lucha, con argumentos o repulsas. Si los directores no quieren comprenderle, ni los sabios y prudentes no quieren oírle en sus cuartos de estudio, entonces tiene que proseguir públicamente el combate. ¡ Que toda la cristiandad lea, en un libro, sus argumentos demostrativos! A los veintidós años, arrambla Servet con su último discurso y da su tesis a la imprenta en Hagenau. Ahora la tormenta contra él estalla abiertamente. Bucer declara, desde lo alto del sagrado pulpito, nada más ni nada menos sino que este criminal merece "que le sean arrancadas las entrañas de su cuerpo viviente", y en todo el ámbito del protestantismo, desde esta hora, pasa Servet por el predilecto legado del auténtico Satanás.

Naturalmente que para un hombre que hasta este punto se coloca en una posición provocadora contra todo el mundo, que al mismo tiempo tiene por errónea la doctrina de la Iglesia católica y la de la protestante, no hay ya ningún sitio tranquilo en todo el Occidente cristiano, ni casa ni hogar. Desde que Miguel Servet se hizo, con su libro, culpable de la "herejía arriana", el ser humano que lleva tal nombre es expulsado y perseguido como un animal salvaje. Una única

salvación puede todavía pensarse para él: desaparecer sin dejar huella, hacerse invisible e inencontrable, arrancar de sí su nombre, como un traje que arde; como Michel de Villenueve, regresa a Francia el proscrito, y se coloca como corrector, bajo tal seudónimo, en una imprenta de Lyon. Su fuerte capacidad para impregnarse, como aficionado de todas las cosas, encuentra también pronto en este terreno un nuevo estímulo y posibilidades polémicas. Con la corrección de la Geografía de Ptolomeo, desarróllase en Servet, de la noche a la mañana, el saber geográfico y dota a la obra de una extensa introducción. Con la revisión de libros médicos, dirígese de nuevo aquel inquieto espíritu hacia la Medicina, y, al cabo de poco tiempo, emprende, ya seriamente, el estudio del arte de curar; va a París para seguir perfeccionándose y trabaja con Vesalius, como preparador, en unas lecciones de Anatomía. Pero de nuevo, al igual que antes con la Teología, comienza el impaciente a querer enseñar y sobrepasar a todos los otros en esta nueva materia, sin haber llegado todavía hasta el final, y, probablemente, sin haber recibido tampoco el grado de doctor. Con osadía, anuncia en la Escuela de Medicina de París un curso sobre Matemáticas, Meteorología, Astronomía y Astrología; pero tal mezcla del estudio de los astros y del arte de curar, junto con ciertas prácticas de charlatanería, enojan a los médicos; Servet-Villanovus entra en conflicto con las autoridades, y, por último, es públicamente acusado ante el Parlamento de que comete groseros abusos con su Astrología, saber penado por las leyes divinas y terrenas. Otra vez se pone a salvo Servet, por medio de un rápido buceo, sólo con el objeto de que, en la investigación judicial, no sea descubierta su identidad con el tan buscado archihereje. De la noche a la mañana, el maestro Villanovus desaparece de París, lo mismo que antes el teólogo Servet *de* Alemania. En mucho tiempo no se oye ya nada más acerca de él. Y cuando vuelve a salir otra vez a flote, está ya provisto de otra máscara nueva: c quién podría tampoco sospechar que el nuevo médico del arzobispo Parelmier de Vienne, este piadoso católico que va a misa todos los domingos, es un proscrito archihereje y un charlatán condenado por el Parlamento? En todo caso, Michel de Villeneuve se abstiene muy sabiamente en Vienne de extender tesis heréticas. Se mantiene en un todo tranquilo y sin atraer la atención; visita y cura a mucha gente, gana dinero en abundancia, y, llenos de respeto, sin sospecha alguna, los valientes burgueses de Vienne lo saludan con el sombrero cuando el *docteur* Michel de Villeneuve, pasa por su lado lleno de dignidad y de española *grandezza:* ¡qué hombre noble, piadoso, humilde y sabio!

Pero, en realidad, el archihereje no está en modo alguno muerto en este hombre apasionado y ambicioso; en lo más profundo del alma de Miguel Servet, vive inconmovible el antiguo espíritu, inquieto e investigador. Siempre que una idea ha tomado posesión de un ser humano, lo domina hasta las últimas fibras de su pensar y de su sentir, y engendra en él, irresistiblemente, una fiebre íntima. Una idea viviente no quiere nunca existir dentro de un único mortal y perecer con él: quiere espacio y mundo y libertad. Por ello, para cada pensador llega siempre la hora en que la idea de su vida empuje de dentro afuera, como una espina en un dedo inflamado, como un niño en el vientre materno, como la fruta encerrada en su

cascara. Un hombre de la pasión y la conciencia de su valer, de un Servet, no puede, a la larga, sufrir el que sólo para él mismo hayan sido pensados los pensamientos de su vida; irresistiblemente, tiene que apetecer que todo el mundo llegue a pensar como él. Después como antes significa para él un cotidiano tormento de conciencia el considerar cómo los directores evangélicos, según su opinión, siguen proclamando, según falsos dogmas, el bautismo y la Trinidad; cómo el cristianismo está todavía manchado con estos errores "anticristianos". ¿No es deber suyo presentarse por fin en la palestra y apartar a todo el mundo al mensaje de la verdadera fe? De modo espantoso tienen que haber pesado sobre Servet estos años de forzado silencio. De una parte, le angustia la palabra no pronunciada; de otra, como proscrito y disfrazado, tiene que mantener apretados los labios. En esta penosa situación, intenta, por último, Servet — bien comprensible afán, — encontrar siquiera en la lejanía un pensamiento hermano con el cual poder mantener una discusión espiritual; ya que él, en su residencia, con nadie osa entenderse en el terreno espiritual, manifiesta con las palabras escritas en una carta sus convicciones teológicas.

De un modo fatal, es precisamente a Calvino a quien el deslumhrado pensador va a hacer objeto de su completa confianza. Precisamente con este radicalísimo y osadísimo renovador de la doctrina evangélica, anhela Servet ponerse de acuerdo para una interpretación de los Escritos Santos aun más severa y audaz: acaso con ello no haga más que renovar una antigua comunicación oral. Pues ya en los años universitarios, ambos coetáneos se encontraron una vez en París; pero sólo al cabo de los años, cuando ya Calvino es señor de Ginebra y Michel de Villeneuve ha llegado a ser médico del arzobispo de Vienne, reanúdase entre ambos, por mediación de un librero de Lyon, un cambio epistolar. La iniciativa parte de Servet. Con una insistencia que no puede ser rechazada, hasta con inoportunidad, dirígesela Calvino para adquirir el auxilio de este fortísimo teorizador de la Reforma en su combate contra el dogma de la Trinidad y le escribe carta tras carta. Al principio, Calvino sólo le contesta disuadiéndolo de un modo doctrinal; en la idea de su deber de instruir a los que yerran, y, como jefe de la Iglesia, volver a traer al redil a los descarriados, trata de hacer comprender a Servet sus errores; pero, por último, tanto le irrita la tesis herética como el tono arrogante y soberano con que Servet la expone. A un carácter hasta tal punto autoritario como el de Calvino, a quien ya la más mínima oposición, en la más minúscula pequeñez, le ataca a la bilis dirigirle frases como éstas: "Con frecuencia te hice comprender que vas por erróneo camino al aprobar la monstruosa diferencia de las tres esencias divinas", ya eso solo se llama excitar, del modo más peligroso a un peligrosísimo adversario. Pero cuando Servet, por último, envía al propio autor de fama universal un ejemplar de su *"Institutio religionis Christianae"*, en el cual, como un maestro de escuela con el ejercicio de un discípulo, ha anotado él, en las márgenes, las pretendidas faltas que el texto contiene, entonces es fácil imaginarse la disposición de ánimo con que el señor de Ginebra recibiría la arrogancia de este teólogo de afición: "Servet se arroja sobre mi libro y lo ensucia y babea como un perro que muerde una piedra y la lleva con los dientes de un lado a' otro", escribe Calvino despreciativamente a su amigo Farel. ¿Para qué perder el tiempo en discutir con semejante cabeza llena de embrollos? De un puntapié acaba con los argumentos de Servet. "No presto ya más atención a las palabras de este individuo

que al rebuzno de un asno *(le hin-han d'un áne)".*

Pero el desgraciado Don Quijote, en vez de advertir a tiempo bastante contra qué férrea coraza de orgullo y posesión de sí mismo, fustea él con su débil lanza, no cede en modo alguno. Precisamente a este hombre, uno y único que no quiere saber nada de él, anhela conquistarlo para sus ideas a cualquier precio que sea y no ceja en sus solicitudes; es, en realidad, según escribe Calvino, como si estuviera poseído por un "Satán". En lugar de defenderse de Calvino como del adversario más peligroso que pudiera imaginarse, llega hasta a enviarle, para su lectura, las pruebas de la aun no tirada obra teológica que prepara y en la cual, si el contenido tiene que indignar a Calvino, ¡qué no pasará con el título! Pues Servet denomina su escrito de confesiones *Christianismi Resttíutio,* para significar de modo bien visible, ante todo el mundo, que a la *Institutio* de Calvino tiene que serle contrapuesta una *Restitutio.* Llega ahora a ser demasiado enojoso para Calvino el patológico afán de proselitismo de este contradictor y su alocada insistencia. Expresamente, hácele comprender al librero Frellon, que hasta entonces ha servido de mediador en el cambio de correspondencia, que, en realidad, tiene cosas más apremiantes que hacer que perder su tiempo con tal hinchado loco. Pero al mismo tiempo le escribe a su amigo Farel — y estas palabras han de adquirir después una espantosa trascendencia: — "Servet me escribió hace poco tiempo y añadió a su carta un grueso volumen con las elucubraciones de su sesera, afirmando, con increíble petulancia, que había de leer en él cosas sorprendentes. Se declara dispuesto a venir aquí en cuanto yo lo desee. . . Pero no quiero decirle acerca de ello ni una sola palabra, pues si llegara a venir, lo que es yo, en cuanto todavía conservara alguna influencia sobre esta ciudad, no soportaría que volviera a salir vivo de ella".

No se sabe si Servet tuvo conocimiento por un tercero de esta amenaza de Calvino, o si (en alguna carta perdida) Calvino mismo le habrá prevenido acerca de ello: en todo caso, parece por fin haberle asaltado cierto recelo por haberse confiado a aquel odiador mortífero; por primera vez, se siente inquieto por haber enviado a Calvino, *"sub sigillo secreti",* aquel peligroso manuscrito, por saberlo entre las manos de un hombre que tan abiertamente manifiesta su hostilidad hacia él. "Como eres de opinión — escríbele espantado a Calvino, — de que soy un Satán para ti, pongo punto final. Devuélveme mi manuscrito y consérvate bueno. Pero si crees sinceramente que el Papa es el Anticristo, tienes también que estar convencido de que la Trinidad y el bautizo de los niños, que constituyen una parte de la doctrina pontificia, son un dogma demoníaco."

Pero Calvino se guarda de contestar, ni mucho menos piensa en enviar a Servet el acusador manuscrito. Cuidadosamente, como un arma peligrosa, conserva el herético escrito en un armario, para poder sacarlo en la hora que convenga. Pues, uno y otro saben, después de esta última y dura declaración, que va a comenzar un combate, y, con lúgubre presentimiento, escríbele Servet en aquellos días a un teólogo: "Es plenamente claro para mí que, a causa de estas cosas, está próxima para mí la muerte. Pero tal pensamiento no puede abatir mi valor. Como discípulo de Cristo, sigo las huellas de mi Maestro".

Es cosa arriesgada y peligrosa para la vida, todos lo han experimentado, Castalión, Servet y cien otros más, encontrarse en oposición con un pedante tan fanático como Calvino, aunque sólo sea por una única vez y en un punto accesorio de su doctrina. Pues el odio de Calvino, como todo en su carácter, es rígido y metódico; no a modo de una llamarada de cólera que brota rudamente y vuelve a extinguirse por sí misma, como las explosiones atroces de un Lutero y el palurdismo de Farel. Su odio es un resentimiento, duro, agudo y cortante como bronce; no procede, como el de Lutero, de la sangre, del temperamento, de acaloramiento o de la bilis: el rencor de Calvino, fiero y frío, viene del cerebro y su odio posee una memoria espantosamente feliz. Calvino no olvida jamás ninguna cosa ni a nadie, — *"quand, U a le dent contre quelqu'un ce ríest jamáis fait"*, dice de él el pastor de la Mare, — y un nombre, una vez que queda escrito dentro de él con su aguda garra, nunca es borrado después antes que el hombre mismo lo haya sido del libro de la vida. De este modo, tampoco influyeron cosa alguna todos los años durante los cuales Calvino no oyó absolutamente nada de Servet: no por eso le ha olvidado. Calladamente conserva en la alacena las cartas comprometedoras; en su carcaj, la flechas; en su alma, dura y despiadada, el antiguo e inmodificable odio.

En realidad, durante este largo plazo, Servet se mantiene en apariencia plenamente tranquilo. Ha cesado de tratar de convencer al que nada puede aprender; toda su pasión se dirige ahora hacia la obra. Con una abnegación silenciosa y verdaderamente conmovedora, el médico del arzobispo sigue trabajando en secreto en su *Restitutio,* obra que, según el autor espera, debe sobrepasar mucho en veracidad a la Reforma de Calvino, Lutero y Zwinglio y rescatar al mundo para el verdadero cristianismo. Pues en manera alguna fue jamás Servet aquel "ciclópeo despreciador del Evangelio", título que después trata de imprimir en él Calvino, ni tampoco el audaz libre pensador y ateo que a veces es celebrado hoy. Siempre permaneció Servet dentro del ámbito de lo religioso, y la invocación del prólogo de su libro testimonia hasta qué punto se siente el autor a sí mismo como piadoso cristiano, que tiene que poner en peligro su vida por su fe en lo divino. "¡Oh Jesucristo, hijo de Dios, que nos has sido dado por el cielo, revélate por ti mismo a tu siervo a fin de que pueda ser clara para nosotros, de manera verosímil, tan gran revelación! Son tus asuntos lo que yo, siguiendo internamente un divino impulso, me propongo defender. Ya antes, hice una primera tentativa; ahora me veo otra vez obligado a ello, ya que en verdad están cumplidos los tiempos. ¡Tú nos has enseñado a no encubrir nuestra luz! ¡Ay de mí, pues, si no anunciara la verdad!"

El que Servet tiene plena conciencia del peligro que conjura contra sí con la publicación de su libro, lo atestiguan, fuera de esto, las especiales medidas precautorias, que toma en la impresión. Pues ¡ qué monstruosa osadía, como médico del arzobispo, hacer imprimir, en una pequeña ciudad charlatana, una gruesa obra herética de setecientas páginas! No sólo el autor, sino también el corrector y todos los impresores se juegan la vida en tan loca empresa. Pero con gusto sacrifica Servet todos los haberes adquiridos trabajosamente en muchos años de actividad médica, sobornando a los indecisos trabajadores para que impriman en secreto su obra, a pesar

de la Inquisición. Por precaución, además, la prensa de imprimir es llevada, desde la auténtica imprenta, a una casa apartada que el propio Servet alquiló para este objeto. Ahora, gentes de fiar, que se han obligado entre sí a guardar secreto bajo juramento, trabajan allí en el libro herético de la manera que menos llame la atención, y bien se comprende que en la obra terminada quedará suprimida toda indicación de lugar de impresión y sitio de publicación. Sólo en la última página, de un modo fatal, hace estampar Servet, encima del año de la publicación, las traidoras iniciales M. S. V. (Michael Servet Villanovus) y suministra con ello a los sabuesos de la Inquisición un irrefutable testimonio de que él es el autor.

Pero Servet no precisa, en modo alguno, hacerse traición a sí mismo; de eso cuida ya el odio de su implacable adversario, en apariencia adormecido, pero que en realidad acecha con agudas miradas. La magnífica organización de espionaje y vigilancia que Calvino organizó en Ginebra de un modo cada vez más metódico y de mallas más cerradas, extiende también su acción a los países próximos y actúa en Francia hasta de manera más precisa que la Inquisición pontificia allí establecida. Aun no ha aparecido realmente la obra de Servet; aun están empaquetados en Lyon casi todo el millar de volúmenes o rueda, sin desatar, en los carros de libros que van a la feria de Francfort; aun el mismo Servet se ha desprendido de tan escasos ejemplares, que, hasta el día de hoy, en total, no se han conservado más de tres, cuando, sin embargo, Calvino tiene ya uno entre sus manos. Y, al instante, procede a aniquilar de un solo golpe a los dos: al hereje y a su obra.

Esta primera tentativa de Calvino (poco conocida) para deshacerse de Servet es, en realidad, a causa de su astucia, aún más repugnante que el posterior asesinato en la plaza del mercado de Champel. Pues si Calvino, después del recibo del libro juzgado por él como archiherético, quisiera hacer caer a su adversario en manos de las autoridades eclesiásticas, habría tenido para ello un camino franco y honrado. Sólo necesitaba prevenir a la cristiandad, desde el pulpito, acerca de ese libro, y ya la Inquisición católica, dentro de breve plazo, habría descubierto por sí misma al autor a la sombra de un palacio arzobispal. Pero el jefe de la Reforma le ahorra al Santo Oficio papal el trabajo de hacer la investigación, y, a la verdad, del modo más pérfido. En vano es que los panegiristas de Calvino procuraran defenderlo aún en este punto oscurísimo, porque desconocen y decoloran, con ello, hasta en lo más profundo, su carácter: Calvino, que¿ indudablemente, en lo personal, es un hombre lleno del más sincero celo y de la más pura voluntad religiosa, pierde al instante todos sus escrúpulos en el momento en que se trata de su dogma, en que se trata de su "causa". En favor de su doctrina, de su partido (y en este punto su oposición con Ignacio de Loyola se convierte en identidad) está al instante dispuesto a aprobar todo procedimiento con tal de que parezca eficaz. No bien el libro de Servet se encuentra en mano de Calvino, cuando, inmediatamente, ya el 16 de febrero de 1553, uno de sus más próximos amigos, un protestante emigrado llamado Guillaume de Trye, escribe desde Ginebra una carta a Francia, a su primo Antoine Arneys, que ha seguido siendo tan fanático

católico como de Trye ha llegado a serlo protestante. En esta carta celebra primero en general de Trye el modo excelente cómo la protestante Ginebra suprime toda maquinación herética, mientras que en la católica Francia se desarrolla lozanamente esta mala yerba. Pero, de súbito, la amistosa parlería se trueca en seriamente peligrosa: allí, en Francia, escribe de Trye, reside ahora, por ejemplo, cierto hereje que merece ser quemado donde quiera que se le pueda echar mano *("qui mérite míen d'étre brulé partout ou il sera").*

Siéntese aquí un involuntario espanto. Pues tal frase rima ya de modo peligroso con el antiguo anuncio de Calvino de que si Servet llegara a pisar Ginebra ya cuidaría él de que no saliera vivo de la ciudad. Pero de Trye, el auxiliar de Calvino, llega aún a hablar en forma más paladina. Especifica luego, con toda claridad: "Trátase de un español aragonés que se llama Michael Servet, pero que se hace llamar Michel de Villenueve, y que ejerce la profesión de médico" y consigna inmediatamente el título impreso en la portada del libro de Servet, su índice, lo mismo que el texto de las cuatro primeras páginas. Después, con un piadoso suspiro por los pecados del mundo, envía su mortífera carta.

Esta bomba de Ginebra está dispuesta con tal arte, que no debe hacer en seguida explosión sino sólo en su debido lugar. Todo ocurre exactamente tal como el delator lo había calculado. El piadoso católico Arneys, completamente fuera de sí, corre, agitando el escrito, en demanda de las autoridades eclesiásticas de Lyon; el cardenal convoca con la mayor prisa al inquisidor pontificio Fierre Ory. Con funesta celeridad, pónese en movimiento la rueda impulsada por Calvino. El 27 de febrero partió de Ginebra la denuncia; el 16 de marzo, Michel de Villenueve es ya emplazado en Vienne.

Pero — amargo desengaño para los conspiradores de Ginebra — la bomba, hecha con todas las reglas del arte, no produce explosión. Cualquier mano benévola tiene que haber cortado la mecha. Probablemente, el arzobispo de Vienne, en propia persona, le había hecho a tiempo bastante a su médico alguna preciosa indicación para que se cubriera. Pues cuando el inquisidor aparece en Vienne, la prensa, de modo mágico, ha desaparecido ya del lugar de la impresión; los obreros declaran bajo juramento que jamás han impreso un libro de esa especie, y el altamente apreciado médico Villanovus rechaza con enojo toda identidad con Miguel

Servet. *De* modo asombroso, la Inquisición se da ya por satisfecha con esta simple protesta, y esta sorprendente benignidad fortalece las sospechas de que alguna poderosa mano tiene que haber protegido entonces a Servet. El tribunal, que generalmente interroga con empulgueras y cabrestantes, contentase con dejar en libertad a Villeneuve; el inquisidor se vuelve a Lyon sin haber procedido en el asunto y allí le es comunicado a Arneys que, por desgracia, los informes que ha portado no han sido suficientes para una acusación. Parece fracasada la jugada de Ginebra de librarse de Servet por el rodeo de la Inquisición católica. Y probablemente, todo el oscuro asunto se habría sumido en la arena, si, por segunda vez, no se dirigiera Arneys a Ginebra para pedirle a su primo de Trye nuevos y más solidos testimonios.

Hasta este momento podríamos aún haber admitido, llevando hasta lo más extremo la indulgencia, que en realidad de Trye sólo procedió por puro celo religioso al informar a su primo católico acerca del autor de la *Restituíio,* ajeno a él personalmente, y que ni él ni Calvino habían sospechado siquiera que su decencia personal a las autoridades pontificias podía trascender más allá. Pero ahora que la máquina de la justicia está ya en movimiento y el grupo de Ginebra tiene que saber con exactitud que, no por su propia curiosidad, sino por encargo de la Inquisición, se dirige a ellos Arneys en demanda de posteriores informes, no podían estar ya a oscuras acerca de cuál poder era aquel al que, en realidad, venían favoreciendo. Según todas las humanas previsiones, un clérigo de la Iglesia evangélica tendría ahora que retroceder, espantado de prestar servicios de delación a aquellas autoridades, que, precisamente entonces, habían otra vez tostado a fuego lento a algunos amigos de Calvino y, con razón, después, ha de arrojar Servet al rostro de Calvino la pregunta de "si no es sabido por él que la función de un servidor del Evangelio no es la de convertirse en delator oficial y tender asechanzas a un ser humano, aprovechándose de su cargo".

Pero cuando se trata de su doctrina — una y otra vez es necesario volver a decirlo —, pierde Calvino toda mesura moral y todo humano sentimiento. Hay que deshacerse de Servet, y, por el momento, es del todo indiferente a este fiero odiador con qué armas y de qué manera ello sea hecho. En realidad, la empresa se llevó a efecto del modo más ruin y más vergonzoso posibles. Pues la nueva carta que de Trye, — indudablemente bajo dictado de Calvino —, dirige a su primo Arneys, es una obra maestra de hipocresía. De Trye se muestra primero muy sorprendido de que su primo haya hecho llegar su epístola a la Inquisición. La comunicación no había sido hecha más que para él sólo de un modo totalmente personal, *"privément á vous seul"*. "Mi propósito no era otro sino el de demostrar simplemente de qué clase es el hermoso celo por la fe que poseen aquellos que se llaman pilares de la Iglesia". Pero ahora, ya que sabe que será alzada una pira, en vez de abstenerse de todo posterior envío de materiales acusatorios a la Inquisición católica, declara, alzando piadosamente los ojos, que, ya que ha ocurrido semejante error, ello ha sido sin duda porque cristiandad sea purificada de tal basura y tal peste "Dios lo ha querido para bien de todos, a fin de que la mortífera". E inmediatamente prodúcese lo increíble: después de esta pésima tentativa de inmiscuir a Dios en este asunto de humano odio,

o, más bien, de odio inhumano, el convencido protestante preséntale a la Inquisición católica todo el imaginable material probatorio capaz de asesinar, es decir, cartas de la propia letra de Servet y una parte del manuscrito de su obra. Ahora el juez de los herejes puede comenzar rápida y cómodamente su trabajo.

¿Cartas de la propia mano de Servet? Pero, ¿cómo y por dónde puede Trye, a quien Servet no escribió jamás, haberse proporcionado tales cartas de su propia mano? Ahora no es ya posible ningún disimulo más: Calvino tiene que salir del escondrijo en que tan cuidadosamente quería ocultarse en este oscuro asunto. Pues, naturalmente, tales cartas son las dirigidas a Calvino y la parte del manuscrito de la obra que le había sido enviada, y Calvino — esto es lo decisivo — sabe perfectamente bien para qué saca de su alacena esos papeles. Sabe a quién han de ser entregadas estas cartas: a los mismos "papistas" a quienes a diario, desde el pulpito, llama siervos de Satán y que martirizan y queman a sus propios discípulos. Y sabe, con exactitud, para qué objeto necesita el gran inquisidor las cartas con tanta insistencia demandadas: con el de llevar a Servet a la hoguera.

Es, pues, en vano, por lo tanto, el que después, con la sensación clarísima de una interna injusticia, trate de oscurecer este patente hecho, al escribir sofísticamente: "Corre el rumor de que motivé yo el que Servet hubiera sido hecho prisionero por la Inquisición pontificia, y algunos dicen que no habría procedido yo honradamente si hubiera entregado al enemigo mortal de la fe y arrojádolo a la venganza de los lobos. Pero yo os pregunto: ¿de qué manera hubiera podido yo, súbitamente, ponerme en relación con los satélites del Papa? Porque es poco creíble que tuviéramos trato unos con otros, y que, con aquellos que se alzan frente a mí, como Belial frente a Cristo, estuviera yo reunido en un complot". Pero esta tentativa para el encubrimiento de un hecho enojoso es bien poco hábil; pues cuando Calvino pregunta "de qué modo hubiera podido ponerse en relación con los satélites del Papa , los documentos dan una abrumadora y clara respuesta diciendo que por el camino directo que pasaba a través de su amigo de Trye, el cual, por lo demás, en su carta a Arneys, confiesa con toda ingenuidad la colaboración de Calvino: "Tengo que reconocer que me costó mucho trabajo obtener las piezas que incluyo de manos del señor Calvino. No porque no sea de opinión de que tales deshonrosas ofensas de Dios deban quedar sin castigo, sino porque, en lo que afecta a su persona, considera como deber suyo convencer con la doctrina a los herejes y no perseguirlos con la espada de la justicia". De modo en extremo vano (manifiestamente según dictado del propio Calvino), trata el torpe corresponsal de apartar todas las culpas del auténtico culpable, al decir: "Pero estreché de tal modo al señor Calvino y de manera tan convincente le hice comprender que, si no me ayudaba, caería sobre mí el reproche de haber hablado ligeramente y sin fundamento, que, por último, acabó por poner a mi disposición el material que acompaño". Los hechos documéntanos hablan aquí de un modo cruel e irrebatible: con resistencia o sin ella, el hecho es que Calvino proporcionó a los "satélites del Papa" las cartas que Servet le había dirigido particularmente. Sólo con su consciente colaboración era posible que de Tyre enviara a Arneys — en realidad, a la Inquisición del Papa — el mortífero material acusatorio y que pudiera cerrar su

escrito con este claro testimonio: "Creo haberle proveído de buenos documentos y que ya no existe dificultad alguna para que se apoderen de Servet y le instruyan proceso".
Hay noticias de que el cardenal de Tournon y el gran maestre Ory, al recibir importunamente estos valiosos testimonios contra el hereje Servet, gracias a la gentil diligencia de su mortal enemigo el archiereje Calvino, prorrumpieron al principio en estrepitosas carcajadas, y puede comprenderse perfectamente el buen humor de los príncipes de la Iglesia; pues, de modo harto torpe, el estilo santurrón de Trye disimula la mácula que cae sobre Calvino, al decir que sólo por bondad, dulzura y amistad hacia él, entregó el heresiarca de Ginebra tales documentos, siendo así que, a pesar de cuanto de Trye disimula, a pesar de cuanto finge y a pesar de cuanto inventa, lo que aparece claro es que, del modo más amable, el jefe del protestantismo quiere colaborar en la quema de un hereje con ellos, precisamente con ellos, los inquisidores romanos. Tales atenciones y complacencias no eran generalmente usadas entre ambas religiones que se combatían a sangre y fuego, con patíbulos y tormentos, en todos los países del globo terráqueo. Pero al instante, después de este momento de divertida sedación, los inquisidores proceden enérgicamente en su tan grave asunto. Servet es detenido, puesto en la cárcel y estrechamente interrogado. Las cartas aportadas por Calvino forman una prueba tan deslumbradora y aniquilante que el acusado no puede negar ya la identidad de Michel de Villenueve con Miguel Servet y la paternidad del libro. Su causa está perdida. Pronto será encendida en Vienne la hoguera.
Pero, por segunda vez, resulta prematura la violenta esperanza de Calvino de que sus archienemigos lo librarían de su archienemigo. Pues o Servet, el cual desde hace años es altamente apreciado en la región como médico, habrá tenido auxiliares especialmente buenos, o — lo que es aún más verosímil, — las autoridades eclesiásticas, precisamente porque insista Calvino de un modo tan inaudito en llevar al palo a aquel hombre, se habrán dado el gusto de prenderlo algo descuidadamente. (Es preferible, piensan quizá, dejar escapar a un insignificante hereje que serle agradable al mil veces más peligroso propagandista y organizador de todas las herejías, a *Maítre* Calvino de Ginebra). El caso es que la guardia de Servet sigue siendo sorprendentemente descuidada. Mientras que, en general, los herejes son encerrados en estrechos calabozos y presos a la pared con cadenas de hierro, a Servet, de un modo totalmente desacostumbrado, se le permite que dé un diario paseo por el jardín, para respirar el aire libre. Y el 7 de abril, después de uno de tales paseos, Servet ha desaparecido; el jefe de la cárcel no encuentra ya más que su bata de casa y la escalera con la cual pasó por encima de la pared del huerto; en vez del hombre vivo, es quemado simplemente su retrato y cinco fardos de ejemplares de la *Restitutio*, en la plaza del mercado de Vienne. De modo lamentable fracasó el plan ginebrino de hacer matar alevosamente a su adversario personal y espiritual, por medio del ajeno fanatismo, mientras uno mismo conserva limpias las manos. Con ellas empapadas en sangre y herido por el odio de todos los humanos, tendrá el mismo Calvino que responder de sus culpas cuando, más adelante, seguiendo en su furor contra Servet, exclusivamente a causa de sus opiniones, haga que realice un hombre el tránsito de la vida a la muerte.

EL ASESINATO DE SERVET

DESPUÉS de su fuga de la prisión, Servet sigue desaparecido, sin dejar huella de sí, durante algunos meses. Jamás podrá ser imaginado ni expresado por nadie qué espantos habrá soportado el alma del perseguido hasta aquel día del mes de agosto, en el cual, en un caballo de alquiler, penetra en el lugar del mundo más peligroso para él, en Ginebra, y se hospeda en la Posada de la Rosa.

Tampoco el motivo por el cual este hombre, *"malis auspiciis appulsus"*, como dice después el propio Calvino, este hombre enlazado con una mala estrella, va a buscar refugio precisamente a Ginebra, es cosa que no será aclarada jamás. ¿Pensó realmente en no pasar aquí más que una sola noche, para continuar su fuga al día siguiente, atravesando el lago en una barca? c Esperaba convencer mejor a su archienemigo con una exposición oral que por medio de cartas? ¿O su viaje a Ginebra no era acaso más que uno de esos actos sin sentido de unos nervios sobreexcitados, ese placer, diabólicamente dulce y abrasador de jugar con el peligro, que, a veces, acomete a los humanos, justamente en su última desesperación? No se sabe, no se sabrá nunca. Todos los interrogatorios y protocolos no aclaran el verdadero secreto de por qué Servet busca refugio en Ginebra, precisamente en Ginebra, donde sólo tiene que esperar de Calvino lo más desaforado.

Pero aun más allá arrastra al desdichado su erróneo y provocativo valor. Apenas llegado a Ginebra, dirígese Servet a la iglesia, donde, como es domingo, está reunida toda la congregación calvinista, y, error tras error, entre todas las iglesias ginebrinas aquella a la que se dirige es precisamente a la de San Pedro, donde predica Calvino, el único hombre que, desde aquellos remotos días de París, conoce su semblante. Se dan aquí unos fenómenos de hipnotismo que se resisten *a* toda lógica interpretación: ¿busca la serpiente la mirada de su víctima o busca más bien la víctima la mirada de acero, espantosa y fascinadora, del sacrificador ? En todo caso tiene que haber sido un impulso fatal lo que lanzó a Servet al encuentro de su destino.

Pues, de modo inevitable, en una ciudad donde cada cual está oficialmente encargado de vigilar a los otros, un extranjero atrae hacia sí todas las miradas curiosas; Calvino, en medio de su piadoso rebaño, reconoce al lobo viajero y da inmediata orden a sus alguaciles para que lo hagan prisionero al abandonar la iglesia. Una hora después, Servet yace entre cadenas.

Esta detención de Servet es, naturalmente, un paladino quebrantamiento de toda ley jurídica, una grosera infracción del sagrado derecho de hospitalidad y del derecho de gentes de todos los países; Servet es un extranjero, un español; viene entonces por primera vez a Ginebra; no puede, por lo tanto, haber cometído jamás allí delito

alguno que requiera prisión. Los libros compuestos por él fueron impresos todos ellos en el extranjero, y, por lo tanto, nadie puede haber sido convertido en rebelde, ninguna alma piadosa dañada en Ginebra con sus heréticos puntos de vista. Fuera de ello, a un "predicador de la palabra divina", a una personalidad eclesiástica, no le asiste ningún género de potestad, sin haber obtenido antes una resolución judicial, para poner en prisión a nadie y cargarlo de cadenas dentro de la jurisdicción de la ciudad de Ginebra: desde cualquier aspecto que se le considere, el ataque por sorpresa de Calvino a Servet constituye un acto de arbitrariedad dictatorial, de un alcance universal, comparable, en su franco desprecio de todas las prescripciones y convenios, con la prisión imprevista y asesinato del duque de Enghien ordenados por Napoleón; también aquí con una privación de libertad contraria a todo derecho, comienza no un proceso regular contra Servet, sino un violento y despiadado modo de deshacerse de él.

Sin anterior acusación, es aprisionado Servet y arrojado a la cárcel; por lo tanto, siquiera ahora, con posterioridad, tiene que serle elaborada una culpabilidad. Sería lógico que el hombre que tiene sobre su conciencia este encarcelamiento, *me auctore*, "a instancias mías", reconoce el propio Calvino, se presentara también como acusador de Servet. Pero según la ley ginebrina, realmente ejemplar, todo ciudadano que culpa a algún otro de un delito tiene que constituirse en prisión al mismo tiempo que el acusado y permanecer allí hasta que se demuestre que su acusación era *cosa* capaz de ser probada. Por lo tanto, para inculpar legamente a Servet, tendría Calvino que ponerse a disposición del tribunal. Para acomodarse a seguir un procedimiento tan penoso, imagínase Calvino que su persona está a demasiada altura, como teocrático soberano de Ginebra: pues ¿y si el consejo reconociera la inocencia de hecho de Servet y él mismo, como acusador, tuviera que quedarse en la prisión? ¡Qué catástrofe para su dignidad, qué triunfo para su adversario! Por ello, prefiere Calvino, diplomático como siempre, adjudicar a su secretario, Nicolaus de la Fontaine, el desagradable papel de acusador; y en realidad, su secretario, bravo y silencioso, se deja llevar a la prisión en vez de Calvino, después de haber dirigido a ¡a autoridad la acusación contra Servet — claro que redactada por Calvino, — y que consta de veintitrés puntos: una comedia sirve de introducción a esta furibunda tragedia. En todo caso, ahora, después del manifiesto quebrantamiento del derecho, vuelve a haber, siquiera en lo exterior, una apariencia de procedimiento legal. Por primera vez es sometido Servet a un interrogatorio, y, en una serie de párrafos, le son comunicadas las diversas inculpaciones de su acusador. A estas preguntas y cargos responde Servet con serenidad y prudencia; su energía no está todavía quebrantada por la prisión, sus nervios se encuentran intactos. Punto tras punto, rechaza las inculpaciones y responde, por ejemplo, al reproche de que, en sus escritos, ha atacado a la persona del señor Calvino, que esto es una inversión, del orden de los hechos, pues primeramente Calvino le atacó a él, y, solo como consecuencia, él, por su parte, probó, en algunos razonamientos, que tampoco era infalible Calvino. Si éste le acusa de que él, Servet, se mantiene rudamente asido a diversas tesis, del mismo modo también él puede acusar a Calvino de igual

obstinación. Sólo se trata, entre Calyino y él, de una divergencia de opiniones teológicas que no pueden ser resueltas ante ningún tribunal secular, y si, a pesar de ello, Calvino lo hizo encarcelar, esto no fue más que un acto de venganza' absolutamente personal. ..Ningún otro, si no el jefe del protestantismo, lo denunció anteriormente a la Inquisición católica y le habría agradado mucho a este predicador de la palabra de Dios que el aborrecido teólogo Servet hubiera estado ya quemado desde mucho antes.

Esta posición de Servet, en su solidez jurídica, es de tal modo inatacable, que ya la opinión del consejo se inclina mucho en su favor y probablemente se habrían contentado con la simple expulsión de Servet del país. Pero, por cualquier indicio, tiene que haber advertido Calvino que la situación no es desfavorable para Servet, y que, al final, todavía podrá escapársele su víctima. Pues el 1 7 de agosto se presenta de repente ante el consejo y pone inesperadamente término a su aparente falta de interés. Clara y francamente descubre ahora su juego; no niega ya por más tiempo que sea él el auténtico acusador de Servet y requiere del Consejo que le sea permitido, de entonces en adelante, participar en los interrogatorios bajo pretexto "de que puedan serle mejor probados al acusado sus errores"; en realidad, naturalmente, con el propósito de impedir, mediante el empleo de toda su fuerza moral, la liberación de la víctima que amenaza producirse.

Desde el momento en que Calvino se ha introducido, soberanamente, entre el acusado y sus jueces, empeora gravemente la causa de Servet. El hábil razonador y docto jurista Calvino sabe dirigir los ataques de modo distinto al secretarillo la Fontaine, y, en la misma medida en que el acusador muestra su fortaleza, debilítase la seguridad en el acusado. El excitable español pierde a ojos vistas la tranquilidad de sus nervios tan pronto como ve a su acusador y mortal enemigo sentado entre sus jueces, enunciando cada una de sus preguntas, fría, severa, y con fingida apariencia de absoluta objetividad; pero Servet siente que hasta los tuétanos está férreamente decidido a cogerlo y agarrotarlo con cada una de tales preguntas. Un dañino ardor belicoso, una amarga cólera, apodérase del indefenso; en vez de perseverar tranquilamente y sin nerviosidades en un seguro punto de vista jurídico, se deja arrastrar por las preguntas capciosas de Calvino al resbaladizo terreno de las discusiones teológicas y se perjudica a sí mismo con su férrea pedantería ergotista. Pues cualquier afirmación aislada, como, por ejemplo, aquella de que también el diablo es una parte de la sustancia divina, basta ya plenamente para hacer que un escalofrío de horror recorra las espaldas de los piadosos consejeros. Pero, una vez excitado en él su orgullo filosófico, expláyase Servet, sin reserva alguna, acerca de los más espinosos y sutiles artículos de la fe, como si aquellos señores del Consejo fueran doctos teólogos ante los cuales le fuera lícito discutir la verdad sin preocupación alguna. Mas justamente este mismo furor de hablar y ansia apasionada de discutir, hacen a Servet sospechoso ante sus jueces: de modo cada vez más manifiesto comienzan a inclinarse al punto de vista de Calvino de que este extranjero que perora contra el maestro de su iglesia, con ojos llameantes y apretados puños, tiene

que ser un perturbador peligroso de la paz eclesiástica, y, de modo extremadamente probable, un hereje sin posible redención; pero, en todo caso, es prudente iniciar contra él una investigación a fondo. Deciden mantenerlo en prisión, y, por el contrario, poner en libertad a su acusador Nicolaus de la Fontaine. Impuso su voluntad Calvino y le escribe alegremente a un amigo: "Espero que será condenado a muerte'.

¿Por qué desea con tanta insistencia Calvino que sea condenado a muerte Servet? ¿Por qué no se contenta con el triunfo más modesto de saber que su contradictor es simplemente expulsado del país, o, en general, despachado de modo afrentoso? Involuntariamente, se abandona uno aquí primero a la impresión de que Calvino satisface un odio puramente privado y personal. Pero, a la verdad, Calvino no odia a Servet en un grado mayor que a Castalión y a todos los otros que se rebelan contra su autoridad: el odio incondicional contra todo aquel que se atreva a enseñar la verdad de modo distinto a como lo hace él mismo es un sentimiento en absoluto instintivo dentro de su tiránico carácter. Pero el que precisamente sea al tratarse de Servet y precisamente" en aquellos momentos cuando trata de seguir adelante, manejando el tajo, más afilado que es capaz de emplear él, no depende de razones privadas, sino de su fuerza política; el rebelde contra su autoridad, Miguel Servet, debe pagar en vez de otro adversario de su ortodoxia, en lugar del antiguo fraile dominico Hieronimus Bolsee a quien también quiso atrapar con las tenadas *de* agarrar herejes y que de la manera más enojosa se le escapó de entre las manos. Este Hieronimus Bolsee, que, como médico de las familias más distinguidas, gozaba en Ginebra de consideración general, había atacado públicamente el punto más débil y discutible de la doctrina calvinista, su rígida fe en la predestinación, con argumentos análogos a aquellos con los que Erasmo, al razonar contra Lutero sobre la misma cuestión, había declarado absurdo el pensamiento de que Dios, como principio de todo bien, pudiera, con conocimiento y voluntad, destinar e impulsar a los hombres a sus crímenes más ruines. Es sabido con qué escasa gentileza acogió Lutero las objeciones de Erasmo, qué carretadas de injurias y basuras descargó este maestro de groserías sobre el viejo y sabio humanista. Pero, aunque colérico, ordinario y violento, siempre respondió Lutero a Erasmo en forma de una oposición espiritual, y ni remotamente se le ocurrió la idea de acusar al punto a Erasmo ante un tribunal del Estado, porque contradecía la doctrina de la predestinación. Mas Calvino, en su delirio de infalibilidad, considera ya implícitamente como un hereje a cada contradictor; una oposición contra su doctrina de la Iglesia, significa ya, para él, lo mismo que un crimen de Estado. Por tanto, en lugar de contestar a Hieronimus Bolsee como teólogo, hace inmediatamente que lo arrojen a una prisión.

Pero, de modo inesperado, en Hieronymus Bolsee debía fracasar de la manera más lamentable la ejemplaridad de la intimidación. Pues demasiada gente en Ginebra conocía a este sabio médico como a un hombre temeroso de Dios, y, exactamente lo mismo que en el caso de Castalión, produjose la sospecha de que Calvino sólo quería librarse de un hombre que pensaba por su cuenta y no era plenamente servil, para quedarse en Ginebra como uno y único. La canción de queja compuesta por Bolsee en la prisión, en la que exponía su inocencia, circulaba de mano en mano en forma de

copias, y, por muy violentamente que Calvino acosara a las autoridades municipales, los consejeros no osaban pronunciar la exigida sentencia de herejía. Para apartar de sí la penosa resolución, se declararon incompetentes en cuestiones eclesiásticas; se negaron a hacer recaer sentencia, porque aquel asunto teológico excedía *a su* capacidad de juzgar. Primeramente, en este difícil asunto, tuvieron que obtener un dictamen legítimo de las otras iglesias territoriales de Suiza. Y con esta consulta, quedó a salvo Bolsee, pues las iglesias reformadas de Zurich, de Berna y Basilea, rechazaron, por unanimidad, que en las manifestaciones de Bolsee pudiera verse la expresión de una opinión blasfematoria. De este modo, el Consejo pronunció la absolución ; Calvino tuvo que renunciar a su víctima y contentarse con que Bolsee, por deseo del municipio, desapareciera de la ciudad.

Esta manifiesta derrota de su autoridad teológica sólo puede ser puesta en olvido con un nuevo proceso de herejía. Servet tiene que pagar por Bolsee, y, en esta nueva tentativa, las probabilidades de Calvino son inmensamente favorables. Pues Servet es un extranjero, un español; no tiene, como Castalión y como Bolsee, amigos, admiradores y auxiliares en Ginebra; aparte de ello, hace ya años que es odiado por toda la clerecía reformada a causa de sus descarados ataques a la Trinidad y su proceder desafiador. Utilizando uno de tales individuos aislados, que no tienen a nadie que les cubra las espaldas, puede, con facilidad mucha mayor, ser estatuido el ejemplo de intimidación desde el primer instante; por ello, este proceso había sido por completo político: para Calvino un problema de poder, una demostración de capacidad, la demostración decisiva de la capacidad de su voluntad de ejercer una dictadura espiritual. Si Calvino no hubiera querido otra cosa sino deshacerse simplemente del adversario privado y teológico, ¡con qué facilidad se lo habrían dado hecho las circunstancias! Pues apenas está comenzando el proceso ginebrino, cuando aparece ya un emisario de la justicia francesa para pedir la entrega del fugitivo, condenado en Francia, para llevarlo a Vienne, donde le espera la hoguera. ¡ Qué ocasión única para Calvino de fingirse magnánimo, y, sin embargo, deshacerse del odiado contradictor! El Consejo de Ginebra no necesita más que aprobar la extradición, y el enojoso asunto de Servet quedaría terminado para Ginebra. Pero Calvino impide la entrega. Para él, Servet no es un viviente ser humano, no es un sujeto, sino, ante todo, un objeto con el cual quiere demostrar, palpablemente, ante el mundo, la intangibilidad de su propia doctrina. Sin entrar a juzgar el asunto, es despachado el emisario de las autoridades francesas; con la jurisdicción de su propio poder, quiere el dictador del protestantismo desenvolver y terminar este proceso para elevar a ley del Estado el que arriesga su vida todo aquel que intente contradecirle.

El que Calvino, en el caso de Servet, únicamente busca una demostración política de su poder, lo advierten prontamente en Ginebra tanto sus amigos como sus enemigos. Nada más natural, por ello, como el que todos éstos intenten estropearle a Calvino esta demostración de ejemplaridad. Bien se comprende que para estos políticos no se trata en lo más mínimo de la persona de Servet; tampoco para ellos es otra cosa el desgraciado sino una pelota, un objeto de experimentos, una pequeña palanca para remover lateralmente el poder del dictador, y, en lo íntimo, les es del todo

igual el que, en esta tentativa, les quede rota la herramienta entre las manos. En realidad, estos peligrosos amigos de Servet le prestan el peor de los servicios, al levantar con falsos rumores la vacilante conciencia de sí mismo de aquel ser histérico, y al enviarle secretos mensajes a la prisión, para que oponga a Calvino una muy decidida resistencia. En su interés no está otra cosa sino el que el proceso, en todo lo posible, se desarrolle de un modo llamativo y sensacional: cuanto más enérgicamente se defienda Servet, cuanto más rabiosamente ataque al odiado adversario, será tanto mejor.

Pero, por fatalidad, aun sin eso, no *se* necesita ya mucho para hacer todavía más irreflexivo al ya por sí mismo irreflexivo. La larga y cruel prisión hace ya mucho tiempo que hizo su cruel labor para impulsar al exaltado a una situación de irrefrenado furor, pues Servet es tratado en la prisión (y Calvino tiene que saberlo) con una consciente y refinada dureza. Desde hace semanas, mantienen a aquel hombre enfermo, nervioso e histérico, que se siente por completo inocente, cautivo en una calabozo, húmedo y glacial, con cadenas en pies y manos, como un asesino. Podridas cuelgan de *su* helado cuerpo las piezas del traje, a pesar del cual no se le concede ninguna camisa limpia; los más elementales mandamientos de la limpieza son desatendidos; a nadie le es lícito prestarle ni el más insignificante auxilio. En su miseria sin fondo, dirígese Servet al Consejo en una carta conmovedora, en demanda de mayor humanidad. "Las pulgas me devoran en vida, mis zapatos están destrozados, no tengo ya vestidos ni ropa blanca".

Pero una mano secreta — cree uno conocer esta mano dura, que, inhumana como un tornillo, va apretando y deshaciendo toda resistencia, — aunque el Consejo dispone inmediatamente, ante las quejas de Servet, la supresión de tales anormalidades, impide todo mejoramiento de su suerte. Lo mismo que a un perro sarnoso en un montón de estiércol, siguen, dejando que este osado pensador y sabio de espíritu libre continúe consumiéndose en su húmeda cueva. Y todavía de modo más espantoso resuenan pocas semanas después, en una segunda carta, los penetrantes gritos de angustia del que, literalmente, se ahoga en su propia basura: "¡Os suplico, por el amor de Cristo, que no me neguéis lo que otorgaríais a un turco y a un criminal! De todo lo que habéis ordenado para mantenerme limpio, nada se ha cumplido. Estoy en una situación más lamentable que nunca. Es una gran crueldad que no se me dé ninguna posibilidad de remediar esta mi extremada miseria corporal".

Pero ¡nada es hecho! ¿Es, pues, un milagro que cada vez que se le saca de su empapada cueva estalle aquel hombre en ataques de una verdadera locura furiosa? Con cadenas en los pies y humillado con sus hediondos pingajos, el ser puesto delante del tribunal, sentado con su negra y bien cepillada ropa talar, frío y sereno, bien preparado y espiritualmente en reposo, al hombre con el cual quería comenzar él una discusión, espíritu contra espíritu, letrado contra letrado, el cual, ahora, le trata y maltrata más enojosamente que a un asesino. ¿No es inevitable que, atormentado y hostigado por las más groseras y malignas preguntas e insinuaciones, que hasta se mezclan en su más secreta vida sexual, pierda todo sentido y prudencia, y, por su parte, asalte al atormentador de su alma con las más espantosas injurias? Febril por

las noches su sueño, se echa al gañote del hombre a quien debe todas estas inhumanidades con palabras como éstas: "¿Es que niegas que eres un asesino? Te lo demostraré con tus acciones. En lo que a mí hace, estoy seguro de la justicia de mi causa y no temo a la muerte. Pero tú gritas como un ciego en el desierto porque el espíritu de la venganza abrasa tu corazón. ¡Has mentido, has mentido, ignorante, calumniador! Espumajea en ti la cólera cuando persigues a alguien hasta la muerte. Quisiera que toda tu magia estuviera aun en el vientre de tu madre y me fuera dada ocasión para mostrar todos tus errores". En la sangrienta embriaguez de su furor, el desdichado Servet se olvida por completo de su propia impotencia; haciendo resonar sus cadenas, con espumarajos en la boca, este hombre enfurecido exige del Consejo que debe juzgarle que, en lugar de realizar tal labor, lance una sentencia contra el quebrantador del derecho Calvino, contra el dictador de Ginebra. "En ella, como mágico que es, no sólo debe ser declarado culpable y condenado, sino también desterrado fuera de la ciudad y su hacienda debe serme adjudicada en compensación de la mía, que ha perdido por su culpa".

Bien se comprende que, ante tales palabras, ante el aspecto de tal figura, se apodere de los valientes consejeros un violento espanto: este hombre flaco, lívido, extenuado, con su barba enmarañada y sucia, que, con centelleantes ojos y acento extranjero, arroja a borbotones, salvajemente, las más monstruosas acusaciones contra su cristiano jefe, tiene, sin voluntad de los jueces que presentárseles como un poseído, un impulsado por Satán. De interrogatorio en interrogatorio, la impresión va siendo más favorable. En realidad, el proceso estaría ya ahora terminado y la condena de Servet sería inevitable. Pero los secretos enemigos de Calvino tienen todo su interés en alargar y retrasar el procedimiento porque no quieren concederle a Calvino el triunfo de que su contradictor perezca bajo la ley. Aun otra vez intenta salvar a Servet, ofreciéndole solicitar, como en el caso de Bolsee, la opinión de los otros sínodos reformados suizos, animados por la secreta esperanza de que, también esta vez, en el último momento, le sería arrebatado a Calvino la víctima de su dogmatismo.

Pero el mismo Calvino sabe demasiado bien que ahora, en definitiva, de lo que se trata es de su propia autoridad. No va a dejar que por segunda vez jueguen con él. A tiempo bastante y con todo cuidado adopta sus medidas. Mientras su desdichada víctima se pudre indefensa entre sus cadenas, redacta misiva tras misiva a los directores de las iglesias de Zurich, Basilea, Berna y Schaffhausen para influir anticipadamente en su respuesta. Envía mensajeros en todas direcciones, pone en movimiento a todos los amigos para amonestar a sus hermanos de cargo a fin de que no vayan a sustraer del justo castigo a un blasfemador hasta tal punto vituperable. Es de provecho para su unilateral influencia la circunstancia de que en el caso de Servet se trata de un perturbador conocido de la paz teológica, y que, ya desde los días de Zwingli y de Bucer, el "descarado español" es odiado en el ámbito de toda la Iglesia suiza; en efecto, unánimemente declaran todos los sínodos de Suiza que las opiniones de Servet son erróneas y pecaminosas, y si bien tampoco ninguna de las cuatro comunidades eclesiásticas pide abiertamente, o por lo menos aprueba, la pena de muerte, autorizan, en principio, todo empleo de severidad. Zurich escribe: "Qué castigo debe serle infligido a este hombre es cosa que dejamos a

vuestra sabiduría"; Berna invoca al Señor para que "preste (a los ginebrinos) la sabiduría y la fuerza necesaria para que sirváis a vuestra iglesia y a las otras, librándolas de esta peste". Pero esta indicación de un fuerte alejamiento está a la vez debilitada por la admonición de que "sea realizado esto en tal forma, que, al mismo tiempo, nada se haga que pueda parecer impropio de una autoridad cristiana". Por ninguna parte se anima claramente a Calvino para una condena a muerte. No obstante, ya que las iglesias han aprobado el proceso contra Servet, aprobarán también, según el sentir de Calvino, lo restante, pues, con sus ambiguas palabras, le dejan libres las manos para cualquier resolución. Y siempre que están libres, estas manos hieren con dureza y decisión. En vano procuran ahora los secretos ayudadores, tan pronto como conocen los dictámenes de las iglesias, dilatar aun en el último momento el daño que amenaza. Perrin y los otros republicanos proponen que sea aún interrogada la suprema instancia de la comunidad, el consejo de los doscientos. Pero es demasiado tarde; es ya harto peligrosa la resistencia para los adversarios de Calvino: el 26 de octubre, por unanimidad, es condenado Servet a ser quemado vivo, y este cruel veredicto debe ya ser ejecutado al día siguiente en la plaza de Champel.

Durante semanas y semanas estuvo Servet en su calabozo, separado del auténtico mundo, entregado a las más inagotables esperanzas. De un natural ya de por sí abundante en exaltada fantasía, y, fuera de eso, desconcertado aún por las secretas insinuaciones de sus presuntos amigos, embriágase siempre ardientemente con el delirio de que hace ya mucho tiempo que tiene convencidos a los jueces de la verdad de su tesis, y de que, con injurias y vergüenza, será expulsado de allí el usurpador Calvino dentro de pocos días. Tanto más espantoso es su despertar, por ello, cuando, con reservado semblante, entran en su celda los secretarios del consejo y, solemnemente, desenrollan un pergamino para darle de él lectura. La sentencia le hiere como un rayo. Rígido, como si no comprendiera lo monstruoso, escucha la lectura del texto que dispone que, en cuerpo viviente, sea quemado, como blasfemo, al día siguiente. Durante algunos minutos, permanece como aturdido y sin conciencia. Pero después, los nervios desgarran al hombre atormentado. Comienza a balbucear, a lanzar ayes, a sollozar; de modo retumbante, brota de su garganta, en su materna lengua española, el equivocado grito de espanto: "¡Misericordia!". Hasta lo más hondo de sus raíces parece haber sido destrozada, con esta espantosa noticia, su soberbia hasta entonces enfermizamente tensa e hipertensa; como un hombre deshecho, aniquilado, el desgraciado mira fijamente ante sí, con ojos inmóviles y sin alma. Y ya se imaginan los pedantes pastores que ha llegado también la hora de obtener un triunfo eclesiástico sobre Servet, después de haber alcanzado el secular y de arrancar a su desesperación la voluntaria confesión de sus errores.

Pero es asombroso: apenas a este hombre destrozado y ya casi extinguido se le toca a este íntimo punto de su fe, apenas *se* exige de él la retractación de su tesis, cuando la antigua obstinación alza llamas, poderosas y soberbias. Ya pueden condenarlo y

martirizarlo y quemarlo, ya pueden despedazar trozo a trozo su cuerpo: Servet no cederá ni una sola pulgada en el terreno de sus concepciones; justamente estos últimos días elevan a este caballero andante de la ciencia hasta la categoría de mártir y héroe de sus pensamientos. Ásperamente, rechaza la insistencia de Farel, el cual llegó a toda prisa de Lausanne para celebrar el triunfo de Calvino; declara que una sentencia judicial terrena no puede nunca servir como prueba de si un hombre tiene o no razón en las cosas divinas. Asesinar no es convencer. No le han probado cosa alguna; sólo se intenta matarlo. Ni con amenazas ni con promesas, consigue Farel arrancar de la víctima, encadenada y ya próxima a la muerte, ni una sola palabra de retractación. Pero, para probar de modo más visible que, a pesar de su perseverancia en sus convicciones, no es un hereje, sino un creyente cristiano, y, como tal, obligado a reconciliarse hasta con el más mortal de sus enemigos, declárase Servet dispuesto, antes de su muerte, a recibir en su calabozo la visita de Calvino. Acerca de esta entrevista de Calvino con su víctima no poseemos más que las noticias de una sola de las partes: el informe de Calvino. Pero, aun en su propia exposición, llega a ser espantosamente manifiesta la interna rigidez y dureza de alma del dictador: el victimario desciende a la húmeda celda carcelaria, junto a su víctima, pero no para prestar ánimos con algunas palabras al consagrado a la muerte, no para proporcionar a un ser humano, que, al día siguiente, debe morir en medio de los más espantosos martirios, un consuelo fraternal o cristiano. Helado y objetivo, inicia Calvino la conversación preguntando por qué motivo le ha mandado a llamar Servet y qué es lo que tiene que decirle. Manifiestamente esperaba que Servet, ahora, se postraría de rodillas y comenzaría a rogar que el todopoderoso déspota anulara la sentencia o, por lo menos, la dulcificara. Pero el condenado responde sólo con toda sencillez — y ya esto tendría que conmover a toda persona humanitaria — que únicamente había hecho llamar a Calvino junto a sí para pedirle perdón. La víctima le ofrece a su sacrificador la personal reconciliación. No obstante, nunca los pétreos ojos de Calvino querrán reconocer en un adversario político y religioso a un ser humano ni a un cristiano. Glacialmente frío escribe en su informe: "Objeté a ello, simplemente, que jamás había abrigado odio personal contra él, como es la pura verdad". El no comprender o no querer comprender lo cristiano del gesto del moribundo Servet, impide toda especie de humana reconciliación entre ambos ; que Servet deje a un lado todo lo que se refiere a su persona y únicamente confiese su error contra Dios, cuya triple personalidad ha negado. Consciente o inconscientemente, el ideólogo que hay en Calvino se niega a reconocer como prójimo suyo a este hombre destinado ya al sacrificio, que el día siguiente debe ser arrojado a las llamas, como leño sin valor; en su calidad de riguroso dogmático, sólo ve en Servet al negador de su propio concepto personal de Dios, y, por lo tanto, en general, al negador de Dios. Para su pedantería satisfecha de sí, aun ahora, lo único importante es exprimir del destinado a la muerte, antes que exhale su postrer aliento, la confesión de que Servet no tiene razón, y él, Calvino, sí la tiene. Pero como Servet advierte que su adversario querría arrebatarle lo único que queda viviente en su perdido cuerpo y que es inmortal para él: su fe, su convicción, enarmónase violento el atormentado. Rechaza resueltamente

toda cobarde consesión. Con ello, le parece a Calvino que es ya superflua toda palabra posterior: un hombre que en las cosas religiosas no se le somete por completo, ya no es para él ningún hermano en Cristo, sino un siervo de Satanás y un pecador, con el cual sería cosa perdida cualquier palabra afectuosa. ¿Para qué emplear ni un granillo de bondad con un hereje? Duramente se aparta Calvino ; sin una palabra ni una mirada piadosa, abandona a su víctima. Tras él, chirrían férreamente los Cerrojos, y, con estas palabras que espantan por su falta de sensibilidad, este fanático acusador cierra el informe que ha de acusarle a él por toda la eternidad: "Ya que, con persuasión y advertencias, nada podría lograr, no quise ser más sabio de lo que mi maestro lo permite. Seguí la regla de San Pablo y me retiré del lado de aquel hombre herético, que él mismo había pronunciado su sentencia".

La muerte atado al poste de la hoguera, para ser poco a poco tostado a fuego lento, es, de todos los géneros de ejecución, el más lleno de tormento; hasta la Edad Media, mal afamada por cruel, sólo la empleó en los más raros casos en toda su espantosa y larga duración; en general, los condenados eran estrangulados antes contra el poste o aturdidos por medio de bebidas. Pues precisamente este género de muerte, el más horroroso y estremecedor, fue, sin embargo, el previamente elegido para la primera víctima de herejía del protestantismo, y bien puede suponerse que Calvino, después de los clamores de indignación de todo el mundo humanitario, había intentado alejar de sí, posteriormente, muy posteriormente, la responsabilidad de la especial sevicia usada en el asesinato de Servet. Su persona y el resto del consistorio se habían esforzado, según refiere (cuando el cuerpo de Servet hacía ya mucho tiempo que se había convertido en cenizas), por convertir el martirizador género de muerte de la quema en cuerpo viviente en el más benigno de la decapitación, pero "sus esfuerzos habían sido inútiles" *("gemís mortis conati sumus mutare, sed frustra").* De tales presuntos esfuerzos no puede encontrarse palabra alguna en los protocolos del Consejo, y para nadie, libre de prejuicios, resultará creíble que Calvino, quien, no obstante, sin intervención ajena, había forzado a que se instruyera este proceso, y directamente y casi con empulgueras, había arrancado del docil consejo la sentencia de muerte contra Servet; para nadie, repito, parecerá creíble que precisamente este mismo Calvino se hubiera convertido de repente en Ginebra en una persona particular tan sin influencia ni poder, que no pudiera conseguir que fuera em, pleado un medio de ejecución más humano. Cierto que es literalmente verdadero que Calvino, en efecto, había concebido una dulcificación en el género de muerte aplicado a Servet, pero a la verdad (y aquí reside la dialéctica reserva de su afirmación) sólo para el caso 'único en que Servet pagase en sus últimos instantes esta dulcificación a precio de un *sacrificio d'intelletto,* con una retractación; no por humanidad, sino sólo por un simple cálculo político habría estado entonces dispuesto Calvino — por primera vez en su vida — a proceder benignamente con un adversario. Pues ¡ qué triunfo para la doctrina de Ginebra si se le hubiera podido arrancar a Servet, a un paso del poste de la hoguera, la confesión de que él no tenía razón y Calvino sí la tenía! ¡Qué victoria haber podido obligar al intimidado a que no muriera como mártir de su propia doctrina,

sino que, en el último momento, delante de todo el pueblo, proclamara que sólo la doctrina de Calvino, y no la suya, era la verdadera, la única verdadera en toda la Tierra!

Pero también Servet sabe el precio que tendría que pagar por ello. Obstinación álzase aquí contra obstinación, fanatismo contra fanatismo. ¡Mejor perecer, *en* medio de indecibles tormentos, en aras del propio convencimiento, que sufrir una muerte más benigna en servicio del dogma de *Maítre Jehan Calvin!* ¡ Mejor sufrir sin medida durante media hora, pero adquiriendo la gloria espiritual del martirio, y, al mismo tiempo, arrojando por toda la eternidad sobre su adversario el odio producido por su inhumanidad! De modo cortante, rechaza Servet lo que se le propone y se prepara a pagar como amargo precio de su obstinación el afrontar todos los imaginables tormentos.

El resto es horror. El 27 de octubre, a las once de la mañana, el prisionero es sacado del calabozo con sus harapos hechos jirones. Por primera vez, desde hace mucho tiempo, y por última por toda la eternidad, sus desacostumbrados ojos vuelven a ver la luz del cielo. Aborrascada la barba, sucio, extenuado, haciendo retiñir sus cadenas, vacila al andar el condenado y produce un espantable efecto bajo la clara luz otoñal el estado de decrepitud de su semblante de color de ceniza. Ante la escalinata de la casa ayuntamiento, los alguaciles empujan, ruda y fuertemente, para que caiga de rodillas, al hombre que sólo consigue avanzar tambaleándose trabajosamente, — desde hace semanas tiene olvidado lo que es caminar. — Inclinada la cabeza, le es forzoso oír la sentencia que el síndico proclama ante el congregado pueblo y que termina con estas palabras: "Te condenamos, Michael Servet, a ser conducido encadenado a Champel y a ser quemado vivo, y contigo, tanto el manuscrito de tu libro como también los ejemplares impresos del mismo, hasta que tu cuerpo se consuma en cenizas; así debes terminar tus días para dar un ejemplo admonitorio a todos aquellos que desearan cometer un crimen análogo".

Estremecido y tembloroso, escucha el condenado. En su mortal angustia, arrástrase de rodillas hasta cerca de los señores del municipio y suplica implorante la leve merced de ser decapitado, "a fin de que el exceso del dolor no lo lleve a la desesperación". Si cometió alguna falta, habrá sido sin saberlo; pero nunca le impulsó otro afán sino el pensamiento de procurar la gloria de Dios. En este momento, colócase Farel entre los jueces y el hombre arrodillado. En forma que pueda ser oído desde lejos, pregunta el consagrado a la muerte si está dispuesto a abjurar de su condenada doctrina del dogma de la Trinidad, y alcanzar, con ello, la merced de una ejecución más benigna. Pero Servet — y precisamente esta última hora de su vida realza moralmente la figura de este hombre, en general sólo mediana — rechaza de, nuevo el trato que se le ofrece, decidido a cumplir su anterior palabra de que está dispuesto a sufrirlo todo por sus convicciones.

Por lo tanto, nada resta sino recorrer el trágico camino. Pónese en marcha el cortejo. Delante, marcha el *seigneur* teniente con su ayudante provistos ambos del tremendo distintivo de su funesto cargo y rodeados de arqueros militares; al final, se agolpa la

muchedumbre curiosa eternamente. Durante todo el recorrido por la ciudad, ante innumerables espectadores que miran tímida y en silencio, Farel se mantiene al lado del condenado. De modo incesante, procura persuadir a Servet, paso tras paso, para que renuncie a su error en el último instante y se retracte de sus falsas concepciones. Y ante la respuesta verdaderamente piadosa de Servet de que sufre injusta muerte, pero que implora a Dios para que sea piadoso con sus acusadores, atácale rudamente Farel, con dogmático furor: "¿Cómo? ¿Después de haber cometido el más grave de todos los pecados, todavía pretendes justificarte? Si sigues hablando de este modo, te entrego a la sentencia de Dios y no te acompañaré más, aunque estaba decidido a no abandonarte sino con tu último aliento".

Pero Servet ya no responde. Le repugnan *los* sayones y pendencieros: ¡ni una palabra más para ellos! Sin cesar va murmurando entre sí mismo y para sí mismo el presunto hereje y negador de Dios: "¡Oh, Señor, salva mi alma! ¡Oh, Jesús, hijo del Eterno, ten compasión de mí!". Después, una y otra vez suplica a los presentes, alzando la voz, que oren con él y por él. Aun en el lugar del suplicio, ante el poste de la hoguera, pónese una vez más de rodillas, para recogerse piadosamente. Pero, por temor de que este puro gesto del presunto hereje pueda impresionar al pueblo, el fanático Farel grita por encima de la víctima respetuosamente postrada: "¡Ya veis el poder que posee Satanás cuando tiene a un hombre entre sus garras! Este hombre es muy instruido y quizá cree proceder rectamente. Pero ahora está en poder de Satanás y a cada uno de vosotros puede ocurriros otro tanto".

Mientras esto ocurre, han comenzado los pavorosos preparativos. Ya está la leña amontonada al pie del poste, ya chirrían las cadenas con las que Servet debe ser colgado del palo, ya el verdugo tiene amarradas las manos del condenado. Entonces, acércase por última vez Farel hasta Servet, el cual no hace más que suspirar en voz baja: "¡Dios mío! ¡Dios mío!", y le grita, con coléricas palabras: "¿No tienes otra cosa que decir?" Todavía espera aquel desalmado pedante que Servet, a la vista del poste del martirio, confesará la verdad única verdadera: la calvinista. Pero Servet responde: "¿Qué otra cosa podría hacer sino hablar de Dios?"

Desengañado abandona Farel a su víctima. Ahora no resta ya nada más sino que el otro verdugo, el del cuerpo, realice su función pavorosa. Con una cadena de hierro, es colgado Servet del poste, atado con una maroma que da cuatro o cinco vueltas alrededor del estenuado mártir. Entre el cuerpo viviente y la soga que lo oprime cortándolo cruelmente, sujetan aún los ayudantes del verdugo un ejemplar del libro y aquel manuscrito que Servet, en otro tiempo, *sub sigillo secreti,* le había enviado a Calvino, pidiéndole su opinión fraternal; por último, todavía le plantan, como mofa, una repulsiva corona de dolor en la cabeza, una guirnalda de laurel untada con azufre. Con estos crudelísimos preparativos queda terminado el trabajo del verdugo. Ya no se necesita más que prender simplemente fuego al montón de leña y con ello queda ya comenzado el asesinato.

Cuando brotan por todas partes las llamas, lanza el martirizado un grito tan espantoso, que todo el mundo, durante un momento, vuelve la cabeza estremecido. Pronto, el humo y el fuego envuelven aquel cuerpo que se retuerce en su tormento; sin cesar y

de modo cada vez más penetrante, brotado de la carne viviente lentamente devorada por el fuego, escúchase el estridente grito de dolor del que sufre de indecible modo. Por último, retumba su postrero y fervoroso clamor de angustia: "¡Jesús, hijo del eterno Dios, ten piedad de mí!" Media hora dura este indescriptible y horrendo combate con la muerte. Sólo entonces descienden las ya ahitas llamas, el humo fluye en desparramados chorros, y del ennegrecido poste, colgado de la cadena puesta al rojo, pende una masa negra, humeante, carbonizada, una horrenda pasta que en nada recuerda ya a lo humano. Lo que antes era una terrena criatura pensadora, consagrada apasionadamente a lo eterno, una palpitante porción del alma divina, no es ya más que una tremenda basura, está convertida en una masa tan horrible, repugnante y hedionda, que tal panorama acaso hubiera podido edificar durante un instante a Calvino acerca de lo inhumano de su pretensión de arrogarse el ser juez y verdugo de un prójimo suyo.

Pero ¿dónde está Calvino en esta hora de espanto? Para parecer imparcial o para guardar sus propios nervios, se quedó prudentemente en casa; cerrada la ventana, está sentado en su cuarto de trabajo abandonando el cruel asunto al verdugo y a su más brutal hermano de fe, Farel. Cuando se trataba de acechar al inocente, de acusarlo, de excitarlo y llevarlo al palo, Calvino había estado infatigable delante de todos los otros: no obstante, en la hora de la ejecución, no se vio más que a los mercenarios servidores del tormento, pero no el verdadero culpable que había querido y ordenado este "crimen piadoso". Sólo al domingo siguiente, con su negro traje talar, asciende solemnemente al pulpito para celebrar, ante la silenciosa comunidad, como grande, debido y justo, un hecho que no se había atrevido él mismo a contemplar con sus propios ojos, libre y abiertamente.

EL MANIFIESTO DE LA TOLERANCIA

> *"Investigar la verdad y decirla tal como se la piensa no puede nunca ser criminal. Nadie debe ser forzado a una convicción. La convicción es libre".*
>
> SEBASTIÁN CASTALIÓN. 1551.

EL suplicio de Servet en la hoguera es considerado, al punto, por todos los contemporáneos, como la separación moral de caminos de la Reforma. Cierto que, en sí misma, no significa nada sorprendente la ejecución de un hombre en aquel siglo violento; desde las costas de España hasta muy arriba por las del Mar del Norte y en las Islas Británicas, son quemados entonces innumerables herejes en honor a Cristo. Por miles y miles, en nombre de las

diversas iglesias, únicas verdaderas, y de las sectas, son cortados en pedazos, quemados, decapitados, estrangulados y ahogados, los hombres indefensos en los lugares del suplicio. "Si fueran, no digo ya caballos, sino cerdos los que son llevados a perecer allí — dícese en el *Tratado de los heréticos* de Castalión, — habría creído cada príncipe que sufría una gran pérdida con ello". Pero no son más que hombres los que son aniquilados, y por eso, nadie piensa en contar las víctimas. "No sé — balbucea el desesperado Castalión, que, a la verdad, todavía no podía prever nuestro siglo de guerras, — si jamás, en tiempo alguno, habrá sido derramada tanta sangre como en el nuestro".

Pero siempre, en cada siglo, hay un crimen, en medio de los crímenes innumerables, con el cual despierta la conciencia del mundo, dormida en apariencia. La llamas del martirio de Servet alumbran más que todas las otras llamas de su tiempo, y todavía reconoce Gibbon, dos siglos después, que "este único sacrificio produjo una conmoción más profunda que el de los millares de hombres que perecían en las hogueras de la Inquisición". Pues el suplicio de Servet — para emplear la frase de Voltaire, — es el primer "asesinato religioso" dentro de la Reforma y la primera negación, trascendente y visible, de su idea originaria. En sí mismo, el concepto de "hereje" ya representa un absurdo para la doctrina evangélica, que prometía a cada cual el libre derecho de interpretación, y, al principio, en efecto, también Lutero, Zwingli y Melanchthon mostraron clara repugnancia ante toda medida de violencia contra los disidentes y exaltados de su movimiento. Expresamente lo declara Lutero: "Me gusta poco la pena de muerte, hasta cuando es merecida, y lo que me espanta en ella es el ejemplo que se da. Por eso, no puedo en modo alguno aprobar el que sean condenados los falsos doctores". Con memorable nimiedad formula así su pensamiento: "Los herejes no deben ser oprimidos por ninguna fuerza exterior o mantenidosen sujeción, sino sólo combatidos con la palabra de Dios. Pues la herejía es una cuestión espiritual que no puede ser purificada por ningún fuego ni por ninguna agua terrestres". De un modo igualmente claro, manifiesta su repugnancia Zwinglio ante toda apelación a las autoridades seculares, y toda fuerza que haga una .selección.

Pero la nueva doctrina, porque mientras tanto se ha convertido ella tambien en una "iglesia", tiene que reconocer prontamente — cosa que de mucho antes sabía la antigua — que, a la larga, no puede mantenerse en pie una autoridad sin Una fuerza; de este modo, Lutero, para aplazar la inevitable determinación, propone primero un compromiso, al pretender diferenciar los *"haereticis"* de los *"seditiosis";* distinguir entre aquellos *"remonstrantes,* que sólo en cosas espirituales *y* eclesiásticas disienten de la opinión de la Iglesia reformada, y los *seditiosis,* verdaderos rebeldes, que, al mismo tiempo que el religioso quieren modificar también el orden social. Sólo contra estos últimos — al expresarse así, piensa en los anabaptistas comunistas, — concede a las autoridades seculares derecho a someterlos por la fuerza. Mas a dar el paso decisivo de entregar los disidentes y librepensadores al verdugo, no quiere decidirse ninguno de los jefes de la Iglesia reformada. Todavía vive en su memoria el recuerdo de los tiempos en que, como revolucionarios espirituales contra el papa y el emperador, reconocían en las convicciones íntimas el más sagrado de los derechos del hombre. Por eso, les

parece imposible la introducción de una nueva Inquisición protestante.

Este paso de trascendencia universal lo da ahora Calvino al llevar a Servet a la hoguera. De un único tirón desgarra el derecho de "libertad del cristiano" defendido por la Reforma; de un salto se empareja con la Iglesia Católica, la cual, en su honor sea dicho, había vacilado más de mil años antes de quemar vivo' a un ser humano a causa de una caprichosa interpretación en cuestiones de fe cristiana. Pero Calvino, ya en el segundo decenio de su soberanía, grava ya a la Reforma con este crudelísimo acto de su intolerancia, y, por ello, aquella inscripción de la piedra conmemorativa que, siglos después, erigió la ciudad libre de Ginebra al pensador libre Servet, procura en vano disculpar a Calvino, al calificar a Servet de "víctima de su tiempo", pues no la ceguera y el delirio de su época — también un Montaigne y un Castalión vivían en aquellos días, — fueron los que amarraron a Servet al poste de la hoguera, sino única y exclusivamente el despotismo personal de Calvino. Ninguna excusa puede disculparle de este hecho digno de Torquemada. Pues aunque el descreimiento y el fanatismo estén asentados sobre una época, de cada crimen particular es siempre responsable el hombre que lo cometió.

Es innegable, desde el primer momento, la creciente agitación causada por el cruel sacrificio de Servet, y hasta de Beze, el *offiziosus y* el evangelista de Calvino, se ve obligado a hacer constar: "Todavía no se habían enfriado las cenizas de aquel desdichado, cuando ya se comenzó a discutir violentamente la cuestión de si era o no lícito castigar a los herejes. Los unos eran de opinión de que hay que someterlos, pero no con la pena de muerte. Otros deseaban que se remitiera exclusivamente al juicio de Dios su castigo". Hasta este incondicional glorificador de todas las acciones de Calvino tiene, de repente, en su voz, un tono sorprendentemente vacilante, y aun más los otros amigos del déspota ginebrino. Cierto que Melanchthon, el cual es verdad que en otro tiempo había atacado a Servet con las peores injurias, le escribe a su "querido hermano" Calvino: "La Iglesia te da las gracias y seguirá dándotelas en lo porvenir. Vuestros funcionarios han procedido en justicia al condenar a muerte a este blasfemador de Dios", y hasta aparece un ultrafervoroso filólogo llamado Musculus — eterna *"trahison des cleros",* — que, con esta ocasión, compuso una solemne poesía. Pero en general no puede advertirse ninguna directa aprobación. Zurich, Schaffhausen y los otros sínodos no se muestran en modo alguno tan entusiasmados como había esperado Ginebra con la muerte de mártir dada a Servet.

Mas, al mismo tiempo, se alzan voces de muy otra especie. El gran jurista de aquella época, Baudouin, expide, públicamente, el decisivo testimonio. "A mi modo de ver Calvino no tenía derecho a plantear un proceso criminal a causa del debate de una cuestión religiosa". Pero no son sólo todos los humanistas de espíritu libre de Europa los que están espantados e indignados ; también en el círculo de los eclesiásticos protestantes aumenta la oposición. Escasamente a una hora de las puertas de Ginebra, los eclesiásticos del cantón de Vaud condenan, desde el pulpito, el proceder seguido en el asunto de Servet, como irreligioso e ilegal, y, hasta en su propia ciudad, tiene que reprimir Calvino que se ejerza la crítica, por medio de fuerzas de policía. Una mujer que dice públicamente que Servet fue un mártir de Jesucristo es arrojada al calabozo,

y del mismo modo se procedió con un impresor a causa de su afirmación de que la autoridad había condenado a Servet sólo para satisfacción de un único hombre. Algunos sobresalientes sabios extranjeros abandonan de modo bien ostensible la ciudad, en la que se habían sentido seguros durante mucho tiempo, desde que la libertad de pensamiento está amenazada allí por tal despotismo. Y pronto ha de reconocer Calvino que Servet llegó a ser mucho más peligroso para él, por medio de su muerte de mártir, de lo que jamás lo había sido con sus escritos y su vida.

Calvino, para toda contradicción, posee un oído impaciente y nervioso. No sirve de nada el que en Ginebra uno se guarde, temerosamente, de toda palabra franca; a través de las paredes y por las ventanas, percibe Calvino la agitación trabajosamente reprimida. Pero el hecho está realizado; ya no es posible darlo por no ocurrido, y, como no puede librarse de él, no le queda otro remedio que el de plantarse abiertamente a su frente. Sin ser notado, Calvino, en este asunto que había comenzado con tanta alegría acometedora, ha venido a refugiarse en la defensiva. Todos sus amigos le confirman por unanimidad en la idea de que es más que tiempo de justificar, por fin, este acto de condenación a la hoguera, que produce una agitación tan escandalosa; realmente, en contra su voluntad, decídese por fin Calvino a "ilustrar" al mundo acerca de Servet, después de haberlo hecho perecer él mismo, previsoramente, y a redactar una apología de su acción.
Pero Calvino, en el caso de Servet, tiene mala conciencia; y con mala conciencia se escribe mal. Por ello su apología *"Defensa de la legítima fe y de la Trinidad contra los espantosos errores, de Servet"*, que — como dice Castalión, — redactó "aún con la sangre de Servet en sus manos", es una de sus obras más débiles. El mismo Calvino confesó que la había arrojado de sí *"tumultuarle"*, por lo tanto, precipitada y nerviosamente ; y, lo poco seguro que se sentía en su defensa, pruébalo el que hizo que su tesis fuera firmada por todos los eclesiásticos de Ginebra para no soportar la responsabilidad él solamente. De una parte, Calvino, advertido de la mala voluntad general, quiere hacer que pase la responsabilidad desde su persona a los "magistrados"; de otra, tiene que demostrar que la municipalidad procedió rectamente al aniquilar a semejante *"monstrum"*. Y, al mismo tiempo, para presentarse a sí mismo como un hombre singularmente indulgente y enemigo, en su interior, de toda violenta actividad, el hábil dialéctico llena una buena parte del libro con quejas acerca de la crueldad de la Inquisición católica que, sin medios de defensa, hace condenar a los creyentes y ejecutarlos del modo más cruel. (¿Y tú — ha de responderle después Castalión, — cuándo le has designado un defensor a Servet?). Mas después, sorprende al asombrado lector haciéndole saber que, "en secreto, trató incesantemente de atraer a Servet hacia mejores opiniones". *("Je nal pas cessé de faire mon possible, en secret, pour le ramener á des sentiments plus saints")*; realmente, fue sólo la municipalidad la que — a pesar de la inclinación de Calvino a la benignidad, [1]— impuso la sentencia de muerte, y, a la verdad, en su forma especialmente cruel. Pero firmemente establece Castalión la verdad de los hechos. "Las primeras de tus admoniciones fueron injurias, las segundas prisión, y Servet ya no volvió a abandonarla sino para ser arrastrado a la hoguera y allí

quemado vivo".

Pero mientras que Calvino, con una mano, aparta de sí la responsabilidad por el martirio de Servet, facilita, con la otra, toda clase de disculpas a los "magistrados" por aquella sentencia. E inmediatamente después, al tratarse de justificar tales coacciones, se hace elocuente Calvino. No es posible, tal es su argumento, que se le deje a cada cual en libertad de decir lo que piense *(la liberté á chacun de diré ce qu'il voudrait),* pues eso sería demasiado grato para epicúreos, ateos y blasfemos. Sólo es lícito proclamar la verdadera doctrina (la de Calvino). Pero el establecimiento de tal censura no significa, en modo alguno, una limitación de la libertad — las concepciones despóticas repiten siempre los mismos antilógicos razonamientos. — *"Ce n'est par tyranniser l'Eglise que d'empécher les écrivains mal intentionnés de repondré publiquement ce qui leur passe par la tete".* Si se hace que guarden silencio los otros, eso — según Calvino y sus semejantes, — no es, ni de lejos, que se ejerza una coacción; no se ha hecho otra cosa sino proceder con justicia y servir a una idea más alta, esta vez la de la "gloria de Dios".

Pero no es el del sometimiento moral del hereje el punto discutible que en realidad tiene que defender Calvino — hace mucho tiempo que esta tesis ha sido adoptada por el protestantismo, — sino que lo que se discute es la cuestión de si a quien piense de otro modo es lícito matarlo o dejarle matar. Como Calvino, en el caso de Servet, ha respondido ya, con los hechos, de un modo afirmativo a esta pregunta, tiene ahora, posteríormente, que fundamentar su decisión, y como es natural, busca en la Biblia su defensa para probar que sólo por una "misión más alta" y obedeciendo a un "mandamiento divino" había quitado de en medio a Servet. Para ello busca en toda la doctrina mosaica (pues el Evangelio habla demasiado de: "¡Amad a vuestros enemigos!") ejemplos de ejecuciones de herejes, pero, en realidad, no le es posible aportar nada verdaderamente convincente, pues la Biblia, en general, aun no conocía el concepto de hereje, sino sólo el de "blasfemador", de negador de Dios; Servet, no obstante, el cual aun en medio de las llamas había invocado el nombre de Dios, no había sido ningún ateo. Pero Calvino, que siempre se apoya en los pasajes de la Biblia que conciertan con su opinión del modo más cómodo, declara, a pesar de ello, que el aniquilamiento por las autoridades de los que piensan de otro modo es un deber "sagrado": "Lo mismo que un hombre corriente sería culpable si no empuñara la espada tan pronto como viera su casa manchada por el culto de los ídolos y que uno de sus parientes se rebelaba contra Dios, cuánto más vil no sería esa cobardía en un príncipe si cerrara los ojos cuando es ofendida la religión". Les es dada la espada para que la empleen "en gloria de Dios"; toda acción realizada con *"saint zéle",* con piadoso ardor, está justificada previamente. La defensa de la ortodoxia, de la verdadera fe, desata, según Calvino, todos los lazos de la sangre, todos los mandamientos humanitarios; hay que extirpar hasta a los más próximos parientes si Satán los impulsa a negar la "verdadera" religión y produce espanto el leer cosas 'como éstas: *"On ne luí fait point l'honneur qu'on luí doit, si on ne préfére son service á tout regará humain, pour n'épargner ni parentage, ni sang, ni vie qui soit et qu'on mette en oublie toute humanité quand U est question de combatiré pour sa gloire".*

¡ Espantosas palabras y trágico testimonio de hasta qué punto puede cegar el

fanatismo a un hombre que, fuera de ello, suele pensar con claridad! Pues, con terrible desnudez, dícese aquí que, en el sentido de Calvino, sólo pasa por piadoso aquel que, por la "doctrina" — la doctrina suya, naturalmente, — ahogue en sí *"tout regard humain"*, por lo tanto, todo sentimiento de humanidad; quien entregue voluntariamente a la inquisición, esposa y amigos, hermanos y parientes, tan pronto como en cualquier cuestión, o cuestioncilla, tengan otra opinión que la del consistorio. Y a fin de que nadie combata una tesis hasta tal punto antihumana, Calvino echa mano de su último, de su favorito argumento: del terrorismo. Declara que cualquiera que defienda o disculpe a un hereje es también él culpable de herejía y queda designado para el castigo. De una vez para siempre, quiere saber Calvino que está solventada y terminada toda discusión, penosa para él, sobre el asesinato de Servet.

Pero la acusadora voz de la víctima del sacrificio, por .agria y furiosamente que grite ante el mundo sus amenazas, Calvino, no se deja imponer silencio, y el escrito calvinista de defensa, con su incitación a la caza de herejes, produce pésima impresión; se apodera el espanto justamente de los protestantes más sinceros al ver cómo se exige ahora la Inquisición, *ex cathedra*, en su Iglesia reformada. Algunos declaran que habría sido más conveniente que una tesis tan sanguinaria fuera perseguida por la municipalidad en lugar de haberlo sido un predicador de la palabra de Dios, un servidor de Cristo; y del modo más soberbiamente decisivo, el secretario de la ciudad de Berna, Zerchintes, que después también ha dé ser el amigo más fiel y el protector de Castalión, responde a la teoría ginebrina: "Confieso abiertamente — escríbele a Calvino, — que también yo pertenezco al número de aquellos que, en cuanto sea posible, querrían limitar la aplicación de la pena de muerte en el caso de los adversarios del movimiento de la fe y hasta frente a aquellos que se hallan en error voluntariamente. Lo que en especial me determina a ello, no sólo son aquellos pasajes de la Sagrada Escritura que pueden aducirse contra todo empleo de violencia, sino el ejemplo de cómo se procedió en esta ciudad contra los anabaptistas. Yo mismo vi arrastrar al cadalso a una mujer de ochenta años junto con su hija, madre de seis criaturas, mujeres que no habían cometido ningún otro delito sino negarse a que fueran bautizados los niños. Bajo la impresión de tal ejemplo, tengo que temer que las autoridades del tribunal no se mantengan en los estrechos límites en que querrías encerrarte tú mismo, y que castiguen pequeños errores como grandes delitos. Por ello, consideraría como deseable el que la justicia más bien se dejara conducir hacia un exceso de benignidad y escrúpulos exculpatorios que a desenvainar severamente la espada. . . Por mi parte, preferiría derramar mi propia sangre antes de saberme manchado por la de un hombre que no hubiera merecido la muerte de la manera más indudable".

De este modo habla un desconocido secretarillo de consejo en un tiempo fanático y así piensan muchos otros; pero todos reservan sus opiniones en lo secreto. También el valiente Zerchintes tiene la timidez de su maestro Erasmo de Rotterdam ante las disputas del tiempo, y, sinceramente avergonzado, confiésale a Calvino que sólo por carta le comunica su opinión disidente, pero que en público preferiría guardar silencio.

"No descenderé al campo de la lucha mientras no me obligue a ello mi conciencia. Me propongo callar en tanto lo consientan mis escrúpulos, en vez de provocar discusiones y ofender a alguien". Los caracteres humanitarios se resignan siempre harto rápidamente, y, con ello, les hacen el juego a los violentos; todos proceden lo mismo que este excelente, pero no combativo, Zerchintes: se callan y se callan, los humanistas, los eclesiásticos, los sabios; los unos, por repugnancia ante la estrepitosa contienda; los otros por miedo de ser ellos mismos sospechosos de herejía si no celebran hipócritamente la ejecución de Servet como un hecho digno de alabanza. Y ya parece como si la monstruosa invitación de Calvino a una persecución general de los que piensan de otro modo debiera quedar incontestada. Pero entonces se eleva súbitamente una voz — bien conocida de Calvino y odiada por él, — para denunciar públicamente, en nombre de la ofendida humanidad, el crimen cometido en la persona de Miguel Servet: la clara voz de Castalión, a quien todavía nunca intimidó una amenaza del desaforado ginebrino y que se juega resueltamente su vida para salvar la de innumerables seres humanos. En toda guerra espiritual, no son los mejores luchadores aquellos que comienzan una contienda de un modo fácil y apasionado, sino los que vacilan mucho tiempo, los que interiormente aman la paz, en los que sólo con lentitud ha madurado la resolución y la decisión. Sólo cuando han agotado todas las otras posibilidades de inteligencia y reconocido que es inevitable el empleo de las armas avanzan, con abrumado y descontento corazón, para realizar la forzada campaña defensiva; pero precisamente los que con mayor dificultad se resuelven a ir al combate han de ser después, siempre, los más decididos y resueltos. Esto le ocurre a Castalión. Como verdadero humanista, no es en modo alguno un luchador nato y convencido; la cortesía, la indulgencia, la insistente conciliación, concuerdan infinitamente más, en profundo sentido, con su naturaleza religiosa. Lo mismo que su ascendiente espiritual Erasmo, sabe la diversidad de formas y significaciones de toda verdad terrena y divina, y no por azar ostenta una de sus obras más esenciales el significativo título de *De Arte Dubitandi* ("Del arte de dudar"). Pero esta permanente duda y este permanente ensayo de sí mismo no convierte en modo alguno a Castalión en un frío escéptico; su circunspección le enseña sólo a guardar miramientos con todas las otras opiniones y prefiere callar antes que entremezclarse precipitadamente en ajenas disputas. Desde que para preservar su interna libertad había renunciado voluntariamente a su cargo y dignidad, se había retirado totalmente de la política del tiempo, para servir mejor al Evangelio con una acción espiritualmente fecunda, al realizar su doble traducción de la Biblia. Llega a ser, para él, pacífico hogar y residencia Basilea, esta última isla de la paz religiosa; aquí, la Universidad custodia todavía la herencia de Erasmo, y, por ello, viven refugiados en este postrer lugar libre que le resta al humanismo paneuropeo, todos aquellos que sufren persecución de las dictaduras eclesiásticas. Aquí vive Karlstadt, expulsado por Lutero de Alemania, y Bernardo Ochino, lanzado fuera de Italia por la Inquisición romana; aquí está Castalión oprimido por Calvino en Ginebra; aquí están Lelio Socino y Curione, y misteriosamente, escondido bajo un extraño nombre, David de Joris, anabaptista desterrado de los Países Bajos. Un común destino, una común persecución, liga a

estos emigrantes, aunque de ningún modo sean de igual opinión, en todas las cuestiones teológicas; pero jamás necesita la naturaleza humana de una sistemática igualdad de concepciones, hasta en sus detalles últimos, para que los individuos se relacionen humanamente entre sí, en amistoso trato. Todos estos que se niegan a servir a cualquier dictadura moral llevan en Basilea una existencia de sabios, recogida y sin estruendo; no vierten sobre el mundo tratados y folletos, no peroran en las lecciones, no se unen en bandas con ligas y sectas; sólo un pesar común por el creciente acuartelamiento y reglamentación del espíritu mantiene unidos, en una silenciosa hermandad, a estos solitarios *"remonstrantes"* (así serán designados después estos rebeldes contra todo terrorismo dogmático).

Para estos pensadores independientes, la quema de Servet y el sanguinario libelo defensivo de Calvino significan, naturalmente, una declaración de guerra. Enojo y espanto llenan el ánimo de todos ante este audaz desafío. El momento es decisivo, según todos reconocen al momento; si semejante acto de tiranía queda sin respuesta, entonces se ha renunciado en Europa a la libertad del espíritu, entonces la fuerza se ha convertido en derecho. Pero *¿se* debe en realidad volver otra vez a las tinieblas, "después de que ya una vez había sido hecha la luz", después de que la Reforma ha traído al mundo la exigencia de la libertad de conciencia? ¿Deben, efectivamente, con la horca y la espada, ser extirpados todos los cristianos disidentes, tal corno lo exige Calvino? ¿No es preciso ahora, en el momento del máximo peligro, antes que sean encendidas millares de hogueras como la de Champel, proclamar paladinamente que no es lícito cazar como a animales dañinos ni atormentar cruelmente como a bandidos y asesinos a los hombres que sustentan opiniones disidentes en cosas espirituales? En voz alta y clara, tiene que ser demostrado ahora al mundo entero, en la hora postrera de todas las posibles, que toda intolerancia procede siempre de modo anticristiano y en forma inhumana si llega a acudir el terrorismo; en voz alta y clara, todos lo comprenden así, tienen que ser ahora lanzadas al público unas palabras en favor del perseguido, unas palabras en contra del perseguidor.

En voz alta y clara. . ., pero ¿cómo sería en aquella hora posible? Hay tiempos en los que las más simples y manifiestas verdades de la humanidad tienen que ser envueltas en niebla y disfrazadas para que lleguen a los hombres; en que los pensamientos más humanos y santos tienen que pasar de contrabando como ladrones por las puertas de escape, embozados y rebujados, porque el portal principal está guardado por los alguaciles y aduaneros del tirano. Repítese siempre el hecho absurdo de que mientras todas las provocaciones de un pueblo a los otros pueblos de una religión contra las otras, están siempre admitidas a libre plática, todas las tendencias conciliadoras, todos los ideales pacifistas y conformadores son sospechosos y se las reprime, a pretexto de que perjudican a cualquier autoridad (siempre diferente) estatal o divina, y debilitan, en forma "derrotista", el celo piadoso o patriótico con su voluntad de humanización. De este modo, bajo el terrorismo de Calvino, en manera alguna pueden Castalión y los suyos atreverse a exponer clara y abiertamente sus opiniones; un manifiesto de la tolerancia, una apelación a la humanidad, tal como la planean, caería desde el primer instante bajo el secuestro de la

dictadura eclesiástica. A la fuerza, por lo tanto, sólo se le puede salir al encuentro por medio de la astucia. Un nombre plenamente inventado, *"Martinus Bellius"*, es puesto como el del editor y un fingido lugar de impresión (Magdeburgo en vez de Basilea) estampado en la portada; pero, ante todo, el texto mismo de este llamamiento para salvación de los injustamente perseguidos preséntase disfrazado con apariencias de obra científica, de obra teológica; debe parecer que sólo de un modo puramente académico, ante autoridades altamente instruidas, eclesiásticas y civiles, se discute la cuestión: *De haereticis an sint perseguendi et omnino quomodo sit cum eis agendum multorum tum veterum tum recentiorum sententiae*, es decir: "De si los herejes han de ser perseguidos y de cómo se debe proceder con ellos probado con sentencias de muchos autores tanto antiguos como modernos". Y, en realidad, si se hojean sus páginas de un modo superficial, se piensa, efectivamente, el principio, que sólo se tiene entre las manos un tratadillo teórico y piadoso, pues aquí las sentencias de los más célebres padres de la Iglesia, de San Agustín como de San Juan Crisóstomo y de San Jerónimo, se muestran fraternalmente unidas a selectas manifestaciones de grandes autoridades protestantes, como Lutero y Sebastián Frank, o de imparciales humanistas, como Erasmo. Sólo parece encontrarse coleccionada aquí una antología escolástica, una selección de citas jurídico-teológicas de los más diversos filósofos de todos los partidos para facilitar al lector un juicio individual e imparcial sobre esta difícil cuestión. Pero si se le considera más de cerca, vese que, con unanimidad, sólo están escogidos los testimonios que declaran que es inadmisible la pena de muerte contra el hereje. Y la más ingeniosa astucia, la única malicia de este libro, de un fondo tremendamente serio, es que entre los contradictores de Calvino que son aquí citados, se encuentra uno cuya tesis tiene que serle particularmente enojosa: ningún otro sino el propio Calvino. Su propio testimonio, cierto que del tiempo en que todavía era él un perseguido, se opone ásperamente a su actual y ardorosa apelación al hierro y al fuego; con sus propias palabras, tiene que permitir Calvino que el propio Calvino lo califique de anticristiano, pues aparece aquí impreso y firmado con su propio nombre: "Es anticristiano perseguir con las armas al expulsado de la Iglesia y negarle los derechos de la humanidad".

Pero a un libro sólo le da siempre su valor la palabra expresa en él y no las opiniones escondidas y ocultas. Esta palabra la pronuncia ahora Castalión en la dedicatoria del duque de Wurtenberg que le sirve de introducción, y ya sólo con estas palabras del comienzo y de la conclusión eleva la antología teológica por encima de todo su tiempo. Pues, aunque apenas ocupen algo más que una docena de páginas, son, sin embargo, las primeras con las que la libertad de pensamiento reclama su sagrado derecho de ciudadanía en Europa. Escritas en aquella hora sólo en favor de los herejes, son, al mismo tiempo, una llamada a la reconciliación para todos aquellos que, en días más tardíos, a causa de su independencia política o de su concepto del mundo, tienen que sufrir persecuciones de otras dictaduras. Para todos los tiempos queda inaugurado aquí el combate contra el enemigo secular de toda justicia espiritual, contra la estrechez mental del fanatismo que quiere oprimir toda opinión que se aparte de la de su propio partido y queda implantada victoriosamente

frente a él, aquella idea única que puede apaciguar toda hostilidad sobre la Tierra: la idea de la tolerancia.

Con desapasionada lógica, de un modo claro e irrebatible, desenvuelve su tesis Castalión. Plantea la cuestión de si los herejes deben ser perseguidos, y si por un delito puramente espiritual es lícito imponerles la pena de la vida. Esta cuestión viene precedida en el escrito de Castalión por otra decisiva: ¿Que es, en realidad, un hereje? ¿A quién es lícito calificar de tal, sin injusticia? Pues — de este modo razona Castalión con su impávida presencia de ánimo — "no creo que sean herejes todos aquellos a quienes así se les llama. . . Esta designación es hoy tan injuriosa, tan espantable y temible, acarrea tal desprecio, que si alguien quiere deshacerse de un enemigo personal suyo, tiene el camino totalmente cómodo de hacerlo sospechoso de herejía. Pues apenas los demás hombres hayan oído tal cosa, cuando sentirán tal espanto, sencillamente ante el nombre de hereje, que se taparán los oídos, y, con ciego furor, no sólo lo perseguirán a él, sino a todos aquellos que se atrevan a decir una palabra en favor suyo".

Pero Castalión no quiere juzgar a nadie con tal histerismo persecutorio. Sabe que cada época elige siempre un grupo distinto de desdichados para descargar sobre ellos su acumulado odio colectivo. Cada vez se selecciona, ya por su religión, ya por el color de su piel, por su raza, su ascendencia, su ideal social, su concepto del mundo, un grupo más pequeño y más débil por el grupo más numeroso y más fuerte para descargar sobre él las energías aniquiladoras latentes en lo humano; los lemas, los pretextos van cambiando sucesivamente, pero siempre sigue siendo el mismo el método de calumnia, de desprecio, de aniquilamiento. A un hombre espiritual, sin embargo, no le es jamás lícito dejarse deslumbrar por tales recónditas palabras condenatorias ni arrebatar por el furor instintivo de las masas: tiene siempre que buscar lo justo, con nueva serenidad y justicia; por ello en el problema del hereje, niégase Castalión a exponer ninguna opinión antes de haber penetrado por completo el sentido de esta palabra de odio.

¿Qué es, pues, un hereje? Una y otra vez vuelve Castalión a plantear este problema ante sí mismo y ante el lector. Y ya que Calvino y los otros inquisidores apelan a la Biblia como al único cuerpo legal valedero, investiga también en ella página tras página. Pero es el caso que en modo alguno encuentra allí ni la palabra ni el concepto: tenían que venir primero una dogmática, una ortodoxia, una doctrina unitaria para inventarlo, pues para rebelarse contra la Iglesia tenía primero que ser fundada, como institución, una Iglesia. Las Sagradas Escrituras es cierto que hablan de los ateos y de su necesario castigo. Pero un hereje no es preciso, en modo alguno, que sea un ateo — el caso de Servet lo ha demostrado; — por el contrario, precisamente los que son llamados herejes, y del modo más encendido los anabaptistas, afirman ser los auténticos, los verdaderos cristianos y veneran al Salvador como al modelo más sublime y amado. Ya que nunca un turco, un judío, un pagano, son llamados herejes, la herejía tiene que ser un delito que crece exclusivamente dentro del cristianismo. Por lo tanto, nueva definición: herejes son aquellos que, aunque cristianos, no siguen el "verdadero" cristianismo, sino que, por

su propio arbitrio, en diversos puntos aislados se apartan de la interpretación "auténtica".

En apariencia, estaría encontrada con esto la valedera definición. Pero — ¡ fatídica cuestión! — entre todas las interpretaciones, ¿cuál es el "verdadero" cristianismo, cuál es el "auténtico" sentido de la palabra de Dios? ¿El de la exégesis católica, el de la luterana, el de Zwinglio, el de las anabaptistas, el de los husitas, el de los calvinistas? ¿Existe realmente una seguridad absoluta en cuestiones religiosas? ¿Es, en efecto, siempre inteligible la palabra de las Sagradas Escrituras? Castalión — el contrarío del pedante Calvino, — tiene el valor de responder con un modesto "no". Ve, en las Sagradas Escrituras, cosas comprensibles al lado de otras incomprensibles. "Las verdades de la religión — escribe con el más profundo espíritu religioso, — según su misma naturaleza, son misteriosas y aun hoy, al cabo de mucho más de mil años, constituyen el objeto dé una eterna disputa en la cual la sangre no quiere dejar de correr, en cuanto el amor no ilumina a los espíritus y no tiene la última palabra. "Todo aquel que interpreta la palabra de Dios puede caer en falta e incurrir en errores, y, por eso, el primer deber sería el de una tolerancia mutua. "Si todas las cosas fueran tan claras y manifiestas como es claro que hay un Dios, todos los cristianos podrían fácilmente ser de la misma opinión sobre estas cosas, lo mismo que todas las naciones están concordes en el reconocimiento de que hay un Dios; pero, una vez que todo es oscuro y confuso, deberían los cristianos no juzgarse unos a otros, y ya que somos más sabedores que los paganos, seamos también mejores y más compasivos que ellos".

De nuevo ha avanzado Castalión un paso adelante en su investigación: es llamado hereje aquel que, aunque reconoce las leyes fundamentales de la fe cristiana, no lo hace en la forma autoritariamente exigida en su país. Herejía, por lo tanto — llégase por fin a la más importante distinción, — no es un concepto absoluto, sino relativo. Un calvinista constituye naturalmente un hereje para un católico, y, del mismo modo, también naturalmente, lo es un anabaptista para los calvinistas; el mismo hombre que pasa en Francia por poseedor de la verdadera fe, es un hereje en Ginebra e inversamente. El que en un país es quemado como hereje, es un mártir para el país vecino: "mientras que tú, en una ciudad o comarca, pasas por verdadero creyente, sólo por ello serás ya considerado como hereje en el país inmediato, en forma que hoy, si alguien quisiera vivir sin ser molestado, tendría que tener tantas convicciones y religiones como ciudades y países hay sobre la tierra". De este modo, llega Castaíión a su última y más atrevida fórmula: "Si reflexiono acerca de lo que, en realidad, sea un hereje, no encuentro otro carácter sino que designamos como hereje a aquel que no concuerda con nuestra opinión".

Esto parece una frase totalmente sencilla, de una evidencia casi trivial. Pero pronunciarla de un modo franco y despreocupado, significaba entonces un enorme consumo de valor moral. Pues, con ello, una época entera, con sus directores, príncipes y sacerdotes, católicos y luteranos, es abofeteada por un solo ser humano, aislado e impotente, al probarle que su cruel caza de herejes es una insensatez y un criminal delirio. Los inocentes perseguidos contra todo derecho, todos los miles y decenas de

miles de hombres ahorcados, ahogados y quemados, no han cometido crimen de ninguna especie contra Dios ni el Estado; en el ámbito real de la acción, no se han apartado en nada de los otros, sino sólo en el orbe invisible del pensamiento. Pero ¿a quién le corresponde el derecho de juzgar los pensamientos de un hombre, equiparar sus íntimas y particulares convicciones con un vulgar delito? No al Estado, no a las autoridades. Al cesar, según la sentencia del Evangelio, no le corresponde más que lo que es del cesar, y literalmente aduce Castalión la frase de Lutero de que el reino terrenal sólo tiene fuerza sobre los cuerpos; mas en cuanto a las almas, no quiere Dios que ningún derecho terreno impere sobre ellas. El Estado puede exigir de cada subdito la abstención de lo que perturbe el orden externo y político. Toda intromisión de cualquier autoridad en el íntimo mundo de las convicciones morales, religiosas — y artísticas nosotros añadiríamos, — en cuanto no producen una visible rebelión contra el ser del Estado (una agitación política, diríamos nosotros), significa una usurpación y una invasión del inviolable derecho de la personalidad. En lo que afecta a su propio mundo interno, nadie tiene responsabilidad, ni necesita justificarse ante ninguna instancia del Estado, pues "cada uno de nosotros tiene que dirigir por sí mismo sus relaciones con Dios". La fuerza del Estado no es competente en asuntos de opinión. ¿Por qué, pues, este repugnante escándalo, con espumeantes labios, cuando alguien, en su concepción del mundo, tiene convicciones personales; por qué este incesante gritar apelando a la policía del Estado, por qué este odio mortal? Sin voluntad de conciliación, es imposible que haya una verdadera humanidad, pues sólo "cuando nos dominamos íntimamente podemos vivir juntos y en paz, y aun cuando seamos a veces diferentes en nuestras opiniones, por lo menos nos comprendemos y nos acogemos con mutua benevolencia en lo que afecta al amor y al lazo de la paz, hasta que lleguemos a la unificación de la fe".

La culpa de estas espantosas carnicerías, de estas bárbaras persecuciones que deshonran la dignidad humana, no reside, pues, en los herejes que no cometen falta alguna (¿quién sería responsable de sus pensamientos, de sus convicciones?) ; el culpable, el eterno culpable, del delirio asesino y la salvaje perturbación de nuestro mundo, lo es, según Castalión (el fanatismo, la intolerancia de los ideólogos que quieren siempre que sólo sean tenidas por verdaderas sus ideas, su religión, su concepción del mundo.) Despiadadamente, saca Castelión a la vergüenza pública este furibundo orgullo y satisfacción de sí. Los seres humanos están tan poseídos de su propia opinión, o más bien de la falsa certidumbre que tienen de su opinión, que desprecian soberbios a los otros; de esta soberbia se originan las crueldades y persecuciones, en forma que ya nadie quiere soportar a los otros tan pronto como no son de su misma idea, aunque, en el día de hoy, hay casi tantas opiniones diversas como hombres. No obstante, no se encuentra una sola secta que no quiera juzgar a todas las demás y dominar ella sola. Y de ahí derivan todas estas proscripciones: destierros, encarcelamientos, quemas, ahorcaduras, toda esta miserable furia de ejecuciones y suplicios, que se ejecutan a diario, y sólo a causa de cualquier opinión que desagrada a los grandes señores, y con frecuencia hasta sin ninguna razón determinada". Sólo de la terquedad procede la obstinación; sólo de la intolerancia

"aquel indómito y bárbaro placer de cometer crueldades, y se ve a muchos, en el día de hoy, inflamados hasta tal punto por estas excitantes calumnias, que se ponen furiosos si uno de aquellos a quienes hacen ejecutar es estrangulado y no quemado a fuego lento del modo más martirizador".

Una cosa única puede, por ello, a juicio de Castalión, salvar a la humanidad de esta barbarie: la tolerancia. Nuestro mundo tiene cabida para muchas verdades y no para una sola.W si los hombres así lo quisieran, éstas podrían vivir unas junto a otras. "¡Soportemos los unos a los otros y no juzguemos la fe de los demás!" Superfluos son, por lo tanto, estos feroces gritos contra el hereje; innecesarias todas las persecuciones por cosas espirituales. Y mientras Calvino, en su escrito, anima a los príncipes a que empleen la espada para una total extirpación de los heréticos, implórales así Castalión: "Inclinaos más bien del lado de la benevolencia y no obedezcáis a aquellos que os hostigan para que asesinéis, pues no podrán estar a vuestro lado, como auxiliares, cuando tengáis que rendir vuestras cuentas ante Dios; ya les dará bastante que hacer su propia defensa. Creedme: si Cristo estuviera aquí presente, jamás os aconsejaría que matarais a los que confiesan su nombre, aunque erraran en algunos detalles o siguieran falsas vías".

Con la imparcialidad que corresponde serlo ante un problema espiritual, ha recorrido Sebastián Castalión la peligrosa senda de estudiar la culpabilidad o inocencia de los llamados herejes. Ya ha examinado, la ha pesado. Y si ahora, por íntima convicción, exige paz y libertad para estos perseguidos y expulsados, a pesar de su interna certidumbre expone semejante tesis de un modo casi humilde. Mientras los sectarios, como pregoneros del mercado, alaban sus dogmas, en voz alta y aguda y de modo estrepitoso; mientras cada uno de aquellos doctrinarios de frente estrecha clamorean incesantemente desde el pulpito que ellos y sólo ellos venden al menudeo la pura y verdadera doctrina, que ellos y sólo ellos anuncian con su voz la voluntad y palabra de Dios, Castalión dice simplemente: "No hablo con vosotros como si fuera un profeta enviado por Dios, sino sólo como uno de tantos hombres, miembro de la muchedumbre que aborrece las disputas y que sólo desearía que la religión no fuera demostrada con querellas, sino con un amar compasivo; no con usos externos, sino con íntimas devociones del corazón". Los doctrinarios se dirigen siempre a los otros hombres como a siervos y discípulos. Los humanitarios hablan siempre como un hermano con su hermano, como un hombre con otro.

Pero a un ser humano verdaderamente humanitario no le es posible permanecer sin emoción cuando ve que ocurren actos inhumanos. La mano de un honrado escritor no puede escribir serenamente, fría y con conceptos abstractos, cuando le tiembla el alma por el frenesí de su tiempo; su voz no es capaz de seguir siendo mesurada si los nervios le arden de justa indignación. De este modo, tampoco Castalión, a la larga, es capaz de contenerse y desarrollar únicamente unas investigaciones académicas en presencia de aquel palo del martirio de Champel, al cual, con las angustias de la muerte, está amarrado un inocente, un ser humano sacrificado en vida al mandato de un hermano espiritual suyo, un hombre de letras mandado matar por otro hombre de letras, un teólogo por otro teólogo, y además, de ello, en nombre de la religión, del

amor. Llevando ante el alma la imagen del martirizado Servet, y la cruel persecución colectiva del hereje, alza Castalión la mirada por encima de las páginas de su escrito y busca al promotor de estos horrores, que, en vano, quiere disculpar su intolerancia personal bajo el piadoso servicio de Dios. Dirige su mirada hacia los duros ojos de Calvino al exclamar: "Y por muy crueles que puedan ser estas cosas, todavía cometen sus autores un pecado más espantoso cuando tratan de cubrir tales crímenes con el manto de Cristo y simulan que, con ello, han cumplido su divina voluntad". Sabe que los desaforados autores de tales atrocidades procuran en todo tiempo adornar con cualquier ideal religioso o filosófico sus actos execrables Apero la sangre ensucia toda idea y la violencia envilece todo pensamiento. No, Miguel Servet no fue quemado por mandato de Cristo, sino por orden de Jehan Calvin, pues toda la cristiandad quedaría deshonrada en la Tierra con semejante hecho, "¿Quién querría aún hoy ser cristiano — exclama Castalión — si aquellos que se reconocen como tales fueran destrozados con el fuego y el agua y tratados de modo más cruel que los asesinos y bandidos?... c Quién debe querer servir todavía a Cristo si ve que en el día de hoy cualquier persona que, en cualquier particularidad, no concierta con aquellos que han arrebatado para sí el poder y la fuerza es quemado vivo en nombre de Cristo, aunque en medio de las llamas confiese a gritos que cree en él?".

Por ello, según el sentir de este hombre magníficamente humano, es preciso que sea puesto por fin un dique a la locura, que no sea permitido martirizar y asesinar a los hombres sólo porque se resistan, en lo espiritual, a la opinión de los poseedores de la fuerza en aquel momento. Y como ve que los poseedores de la fuerza vuelven siempre a usar mal de su poder, y que, sobre la Tierra nadie sino él solo, único, pequeño, débil, abraza la causa de los perseguidos y expulsados, alza desesperado la voz hasta el cielo y su apelación termina con un extático himno en alabanza de la compasión, "¡Oh Cristo, creador y rey del mundo!, ¿ves estas cosas? ¿Te han convertido, en realidad, en totalmente distinto de lo que fuiste en tu vida terrena, en tan cruel y hostil contra ti mismo? Cuando te demoraste sobre la Tierra, nadie había más dulce, más bondadoso que tú; ninguno sufría las befas de modo más benigno; injuriado, escupido, burlado, coronado de. espinas, crucificado entre ladrones, en medio de la humillación más profunda, rogaste por aquellos que te inferían todas estas ofensas y denuestos. ¿Es verdad que estás tan transformado ahora? Te imploro, evocando el santísimo nombre de tu padre, ¿ordenas tú, realmente, que aquellos que no cumplan todas tus disposiciones y mandamientos, tal como lo exigen los que dicen enseñar en tu nombre, sean ahogados en el agua, destrozados con tenazas hasta las entrañas, cubiertos de sal, despedazados por la espada, tostados a fuego lento y mortalmente atormentados con toda suerte de martirios tan pausados como sea posible? ¿Apruebas realmente tales cosas, oh Cristo? ¿Son, en realidad, servidores tuyos los que producen tamañas carnicerías, los que hacen, de ese modo, que la gente sea despellejada y despedazada? ¿Estás realmente allí presente, cuando se invoca tu nombre como testigo en estas tremendas jiferías, como si estuvieras hambriento de carne , humana? Si en realidad tú, ¡oh Cristo!, hubieras

dispuesto tales cosas, ¿qué restaría para Satán? ¡Espantosa blasfemia la de decir que haces tú estas cosas, las mismas que opera el eterno enemigo! ¡Miserable corazón el de los hombres capaces de atribuir a Cristo lo que sólo puede ser voluntad e invención del demonio!" Si Sebastián Castalión no hubiera escrito nada más que este prólogo al libro *De los herejes,* y, en este prólogo, sólo esta página, su nombre tendría ya que permanecer inmarcesible en la historia de la humanidad. Pues ¡qué solitaria se alza esta voz, qué poca esperanza tiene su emocionante imprecación de ser oída en un mundo donde las armas resuenan más que las palabras y la guerra asume para sí las últimas resoluciones! Pero aunque hayan sido innumerables veces anunciadas por todas las religiones y por todos los maestros del saber, siempre hay que presentar de nuevo estas humanísimas exigencias ante el recuerdo de la olvidadiza humanidad. "Sin duda que no digo cosa alguna — añade . el modesto Castalión, — que otros muchos no hayan ya dicho antes. Pero no es ocioso para nadie el que sea repetido lo que es verdadero y justo tantas veces como sean precisas hasta que forzosamente lleguen a imponer su validez". Ya que la acción de la violencia, en aquella época, se presenta en renovadas formas, es preciso también que sea renovada por los espirituales la lucha contra ella; jamás les será lícito la huida bajo pretexto de que en aquella hora es demasiado fuerte la violencia, y, por lo tanto, no tiene sentido el oponérsele con la palabra. Pues lo necesario jamás ha sido dicho demasiadas veces y nunca la verdad es formulada en vano. (Aun cuando no sea vencedora, la palabra manifiesta, no obstante, su eterna presencia, y quien en tales horas la sirve ha testimoniado, en lo que a él toca, que ningún terrorismo tiene poder sobre un alma libre, y que, aún en el siglo más inhumano, queda, sin
embargo, espacio para la voz de la humanidad.

UNA CONCIENCIA CONTRA LA FUERZA

AQUELLOS hombres que, del modo más desconsiderado, procuran oprimir las opiniones ajenas, son siempre los que más dolorosamente se ofenden con toda contradicción a su propia persona.] De este modo, también Calvino consideró como una monstruosa injusticia el que el mundo se permitiera discutir la ejecución de Servet, en vez de alabarla con entusiasmo, como una acción piadosa y grata a Dios. Con toda gravedad, el mismo hombre, que, sin compasión alguna, sólo por una diferencia principial de opiniones, hizo achicharrar a fuego lento a otro hombre, exige que no haya piedad para el sacrificado, sino simpatía hacia él. "Si conocieras sólo la décima parte de las injurias y ataques a que estoy expuesto — escríbele a un amigo —, tendrías lástima

de mi triste situación. Por todas partes me gruñen los perros; todos los imaginables denuestos son amontonados sobre mí con mayor furia que los adversarios públicos del campo papista me atacan ahora las envidias y odios de mi propio campo". Lleno de enojo tiene que comprobar Calvino que, a pesar de sus citas bíblicas y de sus razonamientos, no se está dispuesto a aceptar calladamente la eliminación de Servet; y esta nerviosidad de su mala conciencia asciende hasta una especie de pánico tan pronto como sabe que Castalión y sus amigos preparan en Basilea una réplica a su escrito.

La primera idea de su temperamento tiránico es siempre la de la represión, la censura y el amordazamiento de toda opinión adversa. Inmediatamente después de la primera noticia, corre Calvino a su pupitre y, sin conocer en modo alguno el libro *De Haereticis*, acosa anticipadamente a los sínodos suizos para que, en todo caso, acuerden inhibirse. ¡Que no se discuta más! Ha hablado Ginebra, *Genqva locuta est;* todo lo que ahora quieran manifestar los otros acerca del caso de Servet, tiene, por tanto, que ser anticipadamente considerado como error, insensatez, mentira, herejía, blasfemia, ya que lo contradice a él, a Calvino. La pluma corre diligentemente: el 28 de marzo de 1 554 le escribe ya a Bullinger diciéndole que precisamente entonces se acaba de imprimir en Basilea un libro, bajo nombre supuesto, en el cual Castalión y Curione quieren probar que no se debe eliminar violentamente a los herejes. Tal doctrina errónea no tiene derecho a entrar en circulación, pues es como un "veneno el presentarse ahora en favor de la indulgencia y negar que las herejías y blasfemias deban ser castigadas". ¡A todo prisa, pues, la mordaza para la embajada de la tolerancia!" Plega a Dios que los pastores de esta iglesia, aunque sea tarde ya, velen para que ese daño no continúe extendiéndose". Pero no es suficiente esta única llamada; al día siguiente, requiere, aún con mayor insistencia, a su imitador Theodor de Beze: "Han impreso en el título el nombre de Magdeburgo, pero, según creo, este Magdeburgo está en el Rhin: sabía yo ya desde hace tiempo que se preparaba allí sofísticamente tal vergüenza. Y pregunto ahora: *¿qué* queda aún en pie de la religión cristiana si se consiente lo que esos reprobos han vomitado en su prólogo?"

Pero es ya demasiado tarde; el tratado se ha adelantado al intento de represión, y ahora, cuando el primer ejemplar llega a Ginebra, inflámase allí un verdadero incendio frenético de espanto. ¿Cómo? ¿Ha habido hombres capaces de poner lo humanitario por encima de lo autoritario? Los que disienten ¿deben ser tratados con miramientos y fraternalmente en vez de ser arrastrados a la hoguera? A cada cristiano, y no sólo a Calvino, ¿le ha de ser lícito interpretar las Sagradas Escrituras, según su propio sentir? Con ello, correría peligro la Iglesia — Calvino, naturalmente, piensa, mi "Iglesia. — A una señal dada, es lanzado desde Ginebra el clamor de herejía. Ha sido inventada una nueva herejía — gritan a todos los vientos, — una herejía especialmente peligrosa, el "bellianismo", — así designan desde entonces la doctrina de la tolerancia en cuestiones de fe, según el nombre de su apóstol: Martnus Bellius (Castalión). — ¡A pisotear, pues, rápidamente este fuego del infierno antes que se extienda por la tierra. Y en su primera cólera ante la exigencia de tolerancia, aquí por primera vez proclamada, escribe de Beze: "¡Desde el comienzo del

cristianismo, no se habían oído aún tales blasfemias!"
Al punto, en Ginebra, celébrase un consejo de guerra: ¿se debe contestar o no se debe contestar? El sucesor de Zwingli, Bullinger, a quien los ginebrinos habían rogado con tanta insistencia para que el libro fuera suprimido a su debido tiempo, aconseja prudentemente desde Zurich: el libro será olvidado por sí mismo; por ello, se procedería mejor no oponiéndose a él en modo alguno. Pero Farel y Calvino, en su ardiente impaciencia, se obstinan en querer una respuesta pública. Y como Calvino prefiere mantenerse oculto en el foro, después de las malas experiencias de su primera defensa, confía a uno de sus más jóvenes partidarios, a Theodor de Beze, el que conquiste las espuelas teológicas y su agradecimiento de dictador con un ataque impetuoso contra la "satánica" doctrina de la tolerancia.

Theodor de Beze, en lo personal un hombre piadoso y honrado, que, como recompensa a muchos años de obediente servicio, llegó a ser después el sucesor de Calvino, sobrepasa aún a éste en su odio frenético contra todo hálito de libertad espiritual, como siempre les acontece a los espíritus no independientes ante el espíritu creador. De él procede aquella espantosa frase de que la libertad de conciencia es una doctrina del demonio: *libertas conscientiae diabolicum dogma.* Por lo tanto, ¡nada de libertad ¡(Mejor achicharrar a los hombres y matarlos a sangre y fuego que sufrir el engreimiento de un pensar independiente; "mejor es tener un tirano y que además sea cruel" — afirma$_s$ celosamente, de Beze, — que la licencia de que a cada cual le sea lícito proceder según su personal sentido. . A Afirmar que no es lícito castigar a los herejes es como si se dijera que no se debe matar a los asesinos de su padre y de su madre, ya que los herejes son todavía mil veces más criminales que aquéllos". Después de esta muestra, ya puede uno imaginarse en qué furor se exalta este inflamado libelo contra el "bellianismo". ¿Cómo es posible? Estos "monstruos disfrazados de hombres" *(monstres déquisés en hornmes)* ¿deben aún, al final, ser tratados con humanidad? ¡No! ¡Primero la disciplina y sólo después la humanidad! En ningún caso ni a ningún precio le es lícito a un jefe espiritual ceder ante un movimiento de piedad cuando se trata de la doctrina, pues tal caridad no sería cristiana, sino diabólica ("*chanté diabolique et non chrétienne")* ; por primera, pero no por última vez, encuéntrase aquí la teoría militante de que el humanitarismo — el *"crudelis humanitas"* como fórmula de Beze, — es un crimen contra la humanidad, la cual sólo con una disciplina de hierro y una severidad sin miramientos puede ser conducida hacia un fin ideológico. No es lícito "ser indulgente con algunos lobos trashumantes si no han de serles entregados todos los creyentes rebaños de Cristo… Noramala esa aparente mansedumbre que, en verdad, es la crueldad más extrema", exclama de Beze en su furia fanática contra el "bellianismo", y conjura a las autoridades para que no cejen en "atacar virtuosamente con la espada" *(frapper vertueusement de se glaive).* Al mismo Dios, cuya piedad invoca un Castalión en la plenitud de su piedad propia y con cuyo auxilio quiere por fin poner término a esta carnicería bestial, lo invoca el pastor de Ginebra, con todo el ardor de su odio ferviente, a fin de que no ponga obstáculo a las matanzas, para que quiera "prestar la suficiente grandeza y firmeza

de alma a los príncipes cristianos para que sean extirpados por completo estos dañinos seres". Pero ni aun este aniquilamiento de los disidentes le parece bastante cruel al espíritu vindicativo de de Beze. Los herejes no sólo deben ser muertos, sino que en su ejecución deben ser empleadas cuantas formas de tormento puedan imaginarse, y, por anticipado, con esta piadosa indicación, disculpa ya de Beze todas las torturas que sean inventadas: "Si tienen que ser castigados conforme a la magnitud de su crimen, creo yo que apenas será posible encontrar un medio de martirio que pueda guardar relación con las monstruosas dimensiones de su delito".

Sólo con repugnancia llegamos a copiar tales himnos al terrorismo, tales espantosos razonamientos de la antihumanidad. Pero es necesario hacerlos constar y expresarlos palabra por palabra para que se comprenda el daño en que habría caído el mundo protestante si se hubiera dejado arrastrar hacia una nueva Inquisición por el frenesí de odio de los fanáticos ginebrinos, y también para celebrar en su justo merecimiento la empresa que se atrevían a acometer aquellos varones, valientes y prudentes, que se oponían al delirio antiherético de estos energúmenos, a la verdad, con peligro y sacrificio de su vida. Pues para "neutralizar" a tiempo bastante la idea de la tolerancia, propone tiránicamente en su libelo de Beze, la exigencia de que todo amigo de la tolerancia, todo defensor del "bellianismo", deba desde entonces ser tratado como "enemigo de la religión cristiana", esto es, que debe ser quemado. "En sus propias personas debe serles aplicado cada punto de la tesis que yo presento aquí, para el castigo por las autoridades de los herejes y blasfemos". Y a fin de que Castalión y sus amigos no queden ignorantes de lo que les espera si persisten en la defensa de los perseguidos por sus opiniones, de Beze amenaza también con el puño cerrado, diciendo que el lugar de impresión falsamente expresado y el seudónimo puesto delante del libro, no les "salvará de la persecución, pues todo el mundo sabe quién sois y lo que os proponéis. . . Recibís el aviso a tiempo bastante, Bellius, Montfort y toda vuestra pandilla".

Bien se echa de ver: sólo en apariencia constituye una tesis académica el libelo de de Beze; su verdadero sentido reside en esta amenaza. Los aborrecidos defensores de la libertad espiritual deben saber, por fin, que arriesgan su vida prosiguiendo más adelante en aquella solicitación de humano trato para los disidentes, y, en su afán de hacer que cometa una imprudencia la cabeza del "bellianismo", Sebastián Castalión, de Beze acusa provocativamente de cobardía a este hombre tan animoso. Escribe con befa: "Esa persona que, otras veces, se nos apareció como tan audaz y osada, muéstrase tan cobarde y angustiada en este libro que no habla más que de compasión y benignidad, que sólo de un modo encubierto y enmascarado se atreve a asomar la cabeza". Acaso espera que Castalión, en vista del peligro, dirá abiertamente su nombre y reconocerá su falta, haciéndose atrás con prudente espanto; pero Castalión acepta el desafío. Ya que la ortodoxia de Ginebra quiere elevar su reprobable acción hasta convertirla en dogma y regla de conducta para todos, este apasionado amigo de la paz se ve obligado a entrar en franca guerra. Conoce que han llegado las horas decisivas. Si el crimen cometido con Servet no es llevado, en última instancia, ante el

tribunal de toda la humanidad, con esta hoguera se encenderán cientos y miles, y lo que hasta ahora no fue más que una aislada acción criminosa, se generalizará hasta constituir un principio asesino. Resueltamente, prescinde Castalión de su propio trabajo literario y erudito, para escribir el *J'accuse* de su siglo, la acusación contra Juan Calvino a causa de un asesinato religioso cometido en la plaza de Champel en la persona de Miguel Servet. Y esta acusación pública *Contra libellum Calvini,* aunque dirigida contra una personalidad aislada, llega a ser, gracias a su fuerza moral, uno de los escritos polémicos más sublimes que jamás hayan sido compuestos contra toda tentativa de esclavizar a la palabra por medio de la ley, a las libres opiniones por la imposición de lina forzosa doctrina, a la conciencia, siempre nacida libre, por medio de la fuerza eternamente despreciable.

Hace años y años que Castalión conoce a su adversario y que conoce también sus métodos. Sabe que Calvino convertirá todo ataque contra su persona en un ataque contra la "doctrina", contra la religión y hasta contra Dios. Por ello, hace constar Castalión desde el principio que su escrito *Contra libellum Calvini* ni representa ni juzga las tesis de Servet, y que, en modo alguno, se propone entrar en cuestiones religiosas o exegéticas, sino que únicamente presenta una querella contra el hombre Jehan Calvin que ha dado muerte a otro hombre, Miguel Servet. Con la firme resolución de no soportar, desde el comienzo, ninguna retorsión sofística, plantea con toda claridad, como un jurista, desde las palabras del principio, el proceso que se propone desarrollar. Comienza así su escrito acusatorio: "Jehan Calvin goza hoy de gran autoridad y yo desearía que fuera aun mayor si le viera animado de más benignas intenciones. Pero su acción última fue una sanguinaria ejecución y constituye una amenaza para muchos hombres piadosos. Por eso yo, que aborrezco el derramamiento de sangre, (¿no debería hacer lo mismo todo el mundo?) acometo con la ayuda de Dios la empresa de descubrir ante el mundo entero sus propósitos y sacar de su error siquiera a algunos de los que han sido descarriados por sus falsas opiniones.

"El 27 de octubre del pasado año de 1553 fue quemado en Ginebra, a causa de sus convicciones religiosas, por instigación de Calvino, pastor de aquella iglesia, el español Miguel Servet. Esta ejecución provocó muchas protestas, especialmente en Italia y en Francia, y, como respuesta a estas acusaciones, Calvino publicó al instante un libro, según todas las apariencias compuesto del modo más hábil, en el cual se propone justificar su propia conducta, combatir a Servet y demostrar, con ello, además, que Servet era merecedor de la pena de muerte. Quiero someter a un examen crítico el citado libro. Conforme a su costumbre, Calvino llegará quizás hasta llamarme discípulo de Servet; pero no quiero que nadie sea inducido a error. No defiendo las tesis de Servet, sino que ataco las falsas tesis de Calvino. Dejo por completo a un lado toda discusión sobre el bautizo, la Trinidad y todas las cuestiones análogas; tampoco poseo los libros de Servet, que Calvino hizo quemar, y no sé, por lo tanto, qué ideas representaba aquél. Sólo en aquellos otros Gpuntos que no se refieren a tales diferencias fundamentales entre las opiniones, probaré los errores de Calvino, y cada cual puede ver quién es este hombre que ha

sido desconcertado por la sangre. No procederé contra él del modo como procedió él contra Servet, a quien primero mandó quemar vivo con sus libros, y, ahora que está muerto, le injuria todavía. El adversario de Servet, cuando, después de haber quemado los libros con el autor, tiene ahora la osadía de remitirnos a esos libros al citar algún pasaje aislado de los mismos, comete un acto análogo al del incendiario que, después de haber reducido a cenizas una casa, nos invitara a examinar los objetos del moblaje en cada una de las habitaciones. En lo que a nosotros se refiere, no quemaremos jamás a un autor, no quemaremos jamás una obra. El libro que combatimos puede leerlo cada cual; existe en dos ediciones, una latina y otra francesa, y, a fin de que no sea posible ninguna objeción, los párrafos que quiero reproducir y mi respuesta quedarán siempre numerados con la misma cifra".

Una discusión no puede ser llevada de modo más honrado. Calvino, en su libro impreso, estableció de modo inequívoco su punto de vista, y este documento, accesible a todo el mundo, lo utiliza Castalión como un juez de instrucción las declaraciones protocolizadas de un inculpado. Palabra tras palabra, copia otra vez todo el libro de Calvino a fin de que nadie pueda afirmar que ha falseado o cambiado la opinión de su adversario; y, para desbaratar en el lector la sospecha de que ha deformado el texto de Calvino con intencionadas abreviaciones, numera cada uno de los párrafos del libro que combate. De un modo mucho más justo es, pues, conducido este segundo proceso espiritual del asunto Servet de lo que lo había sido, en Ginebra, aquel primero, en el cual el acusado había permanecido glacialmente cautivo en el fondo de una cueva y le había sido negado todo defensor y todo testigo. Libremente, y ante las miradas de todo el mundo humanístico, debe ser desarrollada aquí la causa de Servet hasta su resolución moral.

El fundamento de hecho es claro e indiscutible: un hombre, que todavía cuando era ya lamido por las llamas declaraba su inocencia con voz perceptible, fue ejecutado del modo más cruel por impulso de Calvino y mandato de la justicia ginebrina. Ahora Castalión plantea las decisivas cuestiones siguientes: ¿Qué crimen, realmente, fue el cometido por Miguel Servet? ¿Cómo le fue lícito a Jehan Calvin, que no estaba investido de ningún cargo del Estado, sino sólo de uno eclesiástico, endosar a la municipalidad esta cuestión puramente teológica? ¿Heñía la municipalidad ginebrina derecho a juzgar a Servet a causa de este presunto crimen? Y finalmente, ¿con qué autoridad y conforme a qué ley fue decretada la pena de muerte aplicada a este teólogo extranjero?

En cuanto a la primera cuestión, examina Castalión el protocolo, la propia declaración de Calvino para establecer primero de qué transgresión acusa, realmente, Calvino a Miguel Servet. Y no encuentra ninguna otra inculpación sino la de que Servet, en opinión de Calvino, "deformó el Evangelio de atrevida manera y fue impulsado por un inexplicable afán de novedades". Calvino, por lo tanto, no acusa a Servet de ningún otro crimen, sino de haber llevado a cabo, de un modo independiente y según su voluntad, la interpretación de la Biblia, y, al hacerlo, haber llegado a consecuencias distintas de aquellas a que llegaba Calvino en su propia doctrina de la Iglesia. Pero al instante rebate Castalión: ¿Era acaso Servet el único que practicaba

tales caprichosas interpretaciones del Evangelio dentro del ámbito de la Reforma? Y ¿quién osa afirmar que quebrantaba con ello el verdadero sentido de la nueva doctrina? ¿No había sido esta interpretación individual una de las exigencias fundamentales de la Reforma, y qué otra cosa hicieron los directores de la Iglesia evangélica sino predicar y poner por escrito estas nuevas interpretaciones? Y ¿no fue Calvino, precisamente Calvino con su amigo Farel, el más audaz y resuelto obrero de este derribo y reedificación de la Iglesia, "no sólo porque se entregó a un verdadero desenfreno de renovaciones, sino que de tal modo forzó a los otros, que es ya muy peligroso contradecirle? *De facto,* introdujo más novedades en diez años que la Iglesia católica en seis siglos"; si hay alguien que no tiene derecho a calificar de crimen y a juzgar como tal las nuevas interpretaciones dentro de la Iglesia protestante, ese alguien es Calvino, como el más audaz reformador existido en ella.

Pero desde el punto de vista de la evidencia de su infalibilidad, considera Calvino sus opiniones como auténticas y todas las otras como falsas. Y aquí comienza inmediatamente Castalión con el segundo problema: ¿Quién ha constituido a Calvino en juez de lo verdadero y de lo falso? "Calvino califica, naturalmente, como animados de malas disposiciones a todos aquellos escritores que no se truecan en imitadores de su doctrina. Por eso, exige, no sólo que se les impida escribir, sino también hablar, de modo que sólo él debe poseer el derecho de exponer lo que tiene por auténtico". Pero precisamente esto es lo que Castalión quiere combatir: el que cualquier ser humano o cualquier partido pueda suscitar la pretensión de decir: sólo nosotros sabemos cuál es la verdad y toda otra opinión es errónea. Todas las verdades, pero muy en especial las religiosas, son discutibles y ambiguas, "por ello es pura presunción disputar con tal pedantería acerca de secretos que sólo a Dios pertenecen, como si nosotros fuéramos participantes en sus más ocultos planes, y es soberbia engañarnos con fingir una certidumbre sobre cosas acerca de las cuales, en el fondo, nada sabemos". Desde el principio del mundo sólo daño ha venido de los doctrinarios que declaran con intolerancia que únicamente sus ideas y concepciones son las únicas verdaderas. Sólo estos fanáticos de la unidad de pensamiento y unidad de acción embrollan con su despótico goce en la disputa la paz de la tierra y transforman la natural convivencia de las ideas en hostilidad entre las mismas y mortal discordia. Como a uno de tales instigadores de la intolerancia espiritual, acusa ahora Castalión a Calvino. "Todas las sectas alzan sus concepciones religiosas sobre una interpretación de la palabra divina y todas consideran la suya como auténtica. Según la concepción de Calvino, cada una tendría que perseguir a las otras. Claro que Calvino afirma que su doctrina es la verdadera. Pero las otras afirman lo propio. El dice que las otras se equivocan; las otras afirman lo mismo de él. Calvino quiere ser juez: los otros también. ¿Cómo sería entonces posible encontrar la solución? Pero ¿quién ha constituido a Calvino en supremo juez sobre todos los otros, con el exclusivo derecho de aplicar la pena de muerte? ¿Sobre qué testimonio descansa este monopolio judicial? Sobre el de que posee la palabra de Dios. Pero los otros también afirman poseerla. O sobre que es indiscutible su doctrina. Indiscutible ¿a ojos de quién? Ante los suyos propios, ante los de Calvino. Pero, ¿por qué escribe entonces tantos libros si en verdad la verdad

anunciada por él es tan manifiesta? ¿Por qué no ha escrito ni uno solo para probar, por ejemplo, que el asesinato o el adulterio sean delitos? Porque estas cosas son claras para todo el mundo. Si Calvino, en efecto, ha penetrado y descubierto por sí todas las verdades espirituales ¿por qué no otorga también algún tiempo a los otros para que también por su parte las comprendan? ¿Por qué los aplasta desde el primer momento y les priva, con ello, de la posibilidad de llegar a reconocerlas?"

De este modo queda asentada ya desde ahora una primera cosa decisiva: Calvino, en las cosas espirituales y eclesiásticas, se ha arrogado un papel de juez para el cual no posee ninguna clase de derecho. La misión que le hubiera sido propia sería la de ilustrar a Servet acerca de sus errores, y convertirlo a la buena doctrina, si estimaba equivocadas sus opiniones. Pero, en lugar de explicarse bondadosamente, acudió inmediatamente a la fuerza. "Tú primera acción fue el encarcelamiento; encerraste a Servet y no sólo mantuviste alejados del proceso a cada uno de sus amigos, sino también a todo aquel que no fuera su adversario". Sólo empleó el antiguo y eterno método de discusión de que se valen siempre los doctrinarios cuando llega a hacérseles importuna una discusión: se tapan a sí mismos los oídos y a los otros les amordazan la lengua; pero el ocultarse detrás de la censura revela siempre, del modo más seguro, la inseguridad espiritual de una persona o de una doctrina. Y como si hubiera barruntado anticipadamente su propio destino, invita Castalión a Calvino a que se defina ante un caso de responsabilidad moral. "Te pregunto, Calvino, si tuvieras un pleito con alguien acerca de una herencia y tu adversario lograra del juez que le dejara hablar sólo a él mientras que a ti te fuera prohibido usar de la palabra, ¿no te sublevarías contra tamaña injusticia? ¿Por qué proceder, pues, de otro modo de como quisieras que se procediera contigo? Nos encontramos ante un problema de interpretaciones sobre cosas de fe: ¿por qué nos tapas la boca? ¿Tan convencido estás de la ruindad de tu causa; temes tanto ser vencido y perder tu poder de dictador?"

Durante un momento, interrumpe ahora Castalión su proceso para interrogar a un testigo. Un teólogo bien conocido debe dejar establecido contra el predicador Jehan Calvin que toda persecución por las autoridades temporales por delitos simplemente espirituales no está permitida por las leyes divinas. Pero este gran letrado a quien Castalión le cede la palabra, no es, importunamente, otro sino el mismo Calvino. Muy contra su propia voluntad es introducido en el debate este testigo. "Ya que Calvino afirma que todo es confusión, apresúrase a acusar a los otros para que no se sospeche de él mismo. Pero es evidente que sólo una cosa ha producido semejante confusión, y es su conducta como perseguidor. El hecho único de que haya mandado condenar a Servet ha producido enojo, no sólo en Ginebra, sino en toda Europa, y ha puesto en inquietud a todos los países; ahora procura atribuir a los otros la culpa de lo que ha ejecutado él mismo. Pero, en otro tiempo, cuando Cal vino pertenecía todavía al número de los que sufren persecuciones, hablaba otro lenguaje; entonces, aun escribió largas páginas contra los que perseguían y, a fin de que nadie dude de ello, copio aquí un pasaje de su *Institutio"*.

Y cita Castalión las palabras de la *Institutio,* palabras del Calvino de otros tiempos, por las cuales, probablemente, el Calvino de hoy haría quemar al autor que las compuso. Pues ni en una sola sílaba se desvía este Calvino de otros tiempos de la tesis que defiende ahora Castalión en su

contra; literalmente aparece en la primera edición de la *Institutio* que es "criminal matar a los herejes. Hacerlos perecer por medio del hierro y el fuego es negar todo principio de humanidad". Cierto que apenas llegado al señorío, apresuróse Calvino a tachar de su obra esta confesión de humanidad. En la segunda edición de la *Institutio,* está ya cambiado el texto y ha desaparecido esta clara y resuelta afirmación; así como Napoleón, siendo cónsul y emperador, hizo desaparecer del modo más cuidadoso el libelo jacobino de su juventud, también este jefe eclesiástico, apenas trocado él mismo de perseguido en perseguidor, quiso hacer inencontrable para siempre esta declaración. Pero Castalión no deja que se le escape Calvino. Literalmente estampa las líneas de la *Institutio y* va llamando la atención sobre ellas. "Compare cada cual ahora esta primera declaración de Calvino con sus escritos y actos de hoy y se verá que su presente y su pasado son tan diferentes entre sí como la luz y las sombras. Ya que mandó ejecutar a Servet, quiere ahora la ruina de todas las diversas opiniones que están en su contra. Niega las leyes que estableció él mismo y exige la muerte. . . ¿Asombraráse uno ahora de que Calvino quiera llevar a los otros al suplicio por temor a que hagan demasiado manifiestas su inconstancia y sus cambios y puedan ponerlo a la debida luz? Por haber procedido mal, teme la claridad".

Pero precisamente esta claridad es lo que quiere Castalión. Sin ninguna ambigüedad, debe, por fin, Calvino exponer ante el mundo por qué razones él, el antiguo defensor de la libertad de opiniones, hizo que — mar a Miguel Servet, en medio de los más crueles tormentos, en la abierta plaza del mercado de Champel: y en forma despiadada comienza de nuevo el interrogatorio

Dos preguntas quedan ya contestadas. De la información de hechos, ha resultado primeramente que Miguel Servet no ha cometido ningún otro delito sino uno espiritual, y, en segundo lugar, que por una discrepancia con la interpretación considerada como valedera nadie debe ser considerado como delincuente vulgar. ¿Por qué, pues, pregunta Castalión, en una cuestión puramente teorética y abstracta ha acudido Calvino, como pastor de la Iglesia, a las autoridades temporales para que reprimieran la opinión contraria a la suya? Entre gentes espirituales, las cosas espirituales sólo pueden ser discutidas de un modo espiritual. "Si Servet te hubiera combatido con las armas habrías estado en tu derecho al llamar en tu favor al consejo. Pero como sólo te combatió con la pluma, ¿por qué has procedido contra sus escritos con el hierro y con el fuego? ¿Di, pues, por qué te has escondido detrás de la municipalidad?" El Estado no tiene ninguna especie de autoridad en los íntimos asuntos de conciencia, "no es competencia del municipio defender doctrinas teológicas; la espada no tiene nada que ver con la doctrina ; la doctrina es exclusivamente asunto de clérigos. La justicia no debe proteger a los clérigos de modo distinto de como proteja a un obrero, un trabajador, un médico o un ciudadano, si les es infligido un daño material. Sólo si Servet hubiera querido matar a Calvino, sólo entonces habría tenido la municipalidad derecho para proceder en defensa de Calvino. Pero como Servet sólo luchó con escritos y razonamientos no era li cito responderle en otra forma sino, a su vez, con razonamientos y escritos".

Irrefutablemente rechaza ahora Castalión todo intento de Calvino para justificar su

acción por medio de un superior mandato divino; para Castalión, no hay ningún mandamiento divino, ningún mandamiento cristiano que ordene el asesinato de un hombre. Cuando Calvino, en su escrito, procura apoyarse en que la ley mosaica exige que sean extirpados a sangre y fuego los que tienen falsas creencias, Castalión responde, enojada y agudamente: Pero, ¿cómo quiere Calvino ejecutar en nombre de Dios esta ley que invoca? ¿No tendría entonces que destruir, en todas las ciudades, viviendas, edificios, bestias y utensilios domésticos, si algún día tuviera fuerza militar suficiente para caer sobre Francia y todas las demás naciones consideradas por él como herejes y raer en todas las ciudades los solares de las casas, aniquilar a los hombres, mujeres y niños, y hasta acabar con las criaturas en el vientre de sus madres? "Si Calvino aduce, como justificación, que se dañará el cuerpo de la doctrina cristiana tan pronto como no se posea el valor suficiente para cortar de él un miembro podrido, Castalión responde: "Este apartamiento de los incrédulos del cuerpo de la Iglesia es asunto puramente eclesiástico y significa sólo que al hereje se le excomulga y se le rechaza de la comunidad, pero no que deba quitársele la vida". Jamás en el Evangelio ni en ningún libro de moral del mundo es exigida semejante intolerancia. "Llegarás a decir, en último extremo, que es Cristo el que te ha enseñado a quemar a los hombres?", lanza después contra Calvino, el cual, según él, traza esta desesperada apología "con las manos empapadas en la sangre de Servet". Y como Calvino vuelva a repetir, una y otra vez, insistente, que fue necesario quemar a Servet para defender la doctrina, para proteger la palabra divina; ya que una y otra vez, como todos los déspotas, trata de disculpar su despotismo con un interés sobrepersonal, colocado por encima de él, prorrumpe Castalión en una frase inmortal, que es como un relámpago iluminador en medio de la noche de un oscuro siglo: "Matar a un hombre no es nunca defender una doctrina, sino matar a un hombre. Cuando los ginebrinos ejecutaron a Servet no defendieron ninguna teoría, sino que sacrificaron a un hombre; pero no proclama uno sus creencias quemando a los otros hombres, sino sólo dejándose quemar uno mismo por ellas".

"Matar a un hombre no es jamás defender una doctrina, sino matar a un hombre": palabras magníficas y más que humanas, en su inmarcesible verdad y claridad. Con esta frase, como forjada en duro bronce, ha pronunciado Sebastián Castalión, para todos los tiempos, la sentencia contra toda persecución por diferencia de concepciones. Cualquiera que sean los pretextos lógicos, éticos, nacionales o religiosos que puedan ser fingidos o aducidos para justificar la eliminación de un ser humano, ninguno de estos fundamentos descarga al hombre que cometió u ordenó semejante hecho de su responsabilidad personal. Siempre subsiste la responsabilidad por un derramamiento de sangre, y jamás, con un concepto trascendental puede ser justificado un asesinato. Las verdades pueden ser extendidas, pero no impuestas. Ninguna doctrina se hace más justa, ninguna verdad más verdadera, si grita y se afana por imponerse; ninguna puede ser llevada artificialmente más allá de los límites de extensión que correspondan a su ser y carácter, por medio de una violenta propaganda. Pero mucho menos se hace verdadera una doctrina, una concepción trascendente, persiguiendo a los hombres que se le resisten por razón de sus internas opiniones. Las

ideas de cada cual nacen de recuerdos y sucesos individuales; a nadie obligan sino al individuo que las piensa y siente; no pueden ser reglamentadas ni corporalizadas, y aunque mil veces invoque el nombre de Dios una verdad, y se titule a sí misma santa, jamás le será lícito considerar como justificada la destrucción del santuario de una vida humana, creada por Dios. Mientras que para Calvino, dogmático, hombre de partido, es cosa accesoria el que perezcan por la idea que juzga él como imperecedera los perecederos hombres, para Castalión cada hombre que sufre y muere por sus convicciones es una inocente víctima de cruel sacrificio. Pero la coacción en las cosas espirituales no sólo *es, a* sus ojos, un crimen contra el espíritu, sino también una molestia vana. "¡No forcemos a nadie! Pues nunca la coacción ha hecho a ningún hombre mejor de lo que es. Aquellos que quieren forzar a los hombres a que adopten una fe determinada, proceden tan sin sentido como alguien que, por la fuerza, con un bastón, quisiera empujar hacia abajo los alimentos en la boca de un enfermo". ¡Que termine, de una vez para siempre, la esclavitud de los disidentes! "¡Priva, por fin, a tu personalidad oficial del derecho a la persecución y la violencia! ¡Otórgale a cada cual, como lo desea San Pablo, el derecho de hablar y escribir, y pronto habrás de reconocer de cuánto es capaz la libertad sobre la Tierra, una vez redimida de la coacción".

Todos los hechos están ya probados, contestadas todas las preguntas; ahora, Sebastián Castalión, en nombre de la ofendida humanidad, pronuncia la sentencia — y la historia la ha suscrito. — Un hombre llamado Miguel Servet, un investigador de la ciencia de Dios, un *étudiant de la Sainte Escripture,* ha sido muerto; acusados de esta muerte en la hoguera lo están Calvino, como causante espiritual del proceso, y la municipalidad de Ginebra, como autoridad ejecutante. La revisión moral ha examinado el caso y establecido firmemente que ambas instancias, la eclesiástica lo mismo que la civil, se han excedido de sus atribuciones. El consejo municipal es culpable de una usurpación de funciones, "pues no está llamado a definir el derecho en los delitos espirituales". Y más culpable aún el propio Calvino, que hizo caer sobre él esta responsabilidad. "Por tu testimonio y por el de tus cómplices, el municipio ha dado muerte a un hombre. Y la municipalidad era tan incapaz de decidir en esta causa, como un ciego de distinguir de colores". Calvino es doblemente culpable: es culpable tanto del mandato como de la ejecución de este hecho abominable. Es indiferente el motivo por el cual hizo precipitar en la hoguera a este desgraciado; su acción constituye un crimen. "O bien has hecho ejecutar a Servet porque pensaba lo que decía, o porque, conforme a su íntima convicción, decía lo que pensaba. Si lo has muerto porque expresaba sus íntimas convicciones, entonces lo has muerto a causa de la verdad, porque la verdad consiste en que cada cual diga lo que piensa aun cuando esté en el error. Pero si lo has hecho matar simplemente a causa de una idea errónea, entonces tu deber anterior habría sido el de tratar de ganarlo para las rectas ideas, o el de probarle, con los textos en la mano, que todos los que de buena fe se hallan en error tienen que ser ajusticiados". Pero Calvino mató injustamente, injustamente eliminó a su contradictor; por todo ello es culpable y culpable del premeditado homicidio. . ,

Culpable, culpable y culpable; de un modo triplemente amenazador, con el duro son metálico de la trompeta, es anunciada la sentencia a todos los tiempos; la última, la suprema instancia moral, la humanidad, ha pronunciado la sentencia. Pero ¿de qué sirve salvar el honor de un difunto a quien ningún acto expiatorio puede volver a traer a la luz? Sirve para proteger a los vivientes, y, al imponer la marca del fuego en un acto de inhumanidad, evita la ejecución de otros innumerables. No únicamente el hombre Jehan Calvin debe ser condenado, sino que debe también serlo su libro, que encierra la terrible doctrina del terrorismo y de la represión. "¿No ves, pues, adonde conducen, tu libro y tus acciones? — interpela Castalión al acusado —. Hay muchos que afirman defender el honor de Dios, pero ahora cuando quieran degollar a los hombres podrán invocar tu testimonio. Al seguir tu fatal camino, se mancharán, como tú, de sangre. Como tú harán ejecutar a todos aquellos que son de opinión distinta de la suya". No sólo cada uno de los fanáticos es peligroso en sí mismo, sino el maldito espíritu del fanatismo; no sólo, por lo tanto, es con los hombres, duros, pedantes y ávidos de sangre con los que tiene que luchar el ser humano espiritual, sino con cada una de aquellas ideas que tengan trazas de terrorismo, pues — profético presentimiento en el primer disparo de una guerra de religión de cien años, — "ni aun los más crueles tiranos derramarán tanta sangre con sus cañones como la que habéis vertido vosotros con vuestras sangrientas conjuraciones y la que aun habéis de verter en inmediatos tiempos. ¡Ojalá que Dios se compadezca de la especie humana y abra los ojos a los príncipes y autoridades a fin de que, por fin, se nieguen a realizar un cruento oficio!". Y como Sebastián Castalión en su benigna embajada de tolerancia no es ya capaz de permanecer tranquilo ante las cuitas de los acosados y perseguidos; como eleva allí la voz hasta Dios, en una desesperada plegaria, para que reinen más humanitarios sentimientos sobre la tierra, así en este libro polémico su palabra asciende hasta trocarse en una emocionante maldición contra todos aquellos que, con su odio pedantesco, perturban la paz del mundo; entre los truenos y relámpagos de la más noble indignación contra todo fanatismo, termina su libro con un gran cántico: "Esta infamia de las persecuciones religiosas bramaba ya en los tiempos de Daniel, y como nada vulnerable era hallado en su manera de vivir, dijeron sus enemigos: tenemos que combatirlo por sus convicciones. Exactamente de este modo se procede hoy. Cuando a un enemigo no se le puede atrapar por su conducta moral, se le ataca por la "doctrina", y tal proceder es muy hábil porque las autoridades civiles que, en estos casos, carecen de juicio propio, tanto más fácilmente se dejan convencer. De este modo, se oprime a los más débiles mientras se hacen resonar altamente las palabras de la "santa doctrina". ¡Ah! ¡Cómo abominará Cristo de vuestra "santa doctrina" el día del Juicio! Exigirá cuentas sobre el curso de la vida, no sobre la "doctrina", y si le decís: "Señor, estábamos contigo; hemos enseñado según lo que tú querías", entonces os responderá: "¡Fuera de aquí, criminales!"

"¡Oh, ciegos! ¡Oh, deslumbrados, oh, sanguinarios y dañinos hipócritas! ¿Cuándo reconoceréis, por fin, la verdad, y cuándo cesarán los jueces de la Tierra de derramar ciegamente la sangre de los hombres, conforme a vuestra arbitrariedad?"

LA FUERZA SE DESHACE DE LA CONCIENCIA

RARA vez habrá sido compuesto un escrito polémico más decisivo contra un déspota espiritual, y acaso nunca con análoga fuerza iluminadora y apasionada, que el de Castalión *Contra Libellum Calvini;* merced a su verdad y claridad, tenía que informar hasta a los más indiferentes de aquel tiempo, de que estaba perdida la libertad de pensamiento del protestantismo, y, con ello, la del espíritu europeo, si no se la defendía, a tiempo bastante, de la Inquisición de Ginebra. Conforme a todas las probabilidades humanas, es de suponer, por ello, que, después de la demostración de Castalión, que, en el caso de Servet, no deja efugio alguno, todo el mundo moral habrá suscrito unánimamente la sentencia condenatoria. Quien en tal combate fue apresado y derribado a tierra por aquella mano, parece acabado para siempre, y el manifiesto de Castalión un golpe mortal para la ortodoxia intransigente.

Pero, en realidad, no sucede nada. El deslumbrante escrito polémico de Castalión y su magnífica apelación a la tolerancia no producen ni el más mínimo efecto en el mundo de lo real, y ello, a la verdad, por la más simple y cruel de las razones: porque la obra *Contra Libellum Calvini* no llega a ser impresa; porque este libro, por comisión de Calvino, es agarrotado ya por la censura antes que pueda remover la conciencia de Europa.

En el último momento — circulan ya copias del modo más secreto, dentro del ámbito de Basilea, está preparado ya todo el manuscrito para la imprenta, — los dictadores ginebrinos, bien servidos por sus espías, ventean qué acometida mortalmente peligrosa contra su autoridad prepara Castalión. Y al instante, atacan de modo abrumador. Espantosamente se muestra, en tal ocasión, la poderosa superioridad de una organización estatal frente a un hombre aislado. ¡A Calvino, que cometió la crueldad de quemar vivo y en medio de los más espantosos tormentos a quien pensaba de otro modo que él, le es permitido, gracias a la parcialidad de la censura, defender su delito sin molestia alguna; pero a Castalión, que quiere elevar una protesta en nombre de los sentimientos humanos, se le niega la palabra! Cierto que la ciudad de Basilea no tendría en sí ningún motivo para prohibirle a un ciudadano libre, a un profesor de su Universidad, una polémica literaria; pero Calvino, siempre magistral en táctica y práctica, maneja hábilmente la palanca política. Plantéase una cuestión diplomática: no es personalmente Calvino, como individuo particular, sino la ciudad de Ginebra quien promueve una queja, *ex officio,* por el ataque contra la "doctrina". El consejo de la ciudad de Basilea y la Universidad se ven, con ello, en la más penosa disyuntiva: o estrangular el derecho de un escritor libre o entrar en conflicto diplomático con la poderosa ciudad de la confederación helvética, y, como siempre, él elemento del poder político triunfa sobre la moral. Prefieren los consejeros

sacrificar al hombre particular y lanzan la prohibición de que sea publicado cualquier escrito que no sea de un carácter severamente ortodoxo. Con ello, queda impedida la aparición del *Contra Libellum Calvini* de Castalión, y Cal vino puede exclamar con júbilo: "Es una fortuna que los perros que ladraban detrás de nosotros no puedan ya mordernos". (// *va bien que les chiens qui aboient derriére nous ne nous peuvent morare}.*

Lo mismo que Servet por la hoguera, también es enmudecido Castalión por la censura; de nuevo la "autoridad" ha vuelto a ser salvada sobre la tierra por medio del terror. Queda Castalión alzando su apretado puño combativo; al escritor ya no le es lícito escribir, y, lo que es aún más injusto y más cruel, tampoco puede defenderse si ahora su triunfante contradictor le ataca con redoblada furia. Pasará casi un siglo antes que aparezca impreso *Contra Libellum Calvini:* ha llegado a ser una espantosa verdad la frase, llena de presentimientos, de Castalión en su *Tratado:* "¿Por qué haces a los otros lo que no querrías soportar tú mismo? Nos encontramos en un proceso por cuestiones religiosas, ¿por qué nos amordazas?"

No obstante, el terror no reconoce en contra suyo ni derecho ni juez. Donde llega a señorear la fuerza, no se les deja a los vencidos ninguna probabilidad de apelación; el terrorismo sigue siendo siempre allí la primera instancia y la única. Con trágica resignación tiene que conformarse Castalión con sufrir la injusticia; mas es consolador, para todos los tiempos en los que la fuerza se sobrepone al espíritu, el soberano desdén del vencido por ella: "Vuestras palabras y vuestras armas no son más que las propias de aquel despotismo con que soñáis en vuestra soberanía más temporal que espiritual, fundada en la coacción y no en el amor de Dios. Pero no os envidio ni vuestro poder ni vuestras armas. Tengo otras: la verdad, el sentimiento de mi inocencia y el nombre de aquel que me auxilia y me dará gracia. Y aunque durante algún tiempo sea oprimida la verdad por el ciego juez que es el mundo, nadie hay que posea poder sobre ella. Prescindamos de la sentencia de un mundo que mató a Cristo y no nos preocupemos de tribunales ante el cual nunca hay victorias sino para la violencia. El auténtico reino de Dios no es de este mundo".

Aun otra vez fue el triunfo para el terror y hasta de modo todavía más trágico: el poder externo de Calvino no ha vacilado con su peor acción, sino que se ha fortalecido de modo aun más sorprendente. Pues ¡en vano es buscar en el ámbito de la historia la piadosa moral y la conmovedora justicia de los libros escolares de lectura! No se las cumple: la Historia, esa sombra terrena del espíritu del Universo, no procede en forma moral ni inmoral. Ni castiga los crímenes ni recompensa los actos de bondad. Como, en último término, descansa sobre la fuerza y no sobre el derecho, adjudica en general las ventajas externas a los hombres poderosos, y, audacias sin freno, brutales determinaciones, más bien procuran provecho que daño, en los combates temporales, a su autor o a su perpetrador.

También Cal vino, combatido a causa de su dureza, reconoce que sólo una cosa puede salvarle: una dureza todavía mayor, una fuerza aun más sin escrúpulos. Cúmplese siempre la misma ley de que quien una vez se valió de la violencia tiene que seguir empleándola, y quien comenzó con el terror no tiene ya ninguna otra posibilidad sino la de

acrecentarlo. La resistencia que Calvino había encontrado durante el proceso de Servet y después de él, le fortalece más aún en su idea de que, para ejercer un dominio autoritario, el mantener sometido al partido adverso, conforme a la ley y por medio de la pura intimidación, es un método deficiente y que sólo una cosa única asegura la totalidad del poder: el aniquilamiento total de toda oposición. Primitivamente, Calvino habíase contentado con mantener paralizada, por procedimientos legales, a la minoría republicana del consejo de Ginebra, mientras por caminos subterráneos iba transformando en su favor las disposiciones electorales. En toda sesión del consejo parroquial eran hechos ciudadanos ginebrinos nuevos emigrados protestantes de Francia, que, en lo material y moral, dependían de Calvino, y, con ello, eran recibidos en las listas electorales: de esta manera debía ir cambiando de color, sucesivamente, en favor del dictador, el ánimo y las opiniones del Consejo; todos los empleos debían ser adjudicados a los dóciles incondicionales, y, de un modo lento, reprimir por completo el influjo de los viejos patricios republicanos. Pero esta tendencia de alejamiento sistemático, llega a ser pronto harto transparente para los patriotas ginebrinos; tarde, muy tarde, comienzan ahora a inquietarse los demócratas que han derramado su sangre por la libertad de Ginebra. Celebran reuniones secretas, deliberan acerca de cómo podrán ser defendídos los últimos restos de su antigua independencia contra la avidez de mando de los puritanos. Los ánimos se excitan cada vez más. En la calle, se llega a violentas explicaciones entre los naturales del país y los inmigrados; por último, hasta acaece una refriega, en todo caso bien inocente, en la cual dos personas son heridas de pedradas.

Pero Calvino no esperaba más que un pretexto. Ahora, por fin, puede ejecutar el golpe de Estado, desde hace mucho tiempo planeado, que debe asegurar para su persona la totalidad del poder. Al instante, la pequeña camorra callejera es hinchada hasta que se convierte en una "espantosa conjuración", la cual quedó frustrada por "merced de Dios". Súbitamente, son encarcelados los jefes del partido republicano, que nada en absoluto tenían que ver con esta pendencia de arrabal, y torturados del modo más cruel, hasta que todos declaran lo que el dictador necesita para sus fines: estaba planeada una noche de San Bartolomé; Calvino y los suyos debían ser asesinados e introducidas en la ciudad tropas extranjeras. Sobre la base de esta "confesión", sólo arrancada con los más horrendos martirios, acerca de la presunta "rebelión" y de la artificiosa "traición al país", puede, por fin, comenzar su trabajo el verdugo. Todos los que opusieron a Calvino, aunque sólo fuera una minúscula resistencia, son ejecutados, si no se habrán fugado a tiempo bastante de Ginebra. En una sola noche no queda ya en la ciudad otro partido que no sea el calvinista.

Después de una victoria tan ilimitada, después de este barrido radical de sus últimos contradictores ginebrinos, ya podía en realidad Calvino estar sin cuidados, ser magnánimo, por lo tanto. Pero desde Tucídides, Jenofonte y Plutarco, sabemos que, siempre y en todos los tiempos, los oligarcas se truecan aún en menos sufridos después de la victoria. Es propio de la tragedia de todos los déspotas, el que teman todavía al hombre independiente, cuando en lo político lo ha convertido en impotente y mudo. No les basta que calle y que se vea precisado a callar. Ya el que no asienta, ya el que no les sirve ni les haga reverencias, el que no se inscriba solícitamente en el

corro de sus aduladores y sirvientes, hace enojoso para los tiranos el que el hombre libre exista, el que exista todavía. Y precisamente porque Calvino, después de aquel brutal golpe de Estado, se libró de todos sus adversarios políticos y sólo ha remanecido este único, el adversario moral, dirígese con la violencia multiplicada de toda su pasión de luchar contra este solo adversario contra Sebastián Castalión.

La única dificultad para esta acometida consiste en arrancar al pacífico letrado fuera de su seguro silencio. Pues, por su parte, Castalión está fatigado de la lucha franca. Los caracteres humanísticos o erasmistas no son, a la larga, luchadores. La fanática insistencia del hombre de partido y su perseverante caja de prosélitos, les parece tarea indigna de un hombre espiritual. Declaran sus verdades, pero tan pronto como las han dado a conocer, les parece superfluo procurar convencer al mundo, una y otra vez, a modo de propagandistas, de que sus ideas son las únicas auténticas y valederas. Castalión, en el asunto de Servet, dijo ya su palabra; a pesar de todos los peligros, tomó a su cargo la defensa de los perseguidos y se presentó frente al terrorismo opresor de la conciencia con mayor decisión que ningún otro hombre de su tiempo. Pero, en el reloj del mundo, la hora ha sido adversa para su libre palabra; ha triunfado la fuerza, por cierto período de tiempo. De este modo se decide a esperar en silencio la ocasión en que pueda volver a ser acometida la lucha decisiva entre tolerancia e intolerancia. Profundamente desengañado, pero en modo alguno vencido en sus convicciones, se vuelve a su trabajo. Por fin, la Universidad lo ha nombrado maestro; por fin, la gran tarea de su vida, la doble traducción de la Biblia, se aproxima a su terminación. En los años de 1555 y 1 556, después de que han abatido de sus manos el arma de la palabra, Castalión, como polemista, se ha quedado del todo enmudecido. Pero los ginebrinos saben, por medio de espías, que Castalión, en el estrecho círculo de la Universidad, prosigue manteniendo sus humanos puntos de vista; que si le ligan la mano de escritor, en modo alguno se deja cerrar los labios, y, con enojo, observan los cruzados de la intolerancia que la odiada invitación del maestro a la tolerancia y sus irrebatibles argumentos en contra de la doctrina de la predestinación, hallan, entre los estudiantes, una resonancia cada vez mayor. Un hombre moral actúa ya por el mero hecho de existir, pues su ser crea en torno suyo una atmósfera de convicciones, y aunque, en apariencia, se limite a un círculo estrecho, sin embargo, este interno efecto, a modo de oleaje, sin ser notado irresistiblemente, se traslada hasta la lejanía. Por lo tanto, ya que Castalión sigue siendo peligroso y no quiere doblegarse, su in fluencia tiene que ser quebrada oportunamente. Con gran astucia le es presentada una trampa para volver a atraerlo hacia la lucha en favor de los herejes, y uno de sus colegas de la Universidad se presta voluntariamente como agente provocador para este servicio. Dirígese a Castalión con una carta muy amable, como si sólo se tratara de una cuestión teorética, y con el ruego de que éste le exponga sus puntos de vista sobre la doctrina de la predestinación. Castalión se declara dispuesto a una discusión pública, pero durante sus primeras palabras, levántase ya rápidamente uno de los auditores y lo acusa de hereje. Al punto Castalión advierte el propósito. En vez de pasar al caso propuesto y defender su tesis (a fin de que hubiera bastantes materiales para una acusación en su contra), interrumpe la discusión y sus

colegas de la Universidad impiden toda posterior intervención en contra suya. Pero Ginebra no ceja tan fácilmente. Después de haber fracasado en esta primera tentativa, cambiase rápidamente de sistema; ya que Castalión no se deja provocar a una discusión, trátase de excitarlo con rumores y libelos. Se hace mofa de su traducción de la Biblia, se le hace responsable de escritos anónimos injuriosos y maldicientes; se esparcen a todos los vientos las más odiosas calumnias: como a una señal, lánzanse de repente, desde todas partes, tormentas contra él.

Pero precisamente gracias a este exceso de celo ha llegado a ser notorio para todos los imparciales; mientras tanto, que a este gran literato y hombre verdaderamente piadoso, después de haberle arrebatado la libertad de hablar como él desea, se le quiere ahora atacar directamente en su persona y en su vida. Lo desmedido de la persecución procúrale al perseguido amigos en todas partes, y de modo repentino e inesperado, el gran abuelo de la Reforma alemana, Melanchthon, preséntase ahora públicamente al lado de Castalión. También a él le repugna, como en otro tiempo a Erasmo, el seco sentido de aquellos que, no en la reconciliación, sino en la lucha, descubren el sentido de la vida, y, de modo espontáneo, dirige una carta a Sebastián Castalión. "Hasta ahora — dícele en ella, — no te he escrito, porque, en medio de las ocupaciones cuya magnitud y enojo me tienen abrumado, me queda poco tiempo para este genera de correspondencia, que, en sí mismo, me agrada en extremo. Por otra parte, me apartó de hacerlo el que cuando veo como reina la mala inteligencia más espantosa entre aquellos que se dan por enemigos de la sabiduría y la virtud, me siendo dominado por una inmensa tristeza. Sin embargo, siempre te he apreciado por tu manera de escribir. . . Y quiero que esta carta sea para ti un testimonio de mi aprobación y una prueba de mi sincera simpatía. ¡Ojalá nos una una amistad eterna!

"Al quejarte de que no sólo eres perseguido por disidencia de opiniones, sino del odio cruel con que algunos atacan a los amigos de la verdad, no haces más que aumentar un dolor que siento yo mismo de modo permanente. Cuenta la fábula que de la sangre de los titanes proceden los gigantes. Así, de la simiente de los monjes se han originado los nuevos sofistas que tratan de regir las cortes, las familias y el pueblo y creen que les estorban los hombres de letras. Pero Dios sabrá proteger lo que quede de su rebaño verdadero.

"De este modo, tenemos que sufrir con sabiduría lo que no podemos modificar. Para mí, mi avanzada edad es alivio de mi dolor. Espero entrar pronto en la Iglesia celeste, muy lejos de las furiosas tormentas que de modo tan espantoso agitan a la Iglesia de aquí abajo. Si conservo la vida, quiero hablar contigo sobre muchas cosas. Adiós".

Este documento está concebido como una carta de protección para Castalión, la cual, al instante, debía pasar en copias de mano en mano, y, al mismo tiempo, está también pensado como una advertencia para Calvino, para que, por fin, ceda en su insensata persecución a este gran hombre de letras. Y efectivamente, una vez conocidas las palabras de Melanchthon, actúan de modo poderoso sobre todo el mundo humanístico; hasta los más próximos amigos de Calvino insisten ahora en establecer

la paz. Así, el gran letrado Baudouin escribe a Ginebra: "Ahora puedes ver cómo juzga Melanchthon la saña con que persigues a ese hombre, y, al mismo tiempo, lo lejos que está de aprobar todas tus paradojas. ¿Tiene realmente algún sentido seguir tratando a Castalión como a un segundo Satán, y, al mismo tiempo, honrar a Melanchthon como a un ángel?"

Pero ¡qué error el de pensar que pueda nunca adoctrinarse o apaciguarse a un fanático! De un modo paradójico — o quizá lógico, — la carta protectora de Melanchthon produce exactamente el efecto opuesto sobre Calvino. Pues el hecho de que se le tributen testimonios de aprobación a su adversario no hace más que acrecer su odio. Calvino sabe demasiado bien que estos pacifistas espirituales son más peligrosos aún para su belicosa dictadura que Roma, Ignacio de Loyola y sus jesuítas. Pues en aquéllos no se alza más que dogma contra dogma, palabra contra palabra, doctrina contra doctrina; pero aquí, en las pretensiones de libertad de Castalión, siente discutido el principio fundamental de su voluntad y acción, la idea de la autoridad unitaria, el sentido de la ortodoxia, y siempre, en toda guerra, el pacifista de las propias filas es más peligroso que el adversario militante. Precisamente porque la carta de protección de Melanchthon ha elevado la significación de Castalión ante el mundo, ya no conoce Calvino ningún otro objeto para su acción que el de aniquilar su nombre. Desde esta hora, comienza el auténtico combate, la lucha hasta las puñaladas.

El que se trata ahora de una pelea a vida o muerte, muéstralo ya el hecho de que aparezca Calvino en persona. Lo mismo que en el caso de Servet, tan pronto como fue necesario dar el último y decisivo golpe echó a un lado a su testaferro Nicolaus de la Fontaine para empuñar él mismo la espada, así ahora no se sirve ya más de su peón de Beze. Ahora no se trata ya, para él, de justicia o injusticia, del texto de la Biblia y de interpretaciones, de verdades o mentiras, sino de una sola cosa: de deshacerse de Castalión rápida y definitivamente, de una vez para siempre. Cierto que en aquel tiempo no hay motivo auténtico ninguno para atacarle, pues Castalión se ha refugiado en su trabajo. Pero ya que no puede ser encontrada razón alguna, se crea artificialmente y se agarra al azar cualquier estaca para matar a palos a la aborrecida criatura. Como pretexto, toma Calvino un libelo anónimo encontrado por sus espías en poder de un comerciante viajero; a la verdad, no existe ni la más leve sombra de prueba de que tal folleto tenga por autor a Castalión, y, en efecto, jamás fue Castalión autor del mismo. Pero *Carthaginem esse delendam,* Castalión tiene que ser aniquilado, y, de este modo, emplea Calvino este libro, en absoluto no redactado por Castalión, como plataforma para verter plebeyamente sobre él, como si fuera su autor, las más groseras y rabiosas injurias. Su escrito polémico *Calumniae nebulosis cujusdam,* no es ya el libro de un teólogo contra otro teólogo, sino sólo una explosión de rabioso furor: de ladrón, de belitre, de blasfemo, es calificado allí Castalión, con otros nombres injuriosos, tales como ningún carretero podría arrojárselos más ordinarios sobre otro. No se le reprocha nada menos que al profesor de la Universidad de Basilea sino el que ha robado madera en el más claro día, y ascendiendo el ebrio aborrecimiento de página en página este rabioso opúsculo termina con este espumazeante grito de cólera: "¡Aniquílete Dios, Satán!".

Este escrito acusatorio de Calvino puede ser tomado como uno de los más memorables ejemplos de lo profundamente que puede perturbar el furor partidista a un ser humano colocado a gran altura en lo espiritual. Es incomprensible que el fino sentido de un hombre profundamente religioso, que, como maestro de lenguaje, conoce el valor de cada vocablo, y corno letrado sabe juzgar la categoría moral de su adversario, pueda echar mano de las injurias más vio

lentas en el ardor de la cólera. En este demoníaco ser humano, el odio, como todas sus fuerzas sensibles, estaba entonces demoníacamente aumentado. En todo caso, el libelo representa, al mismo tiempo, una advertencia de lo impolíticamente que procede un político cuando no sabe tirar de las riendas de su pasión. Pues, bajo la impresión de la terrible injusticia con que es atacado un hombre digno de todo honor, el Consejo de la Universidad de Basilea revoca la prohibición de escribir que pesa sobre Castalión. Una Universidad de fama europea no puede encontrar compatible con su dignidad el que uno de sus profesores titulares sea acusado, ante todo el mundo humanístico, de ser un vulgar ladrón de leña, un bribón y un vagabundo. En vista de que manifiestamente no se trata aquí ya de una discusión sobre la "doctrina", sino de inculpaciones privadas, le es concedido expresamente a Castalión por el senado el permiso para una respuesta pública.

Este escrito de réplica de Castalión constituye un magistral ejemplo, verdaderamente edificante, de una polémica llevada del modo más humano y humanístico. Hasta la última malevolencia no puede envenenar con odio a este ser íntimamente tolerante; ninguna ordinariez hace que llegue a ser ordinario el tono de su estilo. ¡Qué serenidad y distinción equilibra el ritmo de su principio! "Sin entusiasmo acudo a esta vía de la pública discusión. ¡Cuánto más deseable hubiera sido para mí el explicarme contigo con toda fraternidad y según el espíritu de Cristo, y no a manera de palurdos cubrirnos de injurias que sólo pueden ser dañosos para la dignidad de la Iglesia! Pero ya que tú y tus amigos habéis hecho imposible mi sueño de un pacífico comercio de ideas, creo que no es incompatible con mi deber de cristiano el responder con moderación a tu ardorosa acometida". Al principio, expone simplemente Castalión que, en la primera edición de aquel escrito del *Nebulo,* aun lo había designado públicamente como autor de aquel libelo, pero en la segunda — enterado indudablemente de su error — no le acusa ya con palabra alguna de tal paternidad, pero sin tener tampoco la lealtad de confesar honradamente que, sin motivo alguno, había sospechado antes de Castalión. Con duro ataque deja clavado a Calvino contra la pared: "¿Sí o no? ¿Has o no sabido que me atribuías injustamente ese escrito? Yo mismo no puedo decidirlo. Pero has lanzado tus acusaciones en un tiempo en que ya sabías que eso no era cierto y entonces cometiste un acto de engaño, o todavía no estabas en esa certidumbre y entonces tu inculpación imponía por lo menos negligencia. Tanto en un caso como en el otro, no era nada elegante tu posición, pues todo lo que aduces es incierto. Yo no soy el autor de aquel folleto y jamás lo he enviado a París para ser allí impreso. Si su circulación fuera un crimen, te has acusado a ti mismo como autor de ese crimen, pues tú fuiste el primero que lo dio a

conocer".
Sólo ahora, después de haber descubierto por medio de que tenues pretextos le ha acometido Calvino, vuélvese Castalión contra la ruda forma del ataque. "Eres muy fértil en injurias y tus labios hablan de aquello que constituye la plenitud de tu corazón. En tu libelo latino me llamas, una cosa detrás de la otra, blasfemo, calumniador, maléfico, perro ladrador, ente descarado lleno de ignorancia y de bestialidad, impío dañador de la Sagrada Escritura, loco que se divierte a cuenta de Dios, despreciador de la fe, individuo desvergonzado, otra vez perro asqueroso, un ser repugnante y lleno de irreverencia, y espíritu tortuoso y pervertido, vagabundo y *mauvais sujet.* Ocho veces me designas como miserable (así traduzco yo la palabra *nébula) ;* toda esta malevolencia la dilatas gustoso a lo largo de dos pliegos impresos, titulas tu libro *Calumnias de un miserable y* su última frase dice de este modo: "¡Que te aniquile Dios, Satán!" Dentro del libro todo guarda relación con este estilo; y ahora bien: ¿debe ser éste el modo de expresarse de un hombre de gravedad apostólica, de cristiana dulzura. ¡Ay del pueblo al que diriges si se deja inspirar por tales sentimientos, y si debiera acreditarse que tus discípulos son semejantes a su maestro! Pero a mí, en modo alguno me alcanzan todas estas injurias. . . Un día se alzará la verdad crucificada, y tú, Calvino, tendrás, por tu parte, que dar cuenta a Dios de las injurias con que has abrumado a alguien por el cual también murió Jesucristo. ¿No sientes en realidad vergüenza alguna ni escuchas en tu alma las palabras de Cristo: "Quien, sin fundamento, monta en cólera contra su hermano será condenado", y "quien llama a su hermano mal hombre será arrojado a las tinieblas"? Aun casi de modo más sereno, con el soberano sentimiento de su intangibilidad, deshácese después Castalión de la acusación principal de Calvino en cuanto al robo de leña en Basilea. "Sería en efecto un grave delito — dice mofándose, — presupuesto que yo lo hubiera cometido. Pero delito igualmente grande es la calumnia. Admitamos ahora que fuera verdad y que realmente hubiera yo robado, porque — éste es el golpe más deslumbrador a la doctrina de la predestinación de Calvino — hubiera estado predestinado a ello, según tú enseñas. ¿Por qué entonces me injurias? ¿No tendrías más bien que tener compasión de mí, ya que Dios me había asignado este destino y había hecho imposible para mí el no robar? , ¿Por qué, entonces, llenas el mundo con tus gritos ante mi latrocinio? ¿A fin de que en lo sucesivo me aparte de robar? Pero si robo arrastrado por una fuerza coactiva, si robo a consecuencia de una divina predestinación, entonces tienes que declararme absuelto en tus escritos a causa de la coacción que sobre mí pesa. En este caso, sería tan imposible para mí abstenerme del latrocinio como añadir una pulgada a la estatura de mi cuerpo".

Sólo ahora, después de haber presentado la insensatez de esta calumnia, describe Castalión las reales circunstancias del suceso. Como cien otros, en una riada del Rin, había pescado, con un harpón, la madera que era arrastrada por la corriente; cosa que, naturalmente, no sólo había sido una acción permitida por las leyes, ya que la madera de arrastres, según es sabido, constituye en todas partes una propiedad libre, sino que tal acción hasta había sido expresamente deseada por la municipalidad, porque

estos montones de leña de las riadas amenazaban los puentes. Y Castalión llega hasta poder probar que, tanto él como otros muchos "ladrones", recibieron del Senado de la ciudad de Basilea *quaternos solidos* (algo así como la cuarta parte de una moneda de oro) como recompensa por este "latrocinio", que, en realidad, constituía un servicio de auxilio público prestado con peligro de la vida; después de este restablecimiento de los hechos, nunca más, ni aun los compinches de Ginebra, se atrevieron a volver a repetir aquella injuria personal, que no rebajaba a Castalión, sino sólo a Calvino.

De nada sirve el negarlo ni el procurar teñirlo con bellos colores: Calvino, en su furor, para deshacerse a cualquier precio de un enemigo político, de un enemigo de su ideología, trató de violentar la verdad con ¡a misma osadía que en el caso de Servet. Jamás se logró encontrar ni la más insignificante mácula en la conducta del ser humano Castalión. "Todos pueden juzgar lo que queda escrito — puede responder Castalión tranquilamente, — y no temo la opinión de ningún hombre, en cuanto me juzgue sin odio. La pobreza de mi vida personal puede confirmarla todo el que me ha conocido desde mi niñez, y, si fuera necesario, puedo aportar innumerables testigos. Pero ¿es que es necesario? ¿No bastan los testimonios forjados por ti y el mismo tuyo? . . . Hasta tus propios discípulos han tenido que reconocer más de una vez que no se podía suscitar ni la más minúscula duda en cuanto a la severidad de mi vida. Ya que mi doctrina difiere de la tuya, se veían obligados a limitarse a afirmar que estaba yo en el error. ¿Cómo osas, por lo tanto, hacer circular tales cosas acerca de mí e invocar el nombre de Dios al hacerlo? ¿No adviertes, Calvino, lo espantoso que es invocar el testimonio de Dios para inculpaciones dictadas exclusivamente por el odio y el furor?

"Pero también yo acudo a Dios, y mientras tú lo invocas para acusarme ante los hombres de la más ruda manera, lo invoco yo porque me has acusado falsámente. Si yo he mentido y tú has dicho la verdad, entonces ruego a Dios que me castigue según la magnitud de mi delito y suplico a los hombres que me priven de la vida y del honor.

Pero si he dicho la verdad y tú eres un falso acusador, entonces ruego a Dios, que me protege contra las añagazas de mi adversario, que, antes de la hora de tu muerte, te conceda ocasión para que sientas arrepentimiento por tu conducta a fin de que más adelante tal pecado no sea perjudicial para la salvación de tu alma".

¡Qué diferencia, qué superioridad la del hombre libre y sin prejuicios ante aquel que permanece arrecido en el sentimiento de su propio autoconvencimiento! Es la eterna oposición entre la naturaleza humanitaria y la doctrinaria, entre el hombre sereno que nada quiere preservar sino su propia opinión y el pedante ergotista que no puede soportar que no se humille el mundo entero ante sus imitaciones y repeticiones. Allí, en forma mesurada, habla la pura y clara conciencia; aquí, el ansia de dominar se derrama en amenazas y exorcismos. Pero la verdadera claridad no se deja perturbar por ningún odio. Los más puros hechos no fuerzan al espíritu por medio del fanatismo, sino que siempre se apoderan de él por dominio de sí mismo y moderación.

Por el contrario, a los hombres de partido no les importa nunca la justicia, sino sólo la victoria. No quieren tener razón, sino sólo mantener su poder. Apenas aparecido el escrito de Castalión, comenzaron de nuevo los asaltos. Cierto que las difamaciones personales del "perro" y del "bestia" de Castalión y la simplona fábula de su supuesto robo de madera se van abatiendo sucesivamente; ni al mismo Calvino le es lícito atreverse a dar de nuevo golpes en semejante coraza. Por ello, con toda celeridad, los ataques son transferidos a otro campo, al teológico; otra vez se ponen en movimiento las prensas ginebrinas, aunque todavía están húmedas de las últimas calumnias, y, por segunda vez, es echado por delante Theodor de Beze. Más fiel a su maestro que a la verdad, en su prólogo a la edición oficial ginebrina de la Biblia (1558), antepone un ataque a Castalión, de una malignidad altamente acusatoria, al texto de las Sagradas Escrituras, cosa que, en tal lugar, produce efecto doloroso. "Satán, nuestro antiguo adversario — escribe de Beze, — que ha reconocido ahora que no puede retener, como en otro tiempo, la extensión de la palabra divina, ataca nuestros días de modo aún más peligroso. Durante mucho tiempo, no hubo ninguna traducción francesa de la Biblia, por lo menos ninguna traducción de las Santas Escrituras que mereciera el nombre de tal; pero ahora, Satán ha encontrado tantos traductores como espíritus frivolos y desvergonzados existen y acaso llegue a encontrar todavía más, si Dios, a tiempo bastante, no dispone que se detengan. Si se me pregunta, por un ejemplo, me referiré a la traducción latina y francesa de la Biblia de Sebastián Castalión, persona que en nuestra Iglesia es tan bien conocida por su ingratitud y desvergüenza como por las molestias que se han perdido para traerlo a buen camino. Por eso, consideramos deber de conciencia no pasar en silencio su nombre por más tiempo (como hasta ahora hemos hecho), sino más bien advertir a todos los cristianos que se guarden de tal hombre elegido de Satán.

De modo más claro e intencionado no se puede entregar a un hombre de letras al tribunal de herejes. Pero el "elegido de Satán", Castalión, no necesita ahora guardar silencio por más tiempo; animado por la carta de protección de Melanchthon, el senado de la Universidad ha vuelto a dar libertad de palabra al perseguido.

Esta respuesta de Castalión a de Beze está llena de una tristeza profunda, y hasta podría decirse de una tristeza mística. Sólo compasión produce en el fuero humanista el que hombres de su modo de ser espiritual puedan odiar de modo tan desenfrenado. Cierto que sabe muy bien que a los amigos de Calvino no les importa la verdad, sino sólo el monopolio de su verdad, y que no han de descansar hasta que lo hayan hecho desaparecer a él de su camino, igual que han hecho hasta entonces con todos sus adversarios espirituales o políticos. Pero, sin embargo, su noble sensibilidad se niega a descender hasta tales vilezas del odio. "Aguzáis y exhortáis a la justicia para que proceda a darme muerte — escribe con profetice presentimiento. — Si no estuviera públicamente demostrado por vuestros libros, no osaría consignar aquí tal afirmación, aunque estoy convencido de su exactitud; pues una vez muerto, ya no podré daros ninguna respuesta. El que aun viva es para vosotros una verdadera pesadilla, y como veis que la justicia no cede a vuestra presión, o, por lo menos, no cede todavía — pero esto puede cambiar prontamente, — procuráis hacerme odioso y

proscrito ante todo el mundo". Plenamente consciente de que sus adversarios se esfuerzan con franqueza por arrancarle la vida, sólo corresponde a ello Castalión habiéndoles a la conciencia. "Decidme, pues — pregúntales a estos nominales servidores del Evangelio, — en qué respecto la conducta que tenéis conmigo puede invocar el nombre de Cristo. Hasta en el momento en que los traidores lo entregan a los esbirros, habíales el Señor lleno de bondad, y en la cruz, todavía ruega por sus verdugos. ¿Y vosotros? Únicamente porque mis doctrinas y opiniones disienten de las vuestras me perseguís por todos los países del mundo con vuestro odio y azuzáis igualmente a los otros para que procedan con odio contra mí. . . ¡ Qué amargura tenéis que sentir en lo secreto el ver cómo es condenada tan absoluto vuestra conducta por Cristo, como cuando dice: "Quien odia a su hermano es un asesino"!. . . Estos son claros preceptos de la verdad, accesibles para todo el mundo, en tanto se desprenda de todo teológico rebujo, y vosotros mismos los enseñáis con vuestras palabras y en vuestros libros. ¿Por qué no los reconocéis también con los actos de vuestra vida?"
Pero de Beze, bien lo sabe Castalión, no es más que un echadizo. No es de él de quien procede este odio asesino, sino de Calvino, el déspota de las opiniones, que quiere prohibir todo intento de interpretación fuera de las suyas. Por ello, pasando por encima de de Beze, Castalión habíale directamente a Calvino. Sin alteración, fijando la vista en sus ojos, pónese frente a él. "Te confieres título de cristiano, confiesas el Evangelio, te engríes con el nombre de Dios, te glorificas de haber penetrado sus intenciones y afirmas saber la verdad evangélica. Ahora bien: ya que adoctrinas a los otros, ¿por qué no te adoctrinas a ti mismo? ¿Por qué, tú, que desde lo alto del pulpito predicas que no se debe calumniar, llenas tus libros de calumnias? ¿Por qué en apariencia para abatir de modo definitivo mi orgullo, me juzgas con tanta soberbia, tanta arrogancia y tanta satisfacción de ti mismo como si tuvieras asiento en el Consejo de Dios y te hubiera revelado El los secretos de su corazón? . . . Introducios por fin dentro de vosotros mismos y procurad que no sea demasiado tarde. Intentad, pues, por un momento, si ello os es posible, dudar de vosotros y veréis lo que ya ven otros muchos. Deponed ese amor propio, que os consume, y el odio contra los otros y en especial contra mi persona. Compitamos unos con otros sin escrúpulos y descubriréis que mi impiedad es tan irreal como la infamia que procuráis infligirme. Sufrid, pues, que disienta de vosotros en algunos puntos de la doctrina, c No sería realmente de desear que entre las gentes piadosas pudiera haber, al mismo tiempo, diferencia de opiniones y unidad de corazón? ..."

De modo más benigno no ha respondido jamás un espíritu piadoso y reconciliador a unos fanáticos y doctrinarios, y si ya antes había realizado Castalión la idea de la tolerancia de modo tan magnífico en sus palabras, ahora, quizá de modo aun más ejemplar, la lleva a la práctica con su conducta humana en el combate que a la fuerza le es impuesto. En vez de corresponder a la befa con la befa y el odio con el odio — "no sé de ninguna tierra ni de ningún país donde, en mi vergüenza, hubiera podido esconderme si hubiera aducido contra vosotros cosas análogas a las que habéis empleado contra mí", — prefiere intentar, una vez más, el poner término a la lucha por medio de una humana explicación, a la manera como, según su modo de

pensar, debe ser siempre posible entre gentes espirituales. Aun otra vez ofrécele al adversario la pacífica mano, aunque aquellos apuntan ya hacia él con el hacha de las ejecuciones. "Por lo tanto, os ruego, por el amor de Cristo, que respetéis mi libertad y desistáis por fin de acumular sobre mí falsas inculpaciones. Dejadme que, sin coacción, confiese mi fe, tal como se os permite hacer con la vuestra, y como yo, por mi parte, estoy dispuesto a consentiros siempre muy gustoso. No afirméis siempre de todos aquellos cuya doctrina difiere de la vuestra que están en el error, y no les acuséis inmediatamente de herejía. . . Si yo, lo mismo que tantas otras gentes piadosas, explico las Escrituras de un modo diferente del vuestro, confieso, sin embargo, con todas las de mi alma, mi fe en Cristo. De fijo que uno de nosotros está en el error, pero, precisamente por ello, amémonos, no obstante, unos a otros. Ya llegará el día en que el Maestro manifieste la verdad a quien ahora yerra. Lo único que sabemos con seguridad, o por lo menos que debemos saber, es que estamos obligados al amor cristiano. Pongámoslo en práctica, y, al ejercitarlo, cerremos la boca de todos nuestros adversarios. ¿Consideráis como auténtica vuestra opinión? Los otros también creen lo mismo de la suya: que, por lo tanto, los más sabios muestren al mismo tiempo que son también los guiados por más fraternales sentimientos y que no se conviertan en soberbios a causa de su sabiduría. Pues Dios lo sabe todo y doblega a los orgullosos y alza a los humildes. "Os digo estas palabras con gran afán de amor. Os pido el amor y la paz cristiana. Os invoco por amor, y de que lo hago con toda el alma, tomo por testigos a Dios y al Espíritu Santo.

"Pero si a pesar de todo esto habéis de continuar combatiéndome con odio, si no me permitís que os obligue al cristiano amor, no puedo hacer otra cosa sino guardar silencio. Que Dios sea nuestro juez y que decida entre nosotros, según la medida de como le hayamos sido fieles".

Es incomprensible para la sensibilidad el que una invitación a la paz tan arrebatadora, tan profundamente humana, no debiera obligar a un adversario espiritual. No obstante, figura entre los contrasentidos de la naturaleza terrena el que precisamente aquellos ideólogos que nunca juran más que por una única idea, sean en absoluto insensibles para todo otro pensamiento, aunque sea para el más humano, si no es el suyo. Unilateralidad en el pensamiento fuerza inevitablemente a injusticia en la acción, y donde quiera que un hombre o un pueblo están por completo henchidos del fanatismo de una única concepción trascendente, no queda espacio alguno para la inteligencia y tolerancia. Ni la más mínima impresión produce en un Calvino la conmovedora admonición de este hombre que sólo anhela la paz, que no predica públicamente, que no recluta partidarios ni disputa, a quien no mueve ni el más pequeño orgullo de obligar por la violencia a ningún otro hombre de la tierra a que adopte sus opiniones; como una "monstruosidad", la piadosa Ginebra rechaza aquella invitación a una cristiana paz. Y al punto comienza una nueva tromba de fuego, con todos los gases asfixiantes de la mofa y de la provocación. Otra mentira, y acaso la más pérfida de todas, es sacada ahora a escena para hacer sospechoso a Castalión, o por lo menos ridículo. Mientras al pueblo de Ginebra le está severamente prohibida, como pecado, toda diversión teatral, en el seminario ginebrino, por los discípulos de Calvino se aprende una

"piadosa" comedia escolar en la que se hace aparecer a Castalión, bajo el transparente nombre de *"parvo Castello"*, como el primer servidor de Satán, y se ponen en su boca versos como los siguientes:

"Quant á moy, un chacun je sers Pour argent en prose oy en vers,
Aussi ne visje d'aultre chose. . .

Hasta esta última calumnia de que aquel hombre, que vive en apostólica pobreza, vende su pluma por dinero y sólo lucha por la pura doctrina de la tolerancia como pagado agitador de cualquier papista, es desvergonzadamente aventurada con permiso de Calvino. Pero la verdad o la calumnia hace mucho tiempo que ha llegado a ser del todo indiferente para el odio de partido del calvinismo: sólo un pensamiento llena el espíritu de todos: arrancar a Castalión de su cátedra de la Universidad de Basilea, quemar sus escritos, y, a ser posible, también a su persona.

Por ello, es un grato hallazgo para estos furiosos odiadores el que en uno de los usuales registros domiciliarios de Ginebra se haya sorprendido a dos ciudadanos con un libro, el cual — ya esto sólo constituye un hecho criminoso, — no estaba provisto del solemne *imprimatur* de Calvino. Ni nombre de autor ni lugar de impresión es indicado en este breve escrito, *Conseil á la France desolée;* por ello, la *opus* huele tanto más fuertemente a herejía. Al punto, ambos ciudadanos son arrastrados ante el consistorio. Por temor al retorcimiento de pulgares y a la garrucha del tormento, confiesan que un sobrino de Castalión les ha prestado este escrito, y, con fanática impetuosidad, los cazadores siguen ahora la reciente huella, hasta que por fin es derribada la pieza perseguida.

En efecto, este "libro dañoso, por estar lleno de errores", es una nueva obra de Castalión. Aun otra vez ha vuelto a recaer en su viejo e incurable "error" de amonestar, con un esfuerzo erasmista, para que se terminen con una pacífica estipulación las luchas de la Iglesia. No quería ver, en silencio, cómo en su querida Francia el furor religioso comenzaba por fin a rendir frutos sangrientos; cómo los protestantes franceses (con secreta satisfacción de Ginebra) empuñaban las armas contra los católicos. Y como si pudiera presentir anticipadamente la noche de San Bartolomé y los tremendos espantos de la guerra de los hugonotes, sentíase de nuevo obligado, y en el último momento, a demostrar la insensatez de semejante derramamiento de sangre. No esta doctrina ni la otra, decía en resumen, son en sí mismas erróneas: falso y criminal sólo lo es, en todos los casos, la tentativa de obligar por la violencia a un ser humano a que adopte una fe en la que no cree. Todo el daño sobre la tierra procede de este *"forcement des consciences"*; la tentativa de la estrecha frente del fanatismo, siempre renovada y siempre sedienta de sangre, de violentar las conciencias. Pero no sólo es inmoral y contra derecho, según Castalión demuestra, el obligar a alguien a adoptar una confesión en la que internamente no cree; es, además, absurdo e insensato. Pues toda recluta forzada para cualquier credo aporta simplemente creyentes de apariencia ; sólo en lo externo y en cuanto a las cifras aumenta los prosélitos de un partido el sistema de retorcer los pulgares de toda propaganda coactiva. Pero, a la verdad, aquella idea que de esta violenta manera obliga a sus prosélitos, con sus falsas matemáticas no tanto engaña al mundo como a sí misma.

Pues — y estas palabras de Castalión son aplicables a todos los tiempos, — "aquellos que sólo aspiran a tener un número de partidarios lo más dilatado posible, y, para ello, necesitan muchos hombres, se parecen a un loco que tuviera una gran vasija con poco vino en ella y la llenara de agua para aumentar su vino; pues con tal procedimiento no aumentaría en modo alguno su vino, sino que sólo echaría a perder el bueno que allí tuviera. Jamás podréis afirmar que aquellos a quien habéis forzado a adoptar una confesión, la profesen de corazón. Si se les dejara en libertad, dirían: creo con toda el alma que sois unos injustos tiranos y que aquello a que me habéis obligado carece de todo valor. Un mal vino no se torna mejor porque se obligue a la gente a que lo beba".

Siempre de nuevo y siempre con renovada pasión, repite Castalión su credo: la intolerancia conduce inevitablemente a la guerra y sólo la tolerancia a la paz. No con retorcimiento de pulgares, no con hachas de combate y con cañones, puede ser sustituido un credo por otro, sino sólo de un modo individual y acudiendo al íntimo convencimiento; sólo con acuerdo y armonía pueden ser evitadas las guerras y ligadas entre sí las ideas. Que se deje, pues, ser protestante a quien quiera ser protestante y que continúen siendo católicos los que sinceramente confiesen su catolicismo; que no se fuerce a unos ni a otros. Sesenta años antes que en Nantes, por encima de las sepulturas de centenares de miles de hombres sacrificados insensatamente, ambas confesiones se pongan de acuerdo para la paz, ya bosqueja aquí, para Francia, el edicto de tolerancia un solitario y trágico humanista. "El consejo que te doy, Francia, es que ceses de violentar las conciencias, de perseguir y de matar, y, en vez de ello, permitas, en tu país, que, a cada cual que cree en Cristo, le sea permitido servir a Dios, no según una opinión ajena, sino según la suya propia".

Tal proposición de inteligencia entre católicos y protestantes en Francia, pasa, naturalmente, en Ginebra por el crimen de los crímenes. Pues la diplomacia secreta de Calvino, precisamente a la misma hora, está ocupada en atizar poderosamente en Francia la guerra de los hugonotes; nada puede ser, por lo tanto, menos grato para su agresiva política clerical que este humanitario pacifismo. Al instante, son puestas en movimiento todas las palancas para suprimir el escrito de paz de Castalión. Hacia todos los rumbos del viento galopan mensajeros, a todas las autoridades protestantes les son escritas cartas de súplica, y, en efecto, logra Calvino, con su agitación organizada, que en el sínodo general de la Reforma de agosto de 1 563 se adopte la determinación que sigue: "La Iglesia queda impuesta de la aparición del libro *Conseil á la France désolée,* cuyo autor es Castalión. Es un libro muy peligroso y hay que prevenirse en su contra".

De nuevo ha logrado el fanatismo suprimir un "peligroso libro" de Castalión antes que circulara. Pero ahora ¡hay que hacer lo mismo con el hombre, con este inconmovible e inflexible antidogmático y antidoctrinario ! ¡ Acabar por fin con él, no sólo tapándole la boca, sino rompiéndole para siempre el espinazo! De nuevo se hace que aparezca Theodor de Beze para dar a Castalión el golpe en la nuca. Su *Responsia ad defensionem et reprehensiones Sebastiani Castellionis,* dedicado a los pastores de la ciudad de Basilea, muestra, ya sólo en esta dedicatoria a las

autoridades eclesiásticas, dónde debe ser apoyada la palanca contra Castalión. Es ya tiempo, más que tiempo, insinúa de Beze, de que la justicia eclesiástica se ocupe de este peligroso hereje y amigó de herejes. En grosera confusión, este piadoso teólogo pone en la picota a Castalión como embustero, blasfemo, el peor de los anabaptistas, profanador de la Sagrada Escritura, hediondo sicofante, protector no sólo de todos los herejes, sino también de los adúlteros y criminales; por último hasta le llama hombre que emplea en su defensa las oficinas de Satán. Cierto que, en la precipitación del furor, todas estas rudas injurias se amontonan unas contra otras de un .modo tan cruzado y tortuoso, que se contradicen mutuamente y se ahogan entre sí. Pero hay una cosa, clara y manifiesta, que ilumina este férreo tumulto: la voluntad homicida de tapar de una vez para siempre la boca de Castalión; de una vez para siempre, de una vez para siempre, y, lo mejor de todo, matarlo.

El escrito de de Beze significa la acusación que amenaza desde hace tanto tiempo ante el tribunal de herejes; sin taparrabo, en su desnudez desafiadora, muéstrase ahora el propósito denunciador. Pues en forma del todo inconfundible, invítase al sínodo de Basilea, a que, in continenti, acuda a las autoridades civiles, para que éstas se apoderen de Castalión como de un malhechor vulgar. Por desgracia, todavía hay una última formalidad que se opone a su impaciencia: conforme a la ley de Basilea, siempre es necesaria una denuncia escrita y firmada, dirigida a las autoridades, para que pueda ser incoado un proceso; y como tal, no vale jamás un libro impreso. Lo natural, lo comprensible, habría sido ahora que Calvino y de Beze acusaran de hecho a Castalión, y, en su propio nombre, dirigieran ahora una denuncia escrita a las autoridades. Pero Calvino se atiene a su método antiguo — tan a la perfección empleado en el caso de Servet, — de preferir suscitar una acusación por medio de cualquier tercero, a presentarla él mismo a la autoridad, bajo su responsabilidad propia. Exactamente del mismo modo, emplea ahora el mismo hipócrita procedimiento que en Vienne y en Ginebra: en noviembre de 1563, poco después de la aparición del libro de de Beze, un hombre del todo incompetente, un tal Adam von Bodenstein, presenta a la municipalidad de Basilea una acusación escrita de herejía contra Castalión. Ahora bien: este Adam con Bodenstein sería el último a quien sería lícito representar ante el juez los derechos de la fe, pues no es otro que el hijo de aquel mal afamado Karlstadt, a quien Lutero, como exaltado peligroso, había expulsado de la Universidad de Wittenberg, y que, como discípulo del también muy impío Paracelso, apenas puede ser considerado como sincero pilar de la Iglesia protestante. Pero, en su carta al consejo, repite, palabra por palabra, todos los embrollados argumentos de aquel libro, injuriando a Castalión de un lado como papista y del otro como anabaptista, en tercer lugar como libre pensador y en cuarto como blasfemo, y, por encima de todo ello, como protector de todos los adúlteros y criminales. No obstante, con verdad o falsía, siempre queda presentada ante la autoridad y por el formal camino de la ley, la carta acusatoria, que todavía hoy se conserva y está oficialmente dirigida al consejo municipal. Como existe un documento protocolario, no *le* queda otra posibilidad al tribunal de Basilea que la de iniciar una investigación. Calvino y los suyos han alcanzado su objeto: Castalión, como hereje, ocupa el

banquillo de los delincuentes.
En sí mismo, hubiera sido fácil para Castalión defenderse contra la mentecata inmundicia de estas inculpaciones. Pues, en su ciego exceso de celo, Bodenstein lo acusa, al mismo tiempo, de tantas cosas contradictorias, que sale a luz francamente *su* incredibilidad. Fuera de ello, es conocido en Basilea, con todo detalle, el intachable modo de vivir de Castalión; no corno se logró tan fácilmente al, tratarse de Servet, será reducido a prisión un Castalión, cargado de cadenas y torturado a preguntas, sino que, por ser profesor de la Universidad, se le invitará primero a que se justifique ante el Senado de las inculpaciones contra él aducidas. Y es suficiente para sus colegas el que declare, con forme con la verdad, que su acusador Bodenstein es un testaferro echadizo y que pida que Calvino y de Beze, los verdaderos propulsores, lo acusen por sí mismos, y, a ser posible, comparezcan ante el tribunal personalmente. "Ya que con tanta pasión se sospecha de mí, solicito con toda el alma, de vosotros, licencia para que se me permita defenderme. Si Calvino y de Beze proceden de buena fe, que se presenten ellos mismos, y que, ante vosotros, prueben el crimen de que me acusan. Si tienen conciencia de haber obrado con rectitud no tienen por qué espantarse del tribunal de Basilea, ya que no surge en ellos ninguna especie de escrúpulos para acusarme ante el mundo entero. . . Ya sé que mis inculpadores son grandes y poderosos, pero Dios también lo es y juzga sin distinguir de personas. Ya sé que yo no soy más que un hombre pobre y oscuro, muy humilde y sin gloria, pero precisamente Dios mira a los humildes y no deja sin expiación su sangre, si fuera derramada injustamente". En cuanto a él, Castalión, acepta el ser procesado. Y también si pudiera demostrársele una sola de las inculpaciones enemigas, ofrece él mismo su cuello para la condigna expiación.

Bien se comprende que Calvino y de Beze se guardan muy bien de aceptar tan leal proposición; ni él ni su de Beze comparecen ante el Senado de Basilea. Y ya parece como si la maligna denuncia fuera a convertirse en arena, cuando una casualidad procura a los adversarios de Castalión un inesperado auxilio. Pues de modo fatal, precisamente entonces, nácese luz sobre un oscuro asunto que presta peligrosa fuerza a la sospecha de herejía y de amistad con herejes de Castalión.
En Basilea, ha ocurrido algo singular: durante doce años, vivió allí, en su castillo de Binningen, un rico noble extranjero bajo el nombre de Jean de Bruge; gracias a su espíritu benéfico, fue altamente respetado y querido en todos los círculos ciudadanos. Y cuando murió este distinguido extranjero, en el año de 1556, toda la ciudad participó solemnemente en su fastuoso entierro; en el lugar más digno, fue depositado el ataúd en la iglesia de San Leonardo. Volvieron a pasar los años; entonces, cierto día, extendióse el rumor, apenas creíble al principio, de que este distingo forastero en modo alguno había sido un noble o un comerciante de otra nación, sino nada menos que el mal afamado y proscrito archihereje David de Joris, el autor del *Wonderboek*, el cual, durante la cruel matanza de los anabaptistas, había desaparecido de Flandes de una manera misteriosa. ¡ Qué disgusto ahora para toda Basilea el haber rendido públicamente los mayores honores, en vida y muerte, *a* este impío enemigo de la Iglesia! Para expiar ahora, sensiblemente, el errado mal uso de la hospitalidad, se

instruye un proceso ante las autoridades al hace tiempo fallecido. Tiene lugar una ceremonia atroz; sacan el semipodrido cadáver del hereje de su sepultura de honor, y lo cuelgan de una horca, ante que, junto con un buen número de amontonados escritos heréticos, sea quemado en la v gran plaza del mercado de Basilea, en presencia de millares de espectadores. También Castalión tiene que ser testigo del asqueroso espectáculo, junto con los otros profesores de la Universidad: ¡bien se puede pensar con qué impresión de abatimiento y repugnancia! Pues con este David de Joris le había ligado una .buena amistad durante todos aquellos años; juntos intentaron, en su tiempo, la salvación de Servet y hasta es muy probable que David de Joris, el archihereje, haya sido también uno de los anónimos colaboradores del libro de Martin Bellius, *De Haereticis*. En todo caso, no puede dudarse de que Castalión nunca tuvo, al castellano de Binmingen por el simple comerciante por que él se hacía pasar, sino que, desde el principio, supo el verdadero nombre del supuesto Jean de Bruges; pero, tolerante en su vida como en sus escritos, nunca pensó en asumir el papel de denunciante ni en privar de su amistad a un hombre sólo porque estuviera proscrito por todas las iglesias y autoridades del mundo.

Esta relación, súbitamente descubierta, con el más infamado de todos los anabaptistas, da ahora una confirmación casi mortal a la acusación de los calvinistas de que Castalión es un protector y encubridor de todos los herejes y criminales. Y como la casualidad agarra siempre con dobles tenazas, revélase, a la misma hora, otra próxima relación de Castalión con otro hereje gravemente inculpado: con Bernardo Ochino. En un principio, célebre fraile franciscano conocido en toda Italia por sus incomparables predicaciones, había sido expulsado de repente fuera de su patria por la Inquisición pontificia. Pero también en Suiza espantó pronto a los clérigos reformados por la fantasía de sus tesis; ante todo, su último libro, *Treinta Diálogos,* contiene una interpretación de la Biblia que en todo el mundo protestante fue tomada como increíble blasfemia: Bernardo Ochino declara allí, invocando la ley de Moisés, que la poligamia, sin que él la recomiende, puede considerarse como autorizada por la Biblia, según los principios, y, por lo tanto, como cosa permisible.

Este libro, con esta tesis escandalosa y muchas otras interpretaciones insoportables para la ortodoxia — al punto se inicia un proceso contra Bernardo Ochino, — había sido traducida del italiano al latín nada menos que por Castalión. En *su* versión, fue como fue llevada a la imprenta la herética obra; con ello, se había hecho culpable de contribuir activamente a la difusión de tales interpretaciones blasfemas. Naturalmente que ahora, como cómplice, apenas está menos amenazado que el propio autor ante el tribunal religioso. De la noche a la mañana, las vagas acusaciones de Calvino y de Beze de que Castalión era el amparo y la cabeza de la más salvaje herejía, han recibido gracias a su íntima amistad con David de Joris y Bernardo Ochino, una inquietante verosimilitud. A tal hombre no puede ni quiere seguir protegiéndolo la Universidad. Y antes que haya comenzado el auténtico proceso, Castalión está ya perdido.

Lo que le espera al abogado de la tolerancia ante la intolerancia de sus contemporáneos, puede medirlo por la crueldad con que las autoridades eclesiásticas

proceden contra su camarada Bernardo Ochino. En Zurich,, donde al cabo de largo vagabundaje había encontrado por fin un refugio como pastor de la pequeña parroquia de emigrantes italianos, es condenado a abandonar la ciudad dentro del término de tres días, y sólo al cabo de suplicantes ruegos se le alarga un poco el plazo. El que su edad sea de setenta y cuatro años no le proporciona ninguna compasión; el que, pocos días antes de su proceso, haya perdido, en una desgracia espantosa, a su mujer mucho más joven que él, no produce ningún más largo aplazamiento. El que, con cuatro niños pequeños, tenga que vagar por el mundo, sin caudal alguno, en medio del más furioso tiempo invernal de diciembre, no suaviza la despiadada sentencia. AI principio, Ochino quiere refugiarse en la Valtelina, al otro lado de las grises montañas de la Confederación, donde tiene algunos amigos, pero ya se ha procurado que a aquel perseguido, a aquel hereje, no le sea dado descansar en ninguna casa ni hogar, y, cuidadosamente, se han enviado cartas, que han sido llevadas a galope delante de él, a fin de que se le niegue el hospedaje en todas partes, y, de este modo, como a un atacado de lepra, se le cierran en cada lugar las puertas de la ciudad y las de las casas. Quiere reposar en Basilea; pero también aquí le alcanza el destierro y sigue adelante, adelante, en la más espantosa odisea, el mártir de setenta y cuatro años con sus cuatro niños, a lo largo de los caminos de Europa. En Mulhausen, en Frankfort, en Nurenberg, en todas partes es acechado y de todas expulsado; delante de él, a su espalda, azuzan a las gentes las cartas requisitorias; los países católicos lo mismo que los protestantes, por lo tanto, toda la tierra europea está vedada para el proscrito clérigo anciano, en un común furor. Jamás, en medio de lo oscuro y contradictorio de las noticias, se sabrá por completo lo que este trágico desterrado sufrió en aquellos dos años; sólo le mantiene en pie la esperanza de encontrar por fin en Polonia, en medio de hombres más humanos, un alojamiento para sí y para sus hijos. Pero el esfuerzo es demasiado duro para aquel hombre quebrantado. Bernardo Ochino no llega jamás a su meta, jamás alcanza la paz. Víctima de la intolerancia, el agotado anciano, en cualquier camino de Moravia, se queda derrumbado en medio de la senda, y allí, en el extranjero, como a cualquier vagabundo, lo arrastran hasta cualquier fosa, hace ya mucho tiempo olvidada.

En el deformador espejo de la quema postuma de David de Joris y de la expulsión de Ochino, puede leer anticipadamente Castalión su propio destino. Ya se prepara un proceso contra él y no puede confiar en ninguna compasión, en ninguna humanidad, en un tiempo de tamaña inhumanidad, el hombre cuyo único crimen es el de haber sentido demasiado humanamente y haber mostrado piedad hacia muchos perseguidos. Ya existe el proyecto de aplicar al defensor de Servet la suerte de Servet, ya la intolerancia del tiempo tiene cogido por la garganta al más peligroso de sus adversarios, al abogado de la tolerancia.

Pero un bondadoso destino quiere que no les sea concedido a sus perseguidores el bien perceptible triunfo de ver a Sebastián Castalión, el archienemigo de toda dictadura espiritual, en la prisión, en el destierro o en la hoguera. Una rápida muerte salva, en el último momento, a Sebastián Castalión, del proceso y de la mortal acometida de sus enemigos. Hacía ya tiempo que estaba debilitado su cuerpo, privado de fuerzas por el

trabajo excesivo, y cuando, ahora, preocupaciones e inquietudes fatigan también el alma, el minado organismo no puede resistir por más tiempo. Cierto que hasta el último momento todavía se arrastra Castalión hasta la Universidad y el pupitre de escribir, pero es en vano toda resistencia. La muerte supera ya a la Voluntad de vivir y de producir obras espirituales. Llevan al lecho al escalofriado por la fiebre; violentas náuseas le hacen rechazar todo alimento; los órganos trabajan de un modo cada vez peor; por fin, el agitado corazón no puede seguir ya más adelante. El 29 de diciembre de 1 563, muere Sebastián Castalión, a la edad de cuarenta y ocho años, "escapando a las garras de sus adversarios, con el auxilio de Dios", como un emocionado amigo expresa en su muerte.

Con ésta, abátese también la calumnia; harto tarde reconocen sus conciudadanos lo mal y tibiamente que han defendido al mejor de sus hombres. Su herencia manifiesta de modo irrebatible en qué apostólica pobreza había vivido este puro y gran hombre de letras; ni una sola moneda de plata fue encontrada en su casa; los amigos tuvieron que pagar el ataúd y las pequeñas deudas, subvenir a los gastos del sepelio y tomar a su cargo los hijos, aun menores. Pero, de igual modo, como resarcimiento por la vergüenza de la acusación, el entierro de Sebastián Castalión se convierte en un cortejo de triunfo moral; todos los que, acobardados y previsores, habían guardado silencio mientras Castalión estuvo bajo la sospecha de herejía, se agolpan ahora para dar pruebas de cuánto le amaban y veneraban; pues siempre es más cómodo defender a un muerto que a un vivo y mal querido. Solemnemente, toda la Universidad sigue al cortejo fúnebre; el féretro, en hombros de estudiantes, es llevado a la catedral y sepultado en el claustro. A su propio coste, tres de sus discípulos hacen que se talle en la piedra sepulcral una inscripción: "Al maestro altamente glorioso, como agradecimiento por su gran saber y la pureza de su vida".

Pero mientras que Basilea lleva luto por el hombre sabio y puro, reina en Ginebra el más alegre júbilo; lo único que falta es que echen las campanas a vuelo ante la bien acogida noticia de que este resuelto defensor de la libertad espiritual está dichosamente aniquilado; de que la boca más elocuente que habló en contra de toda opresión de las conciencias ha por fin enmudecido. Con callada o estruendosa satisfacción, comentan los teólogos la muerte del hombre que, serena y limpiamente, sirvió a su causa: "Castalión ¿ha muerto? *Optime factum"* escribe Bullinger de Zurich. Otro, a su vez, aporta la furiosa frase: "Para no tener que defender su causa ante el Senado de Basilea, Castalión se refugió junto a Radamanto (el príncipe infernal)". De Beze, que, por medio de sus inculpaciones, actuó *'impulsu instinctuque Diaboli"* para abreviarle los postreros días de su vida, glorifícase como inspirado predecidor: "Fui buen profeta cuando le anuncié a Castalión que pronto le castigaría el Señor por sus blasfemias". Ni aun con la muerte de este luchador que se había alzado solitario, y, con ello, era un vencido doblemente digno de honor, agótase todavía en su odio el furor. Pero este odio es vano, como siempre: al muerto no puede ofenderle ya ninguna befa y la idea por la cual vivió y murió, como todos los pensamientos verdaderamente humanos se alza por encima de todas las fuerzas

temporales y terrenas.

TOCANSE LOS POLOS

Le temps est trouble, le temps se esciarsira,
Aprés la plue l'on atend le beau temps,
Aprés noises et grans divers contens
Paix adviendra et maleur cessero.
Mais entre deulx que mal l'on. souffrera!

CANCIÓN DE MARGARITA DE AUSTRIA

EL combate parece terminado. Con Castalión apartó Calvino al único adversario espiritual de alta categoría, y, como el mismo tiempo, redujo al silencio en Ginebra la oposición política, puede ahora, sin obstáculo, proseguir edificando su obra, en escala cada vez mayor. Una vez que las dictaduras han dominado las inevitables crisis de sus comienzos, les es, en general, lícito, considerarse como firmemente establecidas para bastante tiempo; lo mismo que el organismo humano acaba por acomodarse, después de las molestias del principio, a las mutaciones de clima y al cambio de las circunstancias de la vida, también los pueblos se habitúan, sorprendentemente pronto, a nuevas formas de soberanía. Al cabo de algún tiempo, la antigua generación, a la que le enoja la existencia y continuidad de un hecho de fuerza, comienza a desaparecer, y, detrás de ella, mientras tanto, ha ido desarrollándose en la nueva tradición una juventud que, con toda naturalidad y sin presentimientos, la acepta como lo único posible. Siempre, en el curso de una generación, un pueblo puede ser transformado por una idea decisiva, y de este modo, también los mandamientos de Dios, interpretados por Calvino al cabo de dos decenios, desde ser una substancia teológica de pensamiento se han condensado en una simbólica y visible forma de existencia. Es justo reconocer en este organizador genial, que después de la victoria, con magnífico método, llevó su sistema desde lo angosto a lo dilatado y, sucesivamente, lo fue ampliando hasta lo universal. Un orden férreo hace de Ginebra, en el sentido de la corrección externa de la vida, una ciudad modelo; de todos los países, llegan en peregrinación los reformados a la "Roma protestante" para admirar allí la realización ejemplar del régimen teocrático. Todo lo que es capaz de conseguir una rígida disciplina y un adiestramiento espartano es en absoluto alcanzado; cierto que la pluralidad creadora es sacrificada en aras de una sobria monotonía, y la alegría en las de una corrección matemática y fría; pero para lograrlo, hasta la misma educación ascendió hasta ser una especie de arte. De un modo perfecto son dirigidos los institutos de enseñanza y los establecimientos de beneficiencia; a la ciencia se le reserva un espacio cada vez más dilatado, y con la fundación de la "Academia", no sólo crea Calvino la primera central espiritual del protestantismo, sino también, al mismo tiempo, el opuesto polo de la orden de los jesuítas y de su antiguo compañero de colegio, Ignacio de Loyola: lógica disciplina contra disciplina,

endurecida voluntad contra voluntad. Equipados con excelentes pertrechos bélicos de teología, son enviados, desde aquí, por el mundo, según un plan de guerra nimiamente calculado, los predicadores y agitadores de la doctrina calvinista. Pues hace mucho que ya no piensa Calvino en limitar su poder y el de sus ideas a esta pequeña ciudad suiza; por encima de las tierras y de los mares, se extiende su indomable voluntad de dominio, para ir ganando sucesivamente para su sistema totalitario, toda Europa y todo el mundo. Ya le está sometida Escocia por medio de su legado John Knox; ya están penetrados de espíritu puritano Holanda y una parte de los reinos del Norte; ya se arman los hugonotes en Francia, para dar un golpe decisivo; un único paso más, feliz, y la *Instiiutio* se habría convertido en una institución universal, el calvinismo habría llegado a ser la forma unitaria de pensamiento y vida del mundo occidental.

El modo decisivo como tal victoriosa penetración de la doctrina calvinista habría cambiado la forma de la cultura de Europa, puede medirse por la estructura especial que el calvinismo imprimió, dentro ya del plazo más breve, en los países que se le rindieron. En todas partes donde la Iglesia ginebrina pudo realizar su dictadura moral y religiosa — aunque sólo fuera por corto tiempo, — se produjo un tipo especial dentro de la general fisonomía nacional: el del ciudadano que vive sin atraer la atención, el del "sin tacha", el del *"spotless"*, que cumple todos sus deberes morales y religiosos; por todas partes se veló visiblemente la libertad sensual con ligaduras metódicas, y la vida se convirtió en insípida, merced a una conducta más fría. Ya en la propia calle — de tal modo es capaz de eternizarse una fuerte personalidad hasta en las cosas, — se reconoce aún hoy, a primera vista, en cada país, la presencia o la anterior presencia de la disciplina calvinista, en cierta mesura de modales, una uniformidad en traje y actitudes, y hasta en la falta de esplendor y pompa de los edificios de piedra. Quebrantando en todos sus aspectos al individuo y las impetuosas exigencias vitales de los particulares, fortaleciendo en todas partes el poder de las autoridades, el calvinismo, en las naciones por él dominadas, produjo plásticamente el tipo del correcto servidor, del que humilde y perseverante se somete al orden de la comunidad; por lo tanto, el excelente empleado y el hombre ideal de clase media, y, con razón, Weber, en su célebre estudio sobre el capitalismo, demuestra que ningún elemento ayudó tanto como la doctrina calvinista a preparar la absoluta obediencia del industrialismo, porque ya en la escuela se educaba de manera religiosa a las masas para la igualdad de clases y la mecanización. Pero una decidida organización fundamental de los subditos, eleva siempre las fuerzas externas, las fuerzas militares de choque de un Estado; aquellas magníficas estirpes de marinos y colonizadores, duros, rudos y capaces de sufrir privaciones, que, primero en Holanda y después en Inglaterra, conquistaron y dominaron nuevos continentes, fueron, principalmente, de puritana ascendencia, y este origen espiritual determinó más recientemente, de modo creador, el carácter de Norteamérica; un número infinito de los buenos éxitos de su política universal se la deben todas estas naciones a la influencia severamente educadora del predicador picardo de Saint Fierre.

Pero, sin embargo, ¡qué pesadilla si Calvino, de Beze y John Knox, estos *"Kill joy"*, hubieran podido conquistar todo el mundo, en la cruda forma de sus primeras

pretensiones! ¡Qué insipidez, qué monotonía, qué falta de colores habría caído sobre Europa! ¡De qué modo estos devotos enemigos del arte, de la alegría y de la vida se habrían enfurecido contra la magnífica superabundancia y contra todas aquellas lindas superfluidades en las cuales el creador impulso de juego artístico se hizo manifiesto en divinas y plurales magnificencias! ¡Cómo habrían descuajado, en favor de una seca uniformidad, todos los contrastes sociales y nacionales, que, precisamente con su sensual abigarramiento, proporcionaron a Occidente el imperio en la Historia de la Cultura; cómo habrían impedido la gran embriaguez de la evolución con su terrible y exacto ordenamiento! Lo mismo que en Ginebra castraron para siglos el impulso artístico, lo mismo que en sus primeros pasos para lograr el señorío de Inglaterra pisotearon para siempre, sin piedad, una de las floraciones más preciosas del espíritu del mundo, el teatro shakespeariano, e instalaron el temor de Dios en vez de la humana alegría, de igual modo, en toda Europa habría caído sacrificado bajo su anatema bíblico mosaico todo esfuerzo fervoroso que fuera otra cosa que un simple medio para acercarse a la divinidad en una devoción canónica. Deja sin aliento el imaginar internamente a los siglos XVII, XVIII y XIX de Europa sin ópera, sin teatro, sin danzas, sin su frondosa arquitectura, sin sus fiestas, su delicada erótica, su refinamiento de la vida social. ¡Sólo vacías iglesias y severas prédicas edificantes; sólo azote y humildad y temor de Dios! ¡ El arte, esa luz divina en medio de nuestras veladas y oscuras tareas cotidianas, no lo habrían prohibido los predicadores como "pecaminosa" orgía, corno bufonada, como "*paulardise"*, reprimiendo su libre desarrollo. Jamás habrían tenido ocasión de dilapidarse y de cometer audacias los espíritus plásticos a quienes les fue dado inmortalizarse en la piedra, con tan memorable esplendor, en Versalles y en el barroco romano; jamás, en modas y danzas, hubieran podido desplegarse los delicados juegos de colores del rococó; el espíritu europeo estaría secuestrado por la teológica sabulistería, en vez de desplegarse en creadoras mudanzas. Pues el mundo permanece estéril y seco si no es abrevado y puesto en actividad por medio de la libertad y la alegría, y en todo rígido sistema se hiela siempre la vida.

Felizmente, Europa no se plegó a aquella rigurosa disciplina, así como Grecia no tomó por ley las severidades de Esparta: como en todas las otras tentativas para encerrar al mundo en un sistema único, también esta vez la voluntad de vivir, que anhela una renovación eterna, impuso su irresistible fuerza contraria. Sólo en una pequeña parte de Europa se abrió paso victoriosamente la disciplina calvinista; pero hasta donde había llegado a la soberanía, pronto renunció, por libre voluntad, a la severidad literal de su dictadura bíblica. A ningún Estado, a la larga, pudo imponer su omnipotencia la teocracia de Calvino, y, ante ¡as resistencias de la realidad, se suavizan y humanizan, poco después de su muerte, la hostilidad a la vida, la hostilidad al arte, de la en otro tiempo despiadada "disciplina". Pues a la larga, siempre es más fuerte la vida sensual que toda abstracta doctrina. Niega toda sequedad con sus cálidos jugos, ablanda toda severidad, dulcifica toda dureza. Lo mismo que un músculo, sujeto sin interrupción a la tensión más extrema, queda después sometido a espasmos, lo mismo una pasión no puede perseverar permanentemente el rojo blanco, así también

las dictaduras espirituales no son nunca capaces de conservar, a la larga, su radicalismo desconsiderado; en general, sólo una única generación es la que tiene que sufrir dolorosamente su exceso de presión.

También la doctrina de Calvino, más de prisa de lo que fuera de esperar, perdió su elevada intolerancia. Casi nunca, al cabo de un siglo, se asemeja ya una doctrina al pensamiento de su primitivo iniciador, y sería un error fatal poner en la misma línea lo que exigió el propio Calvino y lo que llegó a ser el calvinismo dentro de su desenvolvimiento histórico. Cierto que aun en tiempos de Juan Jacobo Rousseau se discute en Ginebra si debe ser permitido o prohibido el teatro, y se plantea seriamente la singular cuestión de si las "bellas artes" significan un progreso o una maldición para la humanidad, pero hace ya mucho tiempo que está rota la más peligrosa tensión de la "disciplina" y la rígida fe en la Biblia se ha acomodado a lo humano orgánicamente. Pues siempre el espíritu del libre desarrollo sabe utilizar para sus misteriosos fines lo que al principio nos espanta como un grosero retroceso: de todo sistema, el progreso eterno recoge únicamente lo provechoso, y lo paralizador lo arroja tras sí, como a un fruto ya exprimido. Las dictaduras no significan otra cosa, en el gran plan de la humanidad, sino unas correcciones a breve plazo, y aquello que el ritmo reaccionario de la vida pretende impedir, impulsa a la verdad, más adelante, al cabo de breve retroceso: eterno símbolo el de Balaam, que quiere maldecir, y, a pesar de su" voluntad, bendice. De este modo, por la más sorprendente transformación, precisamente del sistema calvinista, que con singular furia quería limitar la libertad individual, se origina la idea de la libertad política; Holanda, la Inglaterra de Cromwell y los Estados Unidos, sus primeros campos de acción, prestan campo, del modo más gustoso, a la idea liberal y democrática del Estado. De un espíritu puritano se originó uno de los más importan tes documentos de los nuevos tiempos: la declaración de la independencia de los Estados Unidos, la cual, a su vez, influye decisivamente en la francesa Declaración de los Derechos del Hombre. Y (notable subversión de todo lo imaginable, contacto de los polos), precisamente aquellos países que del modo más fuerte debían estar impregnados de intolerancia, llegaron a ser, en forma sorprendente, los primeros libres asilos de la tolerancia en Europa. Precisamente donde es ley la religión de Calvino, llega también a ser realidad la idea de Castalión. En la misma Ginebra, donde siglos antes Calvino quemó a Servet a causa de su divergencia de opiniones *in theologicis,* busca refugio él "enemigo de Dios", el viviente Anticristo de su tiempo: Voltaire. Pero he aquí que los sucesores en el cargo de Calvino, los pastores de su propia iglesia, lo visitan amablemente para filosofar del modo más humano posible con el blasfemo. En Holanda, a su vez, escriben los que en general no encontraban reposo en ningún lugar de la tierra, Descartes y Spinoza, aquellas obras que libertan el pensamiento de la humanidad de todas las ataduras de lo eclesiástico y lo tradicional. Precisamente, a la sombra de la más rigorosa de las doctrinas divinas, un "milagro" llamó Renán, en general poco creyente en tales cosas a esta conversión del más severo protestantismo en la *Anfklarung,* la época de la ilustración, de las luces, se refugian, desde todos los países, los amenazados a causa de su fe y de sus opiniones. Siempre son las oposiciones más absolutas las que, a su final, se tocan primero; y de este modo, en Holanda, en Inglaterra y Norteamérica, al cabo de dos siglos de casi fraternal tolerancia y religión,

se impregnan mutuamente las exigencias de Castalión y las de Calvino.
Pues también las ideas de Castalión sobreviven *a* su tiempo. Sólo por un momento parece enmudecida, con el hombre, la misión que tuvo que difundir; todavía durante unos decenios, rodea su nombre un silencio tan denso y oscuro como la tierra que envuelve su ataúd. Nadie pregunta ya por Castalión: sus amigos fallecen o se pierden, sus pocas obras impresas se hacen inalcanzables poco a poco, y nadie osa llevar ya a la imprenta lo no publicado; en vano parece que aquel hombre luchó su lucha y vivió su vida. Pero la Historia marcha por misteriosas sendas: precisamente la victoria de su adversario ayudó a la resurrección de Castalión. De un modo impetuoso, acaso demasiado impetuoso, se abrió camino en Holanda el calvinismo. Los pastores, endurecidos en la fanática escuela de la Academia, pensaban que aun tenían que sobrepasar la severidad de Calvino en el país recién convertido. Pero pronto se suscitó una resistencia, en este pueblo, el primero que se había revelado contra el emperador de dos mundos; no quiere pagar esta libertad política nuevamente alianzada, con una dogmática coacción de su conciencia. En el círculo de los eclesiásticos, algunos pastores — después llamados los *remonstrantes*, — presentaron reclamaciones contra las pretensiones totalitarias del calvinismo, y cuando, en esta lucha, buscan armas espirituales contra la despiadada ortodoxia, se acordaron, de repente, del precursor desaparecido y casi convertido ya en fabuloso. Coornhert y los otros protestantes liberales se refirieron a los escritos de Castalión, y, desde 1603, fueron apareciendo, uno tras otro, en nuevas ediciones y en traducciones al holandés, provocando sensación en todas partes y una admiración siempre creciente. De pronto, se mostró que la idea de Castalión en modo alguno había estado sepultada, sino que sólo había tenido como una especie de sueño invernal en los más duros tiempos; ahora, se acerca la época de su verdadero efecto. Pronto no bastan ya las obras publicadas y se envían mensajeros a Basilea para investigar qué escritos postumos quedan inéditos; son llevados a Holanda, donde, en su lengua original y en traducciones son publicados una y otra vez, y, medio siglo después de su muerte, hasta se consagra al desaparecido lo que jamás hubiera osado esperar él durante su vida: una edición completa de sus obras y escritos (Gouda 1612). Con ello, Castalión vuelve a estar en el centro de la lucha, victoriosamente resucitado y por primera vez rodeado de una fiel .escolta; es inconcebible su efecto, aunque también casi impersonal y anónimo. En ajenas obras, en ajenos combates, viven los pensamientos de Castalión; en la célebre discusión de los arminianos por la reforma liberal del protestantismo, la mayor parte de los argumentos están tomados a préstamo de sus escritos; el predicador grisón Gantner — magnífica figura digna de que un poeta suizo le preste forma, — en la abnegada defensa de un anabaptista ante el tribunal eclesiástico de Coira, se presenta con el libro de Martín Bellius en la mano, y, aun cuando acaso nunca podrá ser demostrado documentalmente que, en la extraordinaria circulación de sus obras por Holanda, hasta Descartes como también Spinoza entraron en contacto espiritual con el pensamiento de Castalión, la sospecha casi tiene aquí la fuerza de un hecho. Pero en Holanda no son sólo los espirituales, los humanistas, los que se dejan conquistar por las ideas de tolerancia; este pensamiento

va penetrando sucesivamente y de un modo profundo en la nación, fatigada de contiendas teológicas y de mortíferas guerras de religión. En la Paz de Utrecht la idea de la tolerancia hace su aparición en la política de los Estados, y pasa, con ello, en forma poderosa de lo abstracto al terreno de lo real: la arrebatadora apelación al mutuo respeto de opiniones que, en otro tiempo, había dirigido Castalión a los príncipes, es oída por un pueblo políticamente libre y asciende a ley. Desde esta primera provincia de su futuro señorío universal, se extiende y penetra victoriosamente, a través del tiempo, la idea del respeto de toda fe y toda opinión; un país tras otro, van condenando, en el sentido de Castalión, toda persecución religiosa y filosófica. En la Revolución Francesa, le es por fin concedido al individuo su derecho a confesar libre y con igualdad jurídica su fe y opiniones, y en el siglo inmediato, el XIX, la idea de la libertad — libertad de los pueblos, libertad de los hombres y libertad del pensamiento, — reina ya como inalienable axioma en todo el mundo civilizado.

Durante todo un siglo, precisamente hasta el umbral de nuestro tiempo, impera en Europa la idea de la libertad con absoluta evidencia. En los cimientos de cada Estado, se han encerrado los Derechos del Hombre, como elemento intangible e inmodificable de toda Constitución política, y ya pensábamos que los tiempos del despotismo espiritual, de las concepciones ideológicas impuestas a la fuerza, de las opiniones exigidas dictatorialmente y de la censura de ideas, habían terminado para siempre, y que la aspiración de cada individuo a la independencia espiritual estaba tan asegurada como el derecho que tiene a su propio cuerpo terrestre. Pero la Historia es flujo y reflujo, eterno ascender y descender; nunca está terminada, para todos los tiempos, la contienda por un derecho, ni ninguna libertad asegurada contra una violencia que siempre vuelve a surgir en otra forma. Todo progreso se le volverá siempre a disputar a la humanidad, y hasta lo más evidente vuelve a ser otra vez discutido. Justamente, cuando la libertad es sentida ya por nosotros como un hábito y no ya como la más sacrosanta propiedad, desde lo oscuro del mundo de los impulsos, asciende una misteriosa voluntad de hacerle violencia; siempre, cuando la humanidad ha gozado de la paz por demasiado tiempo y demasiado descuidadamente, cae sobre ella una peligrosa curiosidad por las embriagueces de la fuerza y la criminal afición hacia la guerra. Pues, para seguir llevando adelante su insondable propósito, de cuando en cuando la Historia nos procura incomprensibles retrocesos, y lo mismo que en una inundación los más firmes diques y malecones, así se arruinan entonces los heredados muros del derecho; involutivamente parece que se vuelve, en tales espantosas horas, al cruento furor de la horda y a la esclava docilidad del rebaño. Pero al igual que después de toda riada tienen que agotarse las aguas, todo despotismo envejece o se enfría en el plazo más breve; todas sus ideologías y temporales victorias terminan con su época: sólo la idea de la libertad espiritual, idea de las ideas, y que, por ello, no queda jamás vencida bajo ninguna, tiene un retorno eterno, porque es eterna como el espíritu. Si se le priva externamente de la palabra durante algún tiempo, se refugia entonces en los más recónditos ámbitos del espíritu, inalcanzables para toda opresión. En vano, por lo

tanto, es que piensen los déspotas que tienen vencido ya al libre espíritu porque le hayan cerrado los labiosa. Pues con cada nuevo hombre nacerá una nueva conciencia, y siempre habrá alguien que se acuerde de su deber espiritual de recomenzar el viejo combate por los inalienables derechos de los hombres, y, en la humanidad, contra cada Calvino volverá siempre a surgir un Castalión que defienda la soberana independencia del pensamiento/ frente a todas las fuerzas de la fuerza.

F I N

No existen todavía, en nuestra época, nuevas ediciones de las obras de Sebastián Castalión, excepto una reimpresión del *Trátete des hérétiques*, a cargo del clérigo A. Olivet con prólogo del profesor E. Choisy (Ginebra, 1913); una primera publicación de *De Arte Dubitandi* la prepara la doctora Elisabeth Feist para la Academia de Roma, según el manuscrito que se encuentra en Rotterdam; las citas de nuestro libro están en parte tomadas de las ediciones originales, en parte de dos obras: la de Ferdinand Buisson, *Sebastien Casteilion* (París, 1892) y la de Étienne Giran, *Sebastien Casteilion et la Reforme Calviniste* (París, 1914), las únicas fundamentales que hasta hoy han sido consagradas a Castalión. Dada la escasez y dispersión de materiales, tengo que estar tanto más agradecido a Fraulein Lihane Rosset de Végenay por sus decisivas incitaciones y al señor pastor de la catedral de Calvino en Ginebra, M. Jean Schorer, por su auxilio bondadoso. A un especial reconocimiento me han obligado, fuera de eso, la Biblioteca de la Universidad de Basilea, que me permitió gustosa el examen de los manuscritos de Castalión, lo mismo que la Biblioteca Central de Zurich y el British Museum de Londres.

St. Z. Abril 1936.